PR 4069
.B55
G75
Copy 1

LIBRARY OF CONGRESS.
PR4069
Chap. ..... Copyright No. .....
Shelf. B55G75
UNITED STATES OF AMERICA.

EL GRAN LUCERO

POR

F. BARRETT

AUTOR DE "SU CARA MITAD"

NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
1, 3, Y 5 BOND STREET
1892

NOVELAS PUBLICADAS EN ESPAÑOL

POR

D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

Pepita Jiménez.

Por Don JUAN VALERA.

Edición Americana Ilustrada. Un hermoso tomo de 219 páginas, con 7 láminas, el retrato y autógrafo del autor y varias viñetas alegóricas. Encuadernación de mucho gusto artístico y bonitamente decorada. Buen papel, tipo claro, etc., etc. Precio, $1.25.

La Casa en el Desierto.

Aventuras de una familia perdida en las soledades de la América del Norte.

Por el Capitán MAYNE REID.

Un bonito tomo de 348 páginas con 12 láminas, encuadernado en tela inglesa. $1.25.

La misma edición económica, 50 centavos.

Las Minas del Rey Salomón.

Por H. RIDER HAGGARD.

Una novela inglesa llena de aventuras y de escenas interesantísimas. 50 centavos.

EL

GRAN LUCERO

[The Great Mogul].

POR

F. BARRETT

AUTOR DE "SU CARA MITAD"

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS POR

B. GIBERGA

FEB 3 1892
45-43

NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
1, 3, Y 5 BOND STREET
1892

PR4069
B55G75

Copyright, 1892,
By D. APPLETON AND COMPANY.

La propiedad de esta obra está protegida por la ley en varios países, donde se perseguirá á los que la reproduzcan fraudulentamente.

PREFACIO DEL TRADUCTOR.

Es indudable que la novela más conocida y más leída del popular autor inglés F. Barrett es la titulada "The Great Hesper," que en este volumen aparece hoy ante el público español é hispano-americano con ropaje castellano bajo el nombre de "El Gran Lucero." De este mismo famoso novelista inglés han presentado ya los editores de esta serie de novelas la no menos interesante "Su Cara Mitad," correctamente vertida á nuestro idioma.

Aunque de distinto género, no le cede, empero, en interés la que contiene este pequeño volumen. En "El Gran Lucero" sigue el lector con perplegidad creciente un cuento ó leyenda que traslada su imaginación, desde las regiones incultas del África meridional, hasta las campiñas del Sur de Inglaterra y finalmente á las pintorescas comarcas de la California.

Cada uno de los personajes es un tipo interesante de por sí. Bernardo Rodman, joven instruido y bien nacido, narrador y protagonista principal de este relato, convertido primero en humilde peón por achaques de la fortuna, y en agricultor después; el complaciente y caballeroso Barón, Señor de la Aba-

día de Monken, coleccionador de curiosidades, y antes que todo amantísimo padre; Alicia, la dulce y bondadosa niña, la sencilla y rica heredera, que en la primera escaramuza rinde su tierno corazón al galán modesto y trabajador que el destino coloca en su camino; Van Hort, el israelita ciego, tan suspicaz como astuto y misterioso; el "Juez," con su lenguaje rudo y su gramática parda; y Lola, la hija de este último, con el donaire de una "princesa española," pero montaraz y de carácter rebelde por su educación y por los celos que la dominan, son personajes cuyos tipos de seguro no ha encontrado antes el lector en ningún otro cuento, y en la novedad de estos caracteres estriba su mayor encanto.

Es esta una de aquellas entretenidas historietas que el lector toma en sus manos durante unos instantes de solaz, y no la suelta hasta llegar á la última línea; de peripecia en peripecia recorre capítulo tras capítulo, y ansioso llega al término de la narración, sin darse cuenta del trascurso del tiempo. Si al finalizar el examen de estas páginas concurren los lectores en su modo de pensar, quedarán en un todo satisfechos los deseos de

El Traductor.

Nueva York, *Diciembre de 1891.*

EL GRAN LUCERO.

CAPÍTULO I.

Desembarcámos en Southampton el 14 de Septiembre de 1885, y en verdad que formábamos una andrajosa cuadrilla.

Abría la marcha Pepe Brace, el "Juez", según le llamábamos, un hombre alto y descarnado, con unas piernas largas, muy largas, y unos hombros encorvados, y que cuando caminaba balanceaba el cuerpo y los brazos como si llevara un fardo sobre las espaldas y tuviera que ir muy lejos; un hombre que tenía negra la piel del dorso de las manos, una barba oscura que le crecía hasta en los mismos pómulos y una especie de matorral de pelo gris sobre la cabeza con un rizo que le caía hasta cubrirle uno de los ojos. De sus facciones sólo podían distinguirse una nariz larga y colorada y dos ojos negros, hundidos y relucientes. Su chaqueta de fustán tenía los codos gastados—lo mismo que la mía, en honor de la verdad—y estaba descosida entre los

hombros á consecuencia de la constante tensión del movimiento de los brazos. En un tiempo sus botas habían sido negras, pero en la actualidad eran del mismo color de arcilla amarillenta que los pantalones que llevaba arremangados dentro de ellas y que lo mismo que las botas necesitaban un buen remiendo.

Yo seguía con Van Hort, quien sujetaba mi brazo, no para sostén, sino para guía, pues era ciego. Según mi opinión tendría unos treinta años, pero parecía veinte años más viejo que yo, que tengo ahora aproximadamente veintiséis. Aunque holandés de nacimiento, tenía tipo asiático: era un judío pequeño y trigueño, con todos los rasgos característicos de su raza; mientras que yo, con mi piel blanca, mi pelo rubio y buena estatura, soy una regular muestra de la raza del Norte. Iba mejor vestido que nosotros, pues por más que nos había acompañado y corrido nuestra misma suerte en cuanto á alojamientos y comidas, solo había tomado en nuestra empresa una parte mercantil, puesto que su ceguera le impedía ocuparse en los trabajos manuales. Su traje conservaba aún algo del primitivo aspecto, á pesar de haberlo usado día tras día al menos durante diez y ocho meses; mientras que el mío apenas podía ser considerado como un traje civili-

zado, á causa de lo que había sufrido con el trabajo al sol y con el sudor, y por los medios raros que había empleado en componerlo. Su rostro presentaba más señales de fatiga y sufrimiento que el del Juez ó el mío, lo que puede explicarse considerando que el trabajo físico sirve de gran alivio al espíritu. Entre las cejas tenía un surco de arrugas, líneas profundas descendían del ángulo interior de sus ojos, y sus agudas narices y descarnadas mejillas comunicaban una terrible y tenaz vehemencia á la extraña expresión de su cara: y no sólo era extraña sino repulsiva (por más que sus facciones no eran mal formadas), lo que se debía principalmente á la peculiaridad de sus ojos. La generalidad de la gente morena, como él, tienen oscuro el iris de los ojos, pero el suyo era de un gris de acero, y se observaba mucho más porque se veía el iris y nada más; no había pupila, sólo esa mancha gris sobre la amarillenta niña del ojo. Cuando estaba preocupado tenía los ojos abiertos. Muchas veces, mientras yo trabajaba y él se hallaba sentado cerca de mí, cambiaba yo mi posición para no ver esos espantosos ojos totalmente abiertos al sol de África y, no obstante, impasibles á su intensa luz. Había algo terrible en su ceguera.

De retaguardia venía la Nena.

¡Pobrecita Lola! Era la más harapienta de todos y la que más mal aspecto presentaba aunque no era por esta razón que caminaba tras de nosotros; si hubiese ella llegado á sospechar que el seguir á alguien implicaba inferioridad, hubiera marchado delante de su propio padre. Ese era su carácter.

La niña llevaba unas enaguas rotas de franela colorada, una camisola que había sido blanca y un pañuelo de color, flojamente atado al rededor del cuello; en la muñeca llevaba una sarta de cuentas de colores, pero ni sombrero en la cabeza ni zapatos en los pies. Su cabello de negro púrpura crecia hasta muy abajo de la sien y se rizaba detrás de las orejas, en la nuca y donde quiera se hallaba abandonado; estaba como enredado en una gruesa y floja trenza que le caía hasta la cintura y cuyo extremo estaba amarrado con una tira de franela colorada arrancada de sus enaguas. Tenía pies y manos pequeños y preciosos, tez aceitunada, boca grande pero divinamente formada, con los dientes más hermosos que en mi vida he visto, y un par de gloriosos ojos negros, llenos de audacia y que revelaban prontamente su carácter turbulento é ingobernable. Bien vestida (y lavada) hubiera podido pasar por una princesa española; en su estado

presente no había modo de tomarla por otra cosa que por la voluntariosa y pequeña salvaje que era.

La Nena nos había causado un sin fin de molestias: si lo hubiésemos previsto, no creo que ni Juan Van Hort ni yo hubiéramos accedido gustosos á la inserción de la postdata en el siguiente contrato que el Juez, su padre, nos indujo á firmar:

CONTRATO.

(*Copia.*)

CIUDAD DEL CABO, *1° de Mayo de 1884.*

Los infrascritos convenimos en trabajar juntos todo el tiempo que duren nuestras fuerzas y nuestros medios, y convenimos también en dividir por partes iguales cualesquiera utilidades que resulten de nuestra empresa sin que ninguno de los socios pueda hallarse más favorecido que los otros. Dichas utilidades se repartirán en la época que decida la mayoría ó por suerte según lo requieran las circunstancias.

Asimismo convenimos en que en el caso de que uno de los socios fallezca ó desee retirarse de la empresa, su parte se dividirá por igual entre los dos socios restantes, y en el evento de que uno de estos dos muriere ó se retirara, todas las pertenencias, útiles, tierra, provisiones, etc., quedarán

como propiedad del sobreviviente con exclusión de todos los parientes, amigos ó cualesquiera personas que pudieren tener títulos sobre los bienes del difunto.

(*Firmado*) JUAN VAN HORT,
JOSÉ BRACE, *el Juez*,
BERNARDO RODMAN.

Postdata.—Queda entendido entre los socios arriba citados que en el evento de un hallazgo afortunado, la Nena no será olvidada.

LOLA BRACE, *la Nena.*
×
(*Su marca.*)

—La Nena tiene ojos en la cara para ver, ¡demonche!—nos dijo el Juez en su lenguaje rudo al presentar á nuestra consideración las demandas de la niña—y puede usarlos lo mismo que nosotros buscando piedras, y además, como que es hembra, puede cocinar nuestra comida, lavar nuestras camisas, cosernos y tenernos limpiecitos y decentes.

No sé si era capaz de ayudarnos de estas diversas maneras; lo que sé, es que no lo hizo.

—¿Qué pueden Vds. esperar?,—decía su padre como excusa—su madre era hija de un guachinango y no es culpa de la Nena si tiene sangre guachinanga en las venas.

Llegamos á la salida del dique y allí el Juez se detuvo para hacer una pregunta al Agente de policía que estaba en aquel lugar estacionado.

—Amigo, ¿puede Vd. decirme dónde está situado el mejor Banco de la ciudad?—le preguntó.

Presumo que la primera impresión del policía al vernos fué que nuestras intenciones no eran muy santas y honradas, pues no contestó inmediatamente y de mala gana nos dirijió á la Calle Mayor diciéndonos que preguntáramos allí á cualquiera otra persona.

CAPÍTULO II.

Marchámos con rumbo á la Calle Mayor llamando mucho la atención nuestra presencia, y sin duda creando mucha curiosidad y diversión. La gente que pasaba del otro lado del camino se detenía para mirarnos; otros al pasar por nuestro lado nos miraban oblícuamente y después se volvían para continuar observando nuestra marcha; algunos muchachos nos seguían, pensando tal vez que ibamos á dar algún espectáculo callejero.

Dimos por fin con un Banco y entrámos en él, mientras que un pequeño grupo se formaba junto á la puerta, después que ésta se cerró tras de la Nena. Los empleados suspendieron sus operaciones y atónitos y boquiabiertos miraron cómo nos colocábamos frente al mostrador.

—¿Está en casa el Director de este negocio? —preguntó el Juez.

—Manos quietas,—añadió con un rujido al ver á la Nena deslizar su flexible mano por de-

bajo del enrejado de bronce que protegía el mostrador, para tocar la balanza.

La Nena, impasible, satisfizo su curiosidad, y después, retirando la mano, puso el codo sobre el mostrador y dejando caer la barba en su palma fijó la mirada, con estólida indiferencia, en los empleados.

—Sí, Señor, el Administrador está en el Banco; ¿qué desea Vd.?,—preguntó el empleado.

—Suelta, Israel,—dijo el Juez dando un paso hacia atrás y señalando á nuestro compañero israelita con un signo de la mano.

—Deseamos negociar un préstamo con garantía de un diamante de buen tamaño que hemos traido del Cabo,—dijo Van Hort.

—Ochocientos veinte quilates, y de primera agua,—añadió el Juez;—¡la piedra más hermosa de este grandioso Universo!

Hubo una consulta en cuchicheos entre los empleados del establecimiento, y uno de ellos entró en la habitación privada en el fondo del Banco, de la cual volvió al poco tiempo acompañado del Administrador.

—Yo soy el Administrador, ¿qué desea Vd.?

Van Hort repitió su relación.

—¿Y qué garantía pueden Vds. darme de que el diamante sea verdadero,—preguntó el Admi-

nistrador, con una agradable sonrisa,—ó de que les pertenece legítimamente á Vds. para poder disponer de él?

—Permita Vd., Señor: si cualquiera hubiese perdido una piedra como ésta, no estaríamos tan seguros de que no nos la reclamasen, y no iríamos mostrándola á la luz del día,—contestó el Juez;—y en cuanto á ser verdadera, puede Vd. tener la garantía de sus propios ojos.

—No pretendo ser conocedor de diamantes, ni me es permitido entrar en negociación alguna que se roce con esa piedra,—dijo el Administrador definitivamente.

Nos colamos fuera de aquel Banco del mismo modo que nos habíamos colado dentro de él, y probámos otro, sin mejor resultado, pues el Administrador nos dijo que no se ocupaba en esa clase de transacciones; y fuímos á un tercero, pero el Administrador se hallaba ausente, y convencidos entonces de que nuestro plan era impracticable, nos detuvímos en una esquina para determinar en consulta la resolución que debíamos tomar.

Estábamos ya aburridos de Southampton y si hubiésemos tenido dinero suficiente, hubiéramos continuado nuestro viaje hasta Londres, en donde tal vez hubiéremos hallado algún antiguo conocido que nos ayudase en nuestro presente emba-

razo. Pero no teníamos nada: nada, más que lo que llevabamos puesto y el precioso diamante. Nuestros pequeños hallazgos y nuestros útiles los habíamos vendido en Natal para hacernos de los fondos necesarios para pagar nuestro pasaje de retorno en tercera clase, y nuestros trajes de repuesto, nuestros cuchillos y todo aquello que no era enteramente indispensable lo habíamos traficado durante la travesía por comida para suplementar el miserable é insuficiente alimento que daban á proa.

—No podemos empeñar á la Nena,—dijo el Juez,—y esto es lo único sin lo cual podríamos pasar muy bien.

Eran cerca de las tres y sentíamos bastante apetito, pues nada habíamos comido desde las seis de la mañana, á cuya hora nos habían servido las últimas raciones abordo del vapor. Nuestra posición era desesperada. Poseyendo millones, podíamos morir de hambre en medio de la calle, ó tendríamos que refugiarnos en un hospicio. Esto era no sólo muy raro, sino que también muy desagradable. Finalmente, no viendo ningún camino para salir de nuestra dificultad, nos dirijimos á una estación de policía, y le contámos nuestro caso al Inspector.

—Muchachos,—dijo después que nos hubo

oído,—no veo cómo puedo ayudaros. Al alcalde es á quien debiérais consultar, pero en la actualidad se encuentra de excursión navegando en un yate de recreo. La única persona que se me ocurre pudiera ayudaros,—añadió, después de un momento de reflexión,—es Sir Edmundo Richardson. Tiene una especie de museo, y compra muchas curiosidades; y por cierto que es también un cumplido caballero, y muy bondadoso. Si estuviere en su casa, . . .

Preguntámosle enseguida dónde vivía Sir Edmundo y nos contestó que en la Abadía de Monken, á distancia de ocho ó nueve millas, en la ruta de Lymington, y que cualquiera nos indicaría el camino.

Ese era pues nuestro último recurso. Suplicámos al inspector que nos diese una dirección más precisa, y partimos en busca de la Abadía. El Juez caminaba por delante á razón de cuatro millas por hora, y la Nena tenía que correr para seguir junto á nosotros: le dí la mano, por más que ni se quejaba. No estaba en su naturaleza mostrar el sufrimiento de un modo ordinario.

Serían cosa de las seis cuando llegamos á la entrada del parque de la Abadía de Monken, y allí nos detuvo el guarda rehusando dejarnos entrar sin permiso de Sir Edmundo; pero cuando

le dijimos que nos había enviado el Inspector de policía de Southampton, mandó á su mujer á la casa á preguntar al barón si quería recibirnos.

Nos sentámos en un terraplén cerca de la casita del guarda y estuvimos esperando cerca de una hora, pues Sir Edmundo estaba comiendo cuando llegó el recado á la casa, y los criados no quisieron participárselo hasta que hubo comido. Un criado nos condujo á través del parque á la Abadía y nos hizo entrar en un hermoso salón artesonado de roble oscuro y ornamentado con cuernos de venado, armaduras antiguas, y otros adornos apropiados; y allí aguardámos la llegada de Sir Edmundo Richardson. Cobrámos ánimo en cuanto apercibímos al magestuoso y anciano caballero. Había benevolencia en los pequeños rizos de su fino y blanco cabello, y promesa de un bondadoso trato en la simpática sonrisa con que nos recibió.

—¿Vds. tienen algo que venderme, no es eso?—dijo con jovialidad.

—Sí,—dije yo,—si Vd. puede comprarlo; un diamante.

—¡Un diamante! Esa es una curiosidad algo costosa, pero no por eso me desagrada; ¿lo han traído Vds.?

—Sí,—dije; y volviendo mi mano, la abrí,

enseñando la funda de cuero atada á mi muñeca con una correa, y que contenía el "Gran Lucero," según llamábamos á nuestro diamante.

El barón se quedó atónito al notar el prodigioso tamaño de la piedra, pues podía ver que el cuero estaba bien ajustado.

—¿Y esto es un diamante?—exclamó levantando la funda de la palma de mi mano.

—Lo hicimos examinar en Natal,—dijo Van Hort;—es un diamante blanco, y si no es de primera agua, lo es por cierto de segunda, y pesa ochocientos veinte quilates.

—¿Es posible? Vengan conmigo. ¡Ochocientos veinte quilates!—dijo Sir Edmundo, sumamente excitado.—Lleva una luz á la biblioteca inmediatamente,—dijo á uno de los criados.

Entrámos en la biblioteca, corté las puntadas de la funda que envolvía el diamante, y coloqué el Gran Lucero en la mano de Sir Edmundo, y ya entonces habían traído una lámpara de lectura.

—¡Es cierto! ¡Es cierto!—dijo él examinándolo muy cerca de la luz.—Es una piedra maravillosa. ¡Qué forma tan perfecta! ¡Qué prodigio! ¡Alicia, mira ésto!

Una señorita que había entrado en la habitación, se aproximó. Sólo mirando la faceta que

habíamos hecho tallar y pulir, podía ella distinguir que aquello era un diamante, porque tenía un color apagado y gris, y parecía un trozo de cristal que hubiese sido pasado por el fuego.

—Es de un tamaño extraordinario, ¿no es cierto, papá?—preguntóle.

—¡Y muy extraordinario!—contestó.—El Koh-i-noor no es ni la cuarta parte de éste. Mira lo que sobre esto dice el libro: dame á Haydn, querida mía.

La señorita Richardson trajo el libro, mientras su padre examinaba aún la piedra, de la misma manera que un artista examinaría una obra maestra, y al cabo de un rato leyó en voz alta:

"El peso original era cerca de ochocientos quilates, pero disminuyó á doscientos setenta y nueve por consecuencia de la poca habilidad del artista, Borghese, un Veneciano; su forma y su tamaño asemejaban una media rosa puntiaguda cortada de un pequeño huevo de gallina; su valor es apenas posible computarlo, por más que se ha dicho que dos millones de libras esterlinas sería un precio justificado si se calculaba de acuerdo con la escala acostumbrada entre los diamantistas. Este diamante fué nuevamente tallado en 1852 y pesa ahora 102½ quilates."

—¡Bueno, bueno!—prorrumpió el barón. —Empleando á un tallador hábil, un diamante de esta forma no debiera perder cien quilates. ¡Cielos!—exclamó, volviéndose á nosotros,—¡tienen Vds. el tesoro mayor de la tierra!

—Deme su mano, Rodman; sosténgame,—dijo Van Hort con voz baja y hosca.

Me volví prontamente y lo cogí al caer para adelante, pues se había desmayado, bien de debilidad, ó de intensa excitación, ó tal vez de ambas cosas.

CAPÍTULO III.

Cuando Van Hort volvió en sí, y el barón se enteró de nuestro prolongado ayuno, nos condujo enseguida al comedor, é hizo que nos sirvieran lo mejor que había en la casa. Fué una comida que nos recompensó de nuestras largas privaciones y que á nosotros, infelices famélicos, nos hizo olvidar por algunos instantes á nuestro tesoro, en el vivo placer animal de satisfacer la imperiosa necesidad del hambre. Sir Edmundo se sentó á la mesa con nosotros dirijiendo á los criados, quienes seguramente en su vida habrían servido á tan extraños huéspedes. Fácilmente se observaba que era un verdadero deleite para ese hombre de corazón de oro el vernos comer y beber. La señorita Richardson en persona servía á Van Hort, atendiendo á sus necesidades con delicadeza y tacto femeninos; su aflicción servía de llamamiento á su simpatía de mujer.

Era una joven alta y graciosa, con el cutis claro de su padre, ojos brillantes y alegres que

aumentaban la expresión feliz de su rostro, y un hermoso cabello castaño que en sus ondulaciones tomaba tintes de oro. Lo miraba á uno cara á cara con una valentía que es sólo posible á quienes están enteramente sanos y son perfectamente honrados. El encanto de su belleza física lo completaban unos modales exquisitos: el completo dominio de sí misma y una infalible gracia, inseparable de una dama de educación y de elevado nacimiento. Con nosotros, que debíamos parecerle unos verdaderos proscritos sociales, era tan cortés como si hubiéramos sido sus iguales. Una verdadera dama no puede nunca ser descortés.

Su presencia producía en mis sentidos un efecto indescriptible; el efecto de una hermosa música después de una discordancia. Me sentía consciente de mi regreso del salvajismo á la civilización. Pero no fué hasta que hube saciado mi grosero apetito que me hallé susceptible á este nuevo deleite.

El barón no habló una palabra sobre el diamante durante la comida, pero cuando ésta hubo terminado, dijo:

—Volvamos á la biblioteca. Ven con nosotros, Alicia, si nuestros cigarros no te ofenden, pues tenemos que tratar de un asunto sorprendente.

En la biblioteca, la señorita Richardson se sentó junto á su padre; nosotros tres nos sentamos en frente de ellos, del lado opuesto de una pequeña mesa redonda sobre la que coloqué el diamante.

Á poca distancia de nosotros, tendida sobre el piso, se hallaba una piel de león, y sobre ella se echó la Nena, y como nos miraba fijamente y se hallaba acostada, con la barba descansando en las palmas de las manos y los codos hundidos en el pelo de la piel, apenas veíamos de ella más que sus grandes ojos lustrosos, por causa de la sombra que hacía la pantalla de la lámpara.

—Entendamos, para principiar, la posición de las cosas,—dijo Sir Edmundo, tomando un tabaco, después de habernos pasado el cajón.

—Esto explicará muchísimo,—dije yo, entregándole la copia de nuestro contrato.

Lo colocó de manera que su hija pudiera leerlo á la par que él, y al llegar al final, dijo:

—¿Puedo saber quién es el Juez?

—Ese soy yo,—dijo Brace, con algún orgullo,—nombrado por el Comité de Vigilancia de Pico Largo, en California, en el año '56.

—¿Es Vd. Norte Americano?

—Tenido como tal por veinte años; pero nacido en Inglaterra, en el Condado de Cornwall.

—¿Y Juan Van Hort?

—Ese es Israel,—contestó el Juez, señalando á Van Hort.—"*Y la oscuridad cayó sobre él,*" —añadió á vía de explicación.

Durante un corto período de su extraordinaria carrera, Brace había ganado una precaria existencia fungiendo como predicador ambulante.

—Entonces, Vd. es Bernardo Rodman,—díjome el barón,—y Lola es . . .

—La Nena,—dijo Brace,—su madre era guachinanga. Mejicana,—añadió, dirigiéndose á la señorita Richardson.

La comida lo había reanimado y había desatado su lengua, y continuó:

—Nos juntámos en la Ciudad del Cabo, á consecuencia de un anuncio en el periódico. Este nuestro hermano ciego deseaba invertir su pilita de oro en una empresa minera. Había estudiado el asunto científicamente; tenía en su cabeza una especie de mapa señalando los parajes en que se habían hecho los mejores hallazgos; se puso á reflexionar á qué causa obedecían, y se empeñó en que un gran hallazgo debía hacerse en cierto lugar sólo por él conocido. Conversámos, y sin mucha dificultad percibió que había encontrado en mí el socio que le convenía, y dejó

á mi cuidado el encontrar un tercer asociado. Entre una docena, me fijé en el Caballero Rodman. Me gustó la forma de su pecho y de sus espaldas, y el aspecto de su cara. Ví que por más que en aquel entonces la fortuna estaba reñida con él, era un caballero hecho y derecho, y puedo decirle á Vd., señorita, (dirigiéndose á la señorita Richardson), que aunque yo mismo no soy caballero, aprecio la buena sangre y la buena educación y apuesto en su favor contra toda la creación. Un hombre como el Caballero Rodman, que lo han tenido limpio en su infancia, y ha sido bien alimentado y enviado á la escuela, y ha aprendido á respetarse á sí mismo y á Dios Todopoderoso, tiene mejor carácter, más tolerancia, más resistencia, más empuje y más valor para derribar y vencer obstáculos, que una docena de esos haraposos que tanto bravean de que son trabajadores.

Hizo una pequeña pausa para que sus palabras causaran la debida impresión, y después continuó:

—El Caballero Rodman no tenía experiencia en el negocio, pero tenía cien libras esterlinas para interesar en él, y esto conquistó á Israel, tanto como su aspecto me conquistó á mí. Israel tenía trescientas libras. Yo nada tenía en cuanto

á pesos fuertes, pero eché á la Nena en la sociedad, la cual siendo hembra, era natural que nos fuera útil. Lo que teníamos formó un fondo común, y según el contrato escrito, convinimos en sostenernos hasta que nos rindiese el hambre ó hubiésemos gastado el último peso. Trabajámos contra viento y marea, y con bien poca suerte por cierto. Israel fué el primero en arrepentirse.—Mis cálculos están equivocados, y lo perderemos todo; terminemos la empresa,—decía él; pero el caballero Rodman le contestaba:—No: no abandonemos nuestra bandera; sigamos luchando,—é hizo cuanto estuvo en su mano para distraernos. Tenía Vd. que haberlo oído silbar como un mirlo, cantar canciones, haciéndonos olvidar de nosotros mismos y chanceando sobre nuestra mala suerte. Pregúntele Vd. á la Nena quién era su mejor amigo en nuestra tribulación, y le contestará que el Caballero Rodman, y no su padre. Tuvo la niña un poco de fiebre y él fué quien le hizo una cama, y construyó una mampara para resguardarla del sol, caminó quince millas en una noche para llevarle cosas de la tienda, la veló noche tras noche para darle agua que beber y se ponía á cantarle canciones de la Cenicienta y la Bella Dormida mientras estaba rompiendo las maldecidas piedras.

Confieso, señorita, que me daba vergüenza que él conociera que yo también iba perdiendo las esperanzas, y cuando sentía deseos de blasfemar contra todas las cosas en general, me daba un paseito y soltaba los juramentos en donde él no pudiera oírlos. Parecía en efecto que la mala suerte no se cansaba de perseguirnos. Luego, á Israel le entró otra vez el desaliento.—Nos quedan aún unas cuantas libras esterlinas,—díjole al Caballero Rodman,—tiremos las cartas ya que no nos viene la suerte,—lo que fácilmente podrían haber hecho sin que por eso se hubiesen apartado de nuestro convenio escrito, puesto que los dos formaban mayoría. Pero el Caballero Rodman no quiso acceder.—No procederíamos en justicia con el Juez,—dijo él, y además prometió que si por fin de fiesta fracasábamos, no dejaría á Israel y lo mantendría como si fuera de su propia carne y de su propia sangre hasta que pudiera él mismo ganarse la vida, que á la verdad es más de lo que yo le hubiera prometido. Vaya, continuámos hasta que se hubo gastado el último centavo en provisiones, y las provisiones consistían en media lata de carne de vaca y un pedazo de andullo, y entonces dí con una piedra de dos quilates. El día siguiente el Caballero Rodman halló el Gran Lucero. Nos parecía im-

posible que fuera genuino, y sin embargo, pensábamos que podría serlo. Vaya, no durmimos hasta que llegámos á Natal y lo hicimos ensayar. Vendimos la piedra de dos quilates, y rascámos de uno y otro lado dinero suficiente para pagar nuestro pasaje á Southampton por el primer vapor. Reunidos en comité, convinimos en ir á un Banco tan pronto desembarcásemos para levantar fondos sobre el diamante, pero nadie ha querido facilitárnoslos, y si la policía no nos hubiese puesto en esta pista, que un rayo me parta si yo sé en qué agujero estaríamos metidos en este momento.

Durante este relato, que he abreviado considerablemente, Van Hort, que odiaba al Juez y abominaba cuanto decía, estaba sentado, con los ojos completamente cerrados ,la nariz encojida y sus negras cejas arrugadas de modo que casi se tocaban. La señorita Richardson escuchaba con verdadero interés, sus lindos labios ligeramente abiertos, y me pareció que me miraba más bondadosamente después del brillante elogio que me tributó Brace, y del cual he omitido gran parte.

La Nena cambió de posición, comunicándosele sin duda el entusiasmo de su padre, y sentada sobre sus talones con las manos cruzadas por delante, volvía sus ojos relucientes á veces sobre

mí, pero más á menudo sobre la señorita Richardson, como si quisiera descubrir el efecto que le causaba la narración.

—Naturalmente, que no desearán Vds. marcharse esta misma noche,—dijo Sir Edmundo.

—Puede Vd. estar seguro y más que seguro, que ninguno de nosotros tiene ganas de despedirse de Vd.,—replicó el Juez, mientras que Van Hort y yo expresámos los mismos sentimientos con diferentes palabras.

El barón habló en voz baja á su hija, y ésta se levantó y salió de la habitación.

—Lo que debemos considerar después,—dijo enseguida,—es el modo en que puedo yo ser útil á Vds. Comprar su tesoro, claro es que no tengo ni que pensarlo; pero quisiera comprar una pequeña, pero muy pequeña parte ó interés en él, pagándoles al contado alguna cantidad para que Vds. se sirvieran de ella según les conviniera, y reembolsándome cuando tenga efecto la realización del diamante, con adición de un tanto por ciento adecuado á mi desembolso. Sugiero esto como negocio, afín de que no se consideren Vds. obligados, al aceptar mi oferta.

En pocos momentos decidimos aceptar esa proposición.

—En este caso,—prosiguió Sir Edmundo,—

desearía tener voz y voto en el manejo de este negocio, y mi primera sugestión sería que se empleara al primer artista del mundo para que tallara el diamante bajo este mismo techo, y que durante la operación residieran Vds. aquí; esta sería una precaución necesaria para que así pudiéramos mejor guardar y defender el tesoro, y además para nuestra mutua garantía.

Este arreglo nos era demasiado ventajoso para que se necesitasen muchos argumentos para convencernos; nos consultámos y enseguida aceptámos esa condición.

Sir Edmundo leyó nuevamente el contrato y dijo luego:

—Es preciso que consultemos á un abogado respecto á una forma legal de contrato. Aquí tienen Vds. una especie de arreglo tontino, por el cual uno de Vds. recibiría una ventaja enorme con la muerte de sus asociados. Es una cláusula algo desagradable, y no veo necesidad de que exista ahora que han variado las circunstancias que la motivaron. Un abogado puede proveer á nuestra seguridad sin exponernos á tristes posibilidades. Esto, sin embargo, puede arreglarse más tarde. No hay apuro. Será tiempo oportuno para hacer un arreglo legal cuando hayamos averiguado el valor de la propiedad que no

podemos saber hasta que la piedra esté tallada. Indagaremos en las mejores casas de Londres respecto á un lapidario, y nos tomaremos el tiempo que se requiera. Entre tanto, les supliré el efectivo que necesiten, mediante sus pagarés, y el diamante puede continuar en posesión de Vds. Háblenselo con calma y si creyeren conveniente modificar en algo mi plan, no dudo poder aceptar lo que Vds. propongan.

La señorita Richardson volvió á entrar en la biblioteca y habló con su padre. Luego, se dirigió á Lola, que se había acurrucado sobre la piel, y se arrodilló á su lado. La chica no estaba dormida, pues se sentó en cuanto se aproximó la señorita Richardson y empujó lejos de sí la mano que se había posado tiernamente en su brazo.

—¿Te disgusto acaso, Lola?—le preguntó la joven, sonriendo.

—Sí, mucho,—contestó la Nena con desagrado.

—Pero yo quiero ser tu amiga.

—No seremos amigas nunca.

Perdí la respuesta de la señorita Richardson, pues habiendo entrado un criado en el cuarto, Sir Edmundo nos dijo:

—Sus habitaciones están listas; Juan se las

indicará á Vds. si tienen ya deseos de retirarse.

La perspectiva de volver á dormir en un buen lecho, nos hizo ponernos en pie al momento.

La señorita Richardson, no escarmentada aún por su primera repulsa, había tomado la mano de Lola en la suya y le hablaba en voz baja y cariñosa. La Nena retiró bruscamente su mano, se puso en pie y vino á mi lado viendo que nos ibamos.

—Es una bribonzuela,—dijo el Juez,—dispénsela Vd., señorita. Su madre era una guachinanga, y nadie la ha tratado nunca con cariño sino es el Caballero Rodman. Lo que ella entiende mejor es una caricia con la correa. No, señorita,—añadió cuando la hija de nuestro anfitrión ofreció llevarse á Lola á su propio cuarto, —déjemela á mí. Sólo sacaría Vd. desengaños y disgustos de ese bicho ingrato.

El cuarto destinado á la Nena era lo más lindo que puede imaginarse, con colgaduras de encaje blanco sobre seda azul, y por doquiera se recreaba la vista con alguna deliciosa evidencia de atención y buen gusto. El lecho sugería á un tiempo comodidad y fresca y virginal pureza. En vano hubiera yo escudriñado mi imaginación para inventar un cuarto semejante en los

cuentos que contaba á Lola. Allí la dejamos, apoyada en la pared, con sus ojos insondables mirando en su redor con ceñuda curiosidad.

Por la mañana el cuarto estaba vacío, la cama intacta y el suelo cubierto de retazos de la ropa que la señorita Richardson había dejado para Lola y que la pequeña salvaje había hecho pedazos.

¡Pobrecita Lola! Ella y yo habíamos sido siempre excelentes amigos, menos cuando ocurría algún disgusto por causa de la cocina ó el lavado, pero se sometía á mi voluntad y se dejaba persuadir por mí cuando nada hubiese plegado su ingobernable espíritu. Temía mi silencioso reproche más que el sarcasmo maligno de Van Hort ó la dura mano de su padre. Á nadie respetaba más que á mí, probablemente porque yo era el único que respetaba su sensibilidad.

Si hubiese yo previsto aquella noche, la conducta que iba ella á seguir, tal vez con un poco de paciente persuasión, la hubiera traído al camino de la razón. El dolor se apodera de mi espíritu cuando pienso que tal vez una docena de palabras mías en aquel entonces hubiesen apartado las terribles consecuencias de aquel acto, tan insignificante, y sin embargo seguido por terror y más terror, un crimen y otro crimen.

CAPÍTULO IV.

Debo resumir lo más brevemente posible los sucesos de la semana siguiente á la fuga de Lola, no porque considere que carezcan de interés, pues aquellos fueron los días más felices que he pasado, sino porque una prolongada descripción retardaría indebidamente el progreso de la historia cuyo relato me he impuesto.

En la mañana del 15, se hizo la busca de Lola. No estaba en la casa. Poco después de mediodía, uno de los guardabosques, que había sido enviado á explorar los bosques y el parque de la Abadía, trajo la noticia de que había visto á la fugitiva en la pineda, á una media milla de la Abadía. En cuanto lo vió, echó á correr como un gamo, pero él, obedeciendo las órdenes que tenía, no la persiguió.

—Es el olor de los pinos que la ha atraido hacia allá,—dijo el Juez,—nació entre ellos, ha vivido entre ellos, y los prefiere á sedas y encajes, á cuadros y otras cosas por el estilo; y le es

más natural dormir en una cama de piñas que en una de plumas. No hay modo de domesticarla. Ese es su instinto, y como la zizaña en un campo de trigo, no puede ser destruido. Déjela sola, señor, y ella vendrá en cuanto tenga hambre, y entonces le haré aprender lo inicuo de la ingratitud.

Por la tarde fuimos en un tílburi á Southampton, atravesando despacio los bosques, con la esperanza de dar con Lola, que de seguro nos hubiera seguido entonces, pero no pudimos verla. En Southampton comprámos ropa decente y pasámos algún tiempo en la barbería. Me afeité la barba y volvimos á la Abadía, muy cambiados y mejorados en apariencia.

La señorita Richardson estaba muy angustiada por Lola, que continuaba ausente. La explicación de Brace del porqué se había ido de la Abadía, parecía razonable; pero su antipatía para con la señorita Richardson, sentimiento que la había hecho destrozar los efectos que ésta le había dado, era para mí un misterio, y también creo lo era, y muy doloroso, para la señorita Richardson. Parecía que se sentía responsable de un modo inescrutable de la conducta de la chiquilla.

Sir Edmundo volvió de Londres en la tardecita.

—Ahora sí que parece otra vez Vd. mismo: lo que Vd. es, . . . un caballero!,—me dijo estrechando cordialmente mi mano. Había hecho averiguaciones respecto á un lapidario, y supo que el más experto que se conocía, que era un tal Carvallo, estaba entonces ocupado en Madrid. Con nuestro consentimiento le escribió inmediatamente diciéndole que bajo las condiciones que él quisiera, viniera á la Abadía á tallar el Gran Lucero.

Al anochecer, se dejó abierta la puerta por la cual se suponía que Lola se había escapado de la Abadía, y se colocó una luz en su cuarto de dormir.

En la mañana siguiente la lechera dijo que durante la noche alguien había tocado sus vasijas de leche; no cabía duda de que Lola hubiera entrado en la casa. Después de almorzar, decidí ir en persona á los bosques, á buscarla. La señorita Richardson quiso acompañarme. Debí hacerle observar que su compañía disminuía las probabilidades de que Lola me dejase acercar á ella, pero no pude privarme del placer de tener tan dulce compañera. Vimos á Lola en el borde de un claro en el costado de una colina. Estuvo observándonos mientras nos acercábamos. La llamé pero movió la cabeza, y volviéndonos la

espalda, desapareció prontamente entre los pinos. El desamparo de la muchacha; su gesto que parecía lleno de tristeza; la silenciosa caida de las hojas y la quietud de los bosques de otoño, impresionaron á la señorita Richardson; y cuando se puso á andar de nuevo á mi lado, con la cabeza inclinada, noté que estaba llorando. Este episodio hizo en mi una profunda impresión, pero por más que mi corazón sentía una viva simpatía por la pobrecita salvaje errante en aquellos tranquilos y misteriosos bosques, una felicidad indescriptible invadía mis sentidos. Era el despertar del amor.

Sir Edmundo hizo colocar una cesta con comida en la lechería, disponiendo que dejasen las puertas abiertas.

El 17 supimos que durante la noche pan y frutas habían desaparecido de la lechería. Sir Edmundo y yo caminámos por los bosques pero no vimos á Lola. Nuestra conversación se refirió á su hija, y me dijo que había sido su consuelo después de la muerte de su esposa. Habló con natural orgullo de su carácter dulce y leal. Más adelante, hablando del gran diamante, me preguntó de qué modo había yo ido á parar en minero. Le conté cómo había quedado arruinado por la quiebra del Banco Imperial, mi imposi-

bilidad de ganarme la vida con un empleo en el comercio, etc. Incidentalmente cité el nombre de la familia de mi madre, lo que le indujo á hacerme más preguntas sobre el particular, viniendo á sacar en limpio que mi madre debió ser prima de su esposa. ¡Cuán á menudo existen círculos de numerosos amigos aliados de esta manera! Parecióme que la señorita Richardson se complacía con el descubrimiento del parentesco que existía entre nosotros, aunque fuera algo distante: nos encontrábamos ya más cerca uno de otro.

Durante nuestra ausencia, la señorita Richardson se había dedicado enteramente á Juan Van Hort: su simpatía producía un efecto notable sobre ese hombre extraño. Cuando lo llevé á su cuarto para que se vistiera para la comida, me pidió que abriera las ventanas y lo colocara donde sintiera el aire. Se sentó delante de la ventana abierta; el sol poniente se reflejaba en sus ojos privados de luz. Creo que se olvidó de mi presencia, y permanecí allí observando el juego de sus facciones. Sus narices se dilataron, sus cejas se arrugaron hasta encontrarse, sus labios se abrieron mostrando sus dientes fuertemente apretados: toda la expresión de su rostro indicaba un temor intenso. Después los

músculos se aflojaron, por un instante sus mejillas cadavéricas se tiñeron de color, cerró los ojos y sus labios temblaron como en un éxtasis. Abrió los párpados de nuevo y esa mirada de espanto volvió á su rostro. Se echó para atrás en la silla y se puso á parpadear como si luchara por atraer la luz á sus ojos; luego, repentinamente lanzó los brazos para afuera con impetuosidad, y con un grito ahogado de impotente rabia sepultó el rostro en sus manos, comprimiendo con sus largos y delgados dedos las palpitantes venas que resaltaban duras y nudosas sobre sus sienes.

—¿Qué es lo que ocurre, viejo?,—pregunté poniendo mi mano en su hombro.

Se extremeció, y contestó impaciente:

—¡Nada, nada: sólo un sueño!,—y luego me preguntó con ferocidad:—¿Quién lo vijila á Vd. por la noche?

—Ahora no es de noche,—le contesté imaginándome que estaba tan sólo medio despierto.

—¿No es de noche?,—repitió moviendo sus ojos de un lado para otro. Luego extendió sus manos para fuera, como si clamara al cielo, y dijo:

—¿Qué *es*, pues, la noche?

¡Para el desgraciado, todo era noche en efecto! Traté de entablar conversación con él,

pero agitó una mano con impaciencia, y levantándose fué tentando su camino hacia el lavabo.

—Vaya Vd. para abajo,—exclamó:—la señorita Richardson es más grata á la vista que yo: debe ser hermosísima, pues su voz es música, y su contacto es como el pétalo de una rosa. ¿En dónde guarda Vd. el diamante; está seguro?

Le contesté que lo guardaba entonces en un cinturón que llevaba puesto.

—Vuelva á amarrárselo en la muñeca: está más seguro en ella,—dijo, y después dobló la cabeza á un lado, escuchó atentamente por un instante, y continuó en voz más baja:

—Allá abajo están conversando. Vaya arrastrándose y escuche. Le digo que aquí no estamos seguros: puedo ver esto á pesar de mi ceguera, pues poseo otros sentidos en lugar del que he perdido. ¿Los oye Vd.? Acérquese, Rodman: en esta casa existe una conspiración, una trama para apoderarse de nuestro tesoro, y arrojarnos después á la calle como á unos mendigos. Si pudiese confiar en Vd., le diría algo más: pero, . . . todo el que tiene ocasión de robar, es ladrón.

No era la primera vez que le había oído hablar en estos términos. "La ocasión hace el ladrón": ese era su tema favorito. En Natal, y

en el buque, había estado temiendo constantemente que nos robaran. Me alegré de dejarlo. Al pasar junto á la escalera para ir á mi cuarto, distinguí el sonido, antes demasiado lejano para llegar á mi indiferente oído, de las voces de Sir Edmundo y del Juez, que se hallaban ambos en la biblioteca en el piso bajo. Después de vestirme, me reuní á ellos, y hallé á Sir Edmundo sumamente absorbido en una descripción que Brace le hacía de las minas de oro de California, asunto que le daba elocuencia para muchas horas.

El 18, Sir Edmundo, su hija y yo, fuimos á caballo á Southampton. La señorita Richardson estaba de un humor feliz y alegre, y con su traje de amazona parecía más encantadora que nunca.

Á la vuelta encontrámos á un amigo de Sir Edmundo, que aceptó la invitación que éste le hizo de ir á la Abadía á tomar un bocado y se colocó con su caballo al lado del barón, por delante de nosotros. La hermosa señorita y yo ascendimos la loma tan despacio, que al llegar al crucero de los caminos, no pudimos ver á Sir Edmundo ni á su amigo. Había dos rutas para ir á la Abadía. Después de una corta deliberación, la señorita Richardson consintió, riendo, en tomar la más larga.

La mañana era soberbia y los bosques esplen-

dentes. Los ricos y cálidos tintes del rojizo follaje se reflejaban en la mejilla de mi hermosa compañera; parecía que sus ojos recibían el brillo del rocío suspendido todavía en los hilos de las telarañas. He olvidado de qué hablábamos, pero se sentia muy alegre y de vez en cuando los callados bosques resonaban con la musical cadencia de su risa. Súbitamente, la sonrisa desapareció de sus labios, y dijo:

—¡Nos olvidamos de la pobre Lolita!

De repente, como si sus palabras hubiesen conjurado su presencia, divisámos á la muchacha corriendo velozmente por entre los rojos troncos de los abetos. Nos detuvímos, y yo grité:

—¡Lola, mi querida Lola, ven á hablarme!

Paróse entonces y permaneció como si titubeara en su resolución.

—Vaya Vd. cerca de ella. Yo me quedaré aquí,—dijo afablemente la señorita Richardson.

Pero, como si hubiera adivinado mi intención, Lola sacudió tristemente la cabeza, como había hecho la otra vez, y siguiendo su camino, pronto quedó oculta por los altos matorrales. Cuando cruzámos junto al claro en donde la habíamos apercibido antes, me volví hacia atras y la ví parada en el mismo lugar con la mirada fija sobre nosotros. Fácil era concebir su sufrimiento y los

amargos padecimientos de su corazón. No había cambiado ella, pero yo no era ya el inculto peón que agradecía el agua que se le traía del arroyo vecino en una taza de lata. Todo eso había pasado, y yo no era más su compañero de otros días. Nunca, nunca más volvería á compartir su tosca comida ni contaría con ella para disminuir las tribulaciones de la vida.

El 19 volvimos á los bosques, pero á pie, la señorita Richardson y yo, desviándonos inconscientemente hacia ellos desde el jardín en donde nos habíamos encontrado. Llegámos á un riachuelo atravesado á manera de puente por un solo tablón que tenía un soporte en el centro. En un tiempo había existido un pasamano pero lo había destruido la carcoma. Le dí mi mano y el temor de caer le hizo apretar fuertemente mis dedos. Parecía que gozaba en aquel pequeño peligro: animaba su rostro y sus ojos la expresión más linda y más hechicera que puede imaginarse. Parecía que su mano me comunicaba las aceleradas pulsaciones de su corazón. No era miedo, era una especie de embriaguez, lo que me agitaba; y cuando puso el pie en salvo en la otra orilla y me miró cara á cara riendo alegremente, perdí por completo la cabeza, retuve su mano entre las mías, y cuando trató de retirarla, la

llevé á mis labios é imprimí un beso en ella. Palideció su mejilla y en tono de reproche, exclamó:

—¡Oh, señor Rodman!

Sentíme avergonzado. Volvimos para la casa, pero anduvimos todo el camino en silencio. Fuí inmediatamente en busca de Sir Edmundo, y hallándolo á solas, le dije que deseaba tener á su hija por esposa. Quedóse atónito con tan súbita é inesperada noticia.

—Amo á su hija,—le dije,—y no puedo permanecer en esta casa por más tiempo, haciendo un secreto de mi pasión.

—Bien,—repuso con tono algo mortificado, pero placentero;—no ha perdido Vd. su tiempo, señor Rodman; pero debo confesar que hubiera sido un pobre cumplido para mi hija, si Vd. hubiese dejado de admirar sus encantos.

—Muy topo tenía que haber sido para que no me hubiese cautivado,—repliqué.

Conversámos durante algún tiempo, y en conclusión me dijo conmovido:

—Más tarde ó más temprano tengo que separarme de mi hija, cuya felicidad me es más cara que cualquiera otra cosa en este mundo, y no puedo darle mejor bendición que un esposo bueno y digno.

En aquel momento Alicia abrió la puerta, y viéndonos allí, se detuvo en el dintel.

—Entra, hija mía,—dijo Sir Edmundo, y tomando su mano prosiguió:—el señor Rodman desea que seas su esposa; ¿es éste también tu deseo?

Hundió su encendido rostro en el hombro de su padre: ¡no podía decir ni *sí* ni *no!*

—Este es asunto que no debiera decidirse precipitadamente,—continuó el barón:—toma tiempo, querida mía. Entre tanto, no veo que exista razón alguna para que Vd. se ausente de esta casa,—añadió dirijiéndose á mí.

—Á menos que . . .,—balbuceé.

—Á menos que Alicia lo desee,—prosiguió el barón acudiendo en mi auxilio. Luego, dirigiéndose á su hija le dijo:

—¿Preferirías que el señor Rodman se ausentase, aunque fuese por corto tiempo? ¿Quieres que parta?

Ocultando aún su rostro, Alicia sacudió la cabeza, y entonces supe que había ganado un tesoro más grande que el Gran Lucero.

En la tarde del 20, Sir Edmundo dijo:

—Bernardo, he estado mirando su compromiso desde el punto de vista práctico, y me he fijado en un hecho que, en una ocasión como la

presente, probablemente lo pasaría Vd. por alto. Ese contrato de Vds. *debe* alterarse. Vd. comprende que la cláusula que yo llamo tontina, esto es, la que confiere al sobreviviente la parte que en el Gran Lucero pueda corresponder á un asociado difunto, debiera anularse por consideración y en justicia á su prometida esposa. Trae para Vd. un riesgo, al cual no debe hallarse expuesta Alicia; ¿me comprende Vd.?

Comprendí perfectamente lo que quería decir y convine con él en que debía reformarse esa cláusula.

—Consulte Vd. con sus socios respecto al cambio que sea conveniente,—me dijo.—Espero á mi abogado aquí el día 24 y podrá entonces trazar un contrato legal de acuerdo con nuestro deseo general.

Aquella noche fuí con el Juez al cuarto de Van Hort, y le notifiqué mi compromiso con la señorita Richardson. Van Hort se alarmó visiblemente cuando me oyó, y cuando le dije enseguida que Sir Edmundo deseaba que su abogado alterara el dia 24 la cláusula del contrato, murmuró prontamente en voz baja:

—¡Qué astuto zorro viejo! ¿Qué es lo que querrá?

—Es muy sencillo,—repuse;—si me casase

con la señorita Richardson, y muriese, ella perdería la parte que en el diamante me corresponde. Sólo le dejaría un legado de deudas.

—Sí, y esto no es todo,—dijo el Juez frotándose en la mano su perilla dura como el alambre, é inclinando la frente;—falta mucho para que esto sea todo; estamos jugando con una carta marcada en la baraja, una carta que pudiera tentar á cualquiera de nosotros á cometer un crimen!

—¿Qué quiere Vd. decir con todo eso?,—dijo Van Hort con colérica impaciencia.—Hable Vd. claro de una vez, si acaso puede.

—Pues lo que quiero decir, es lo siguiente:—contestó el Juez hablando lenta y recalcadamente.—Que si uno de mis socios no fuese un cabal y perfecto caballero, y el otro socio no fuese irremediablemente ciego, que un rayo me parta si me iría á dormir sin un revolver de seis tiros debajo de la almohada y sin el dedo en el gatillo. No quiero hacer alusiones á uno más que á otro, pero tomemos las palabras del amigo Israel como si fuesen el Evangelio, esto es, que la ocasión hace el ladrón, y de acuerdo con esto hay grandes probabilidades de que yo asesine á Vds. dos, que son mis socios, y me quede con el diamante enterito, y su único señor y dueño. Por lo tanto, como íbamos diciendo, el barón tiene doble-

mente razón para exijir que se reforme el contrato, pues no solo tiene que asegurar á su hija el dinero, sino que también la vida de su marido. La linda señorita tendrá tiempo de sobra para quedarse viuda siguiendo el curso natural de los sucesos.

CAPÍTULO V.

Cuando ví á Sir Edmundo por la mañana le dije que mis asociados habían convenido en reformar la cláusula del contrato, aunque no habíamos decidido todavía de qué manera.

—Mucho lo celebro,—dijo él;—cualquiera otra cosa que en su lugar se ponga será mejor que lo que dice ahora.

Alicia bajó tarde á almorzar. Estaba pálida y dijo que se había despertado más tarde de lo acostumbrado.

—Creo que es la primera vez de tu vida que esto sucede,—dijo Sir Edmundo.—¿No lograste conciliar el sueño tan pronto como las otras noches, eh?,—preguntóle, sonriendo.

—No he podido dormir,—contestó, pero con tanta seriedad, que comprendí que no era por la causa que el barón implicaba, el amor mismo que á mí me había impedido dormir. Luego, añadió:—he tenido un susto terrible.

La mirámos atónitos y ansiosos.

—Se lo contaré á Vds.,—continuó,—porque tal vez Vds. puedan descifrar lo que me tiene perpleja, y esto sería para mí un gran alivio.

Hizo una pausa como si tratara de congregar sus pensamientos, y dijo después:

—Estaba á punto de dormirme cuando oí un ruido que venía de la ventana. Era lo mismo que si alguien estuviera dando golpecitos sobre el cristal, no fuertes ó apresurados, sino suavemente, como si fuera con la yema de los dedos, y á intervalos. Podía haber contado hasta veinte ó treinta, en el tiempo que mediaba de uno á otro intervalo. No me fijé mucho en un principio, creyendo que como había dejado la ventana abierta en parte, sería el viento que movía la persiana veneciana; pero, después de un rato, aquel persistente tac—tac—tac, me irritó. Me levanté, encendí una vela, y fuí á la ventana. El enverjado estaba lo mismo que yo lo había dejado. La veneciana seguía suspendida completamente inmóvil: la levanté y miré hacia fuera. Había por todas partes una neblina gris. No se sentía ni un soplo de aire; la llama de la vela ardía tan fija como si la ventana hubiese estado cerrada. Dejé caer otra vez la persiana y escuché: no se oía el menor ruido.

—Sería una mariposa nocturna en el techo,

—dijo Sir Edmundo;—muchas veces me han molestado del mismo modo; cuando uno enciende una vela, entonces el bicho cesa en su ruido.

—No apurarse, todavía no lo hemos oído todo,—dijo el Juez mirando fijamente á la señorita Richardson, y frunciendo sus espesas cejas sobre sus vivos ojos.

—Yo me lo expliqué lo mismo que tú, papá. Apagué la luz y procuré dormirme. No oí ruido alguno durante diez largos minutos, y después volvió á resonar en la ventana el mismo suave y pausado tac—tac—tac, con el mismo intervalo entre uno y otro. No era nada parecido al batir del ala de una mariposa. Era exactamente el sonido producido por un dedo sobre el cristal. Traté sin embargo de pensar que era un insecto en la pared: el grillo que llaman "la guardia del condenado en capilla". Procuré olvidarlo, pero no podía menos de oir, y al cabo de un rato me fuí asustando de veras: el sonido producía un efecto espantoso en mis oídos. Era insoportable; no podía continuar acostada y escuchando impasible. Volví á levantarme y encendí un fósforo. El pábilo de la vela tardó en prenderse, y durante esos instantes cesó el ruído. Como dije, estaba asustada, asustadísima. Y aquel continuado silencio me parecía más horrendo que el

ruido anterior. Había algo lúgubre y sobrenatural, que renovó el terror que yo sentía siempre cuando niña al pasar de noche frente al cuarto que se dice frecuentan los fantasmas. Justamente en aquel instante sonó la campana del reloj de la torre. No me atrevía á ir á la ventana del mirador; mi mano temblaba de tal modo que no podía coger el candelero, pero miré hacia la ventana. La primero que llamó mi atención fué que los listones de la persiana en lugar de hallarse inclinados hacia abajo y tocándose uno á otro, como generalmente sucede cuando la persiana está baja, y según quedaron cuando yo bajé la persiana, estaban entonces abiertos, esto es, paralelos unos á otros, ¿me entienden Vds.?

La una encima de la otra, horizontalmente, colocó sus manos, que temblaban al recordar ella su terror.

—Pero, lo que después ví,—continuó, y se detuvo, con un ligero extremecimiento, mientras los que escuchábamos suspendíamos la respiración,—lo que después ví, fueron dos grandes ojos negros que recibían la luz de mi vela al mirar por entre los listones inferiores de la persiana.

Hizo una pausa, y después continuó con más firmeza:

—Creo que me desvanecí; debió ser así,

pues perdí conciencia de cuanto ocurrió después hasta que me hallé tendida en la alfombra. La luz seguía ardiendo sobre la mesa. Recordé lo ocurrido, y miré hacia la ventana. Los listones ya no estaban abiertos sino que estaban planos y tocándose. Me ocurrió entonces que cuanto había visto sería imaginario, que era meramente un sueño realístico, que cuanto me había sucedido había sido en sueños. Mi gran terror desapareció. Fuí sin temor á la ventana para cerciorarme de si la noche era según yo la había visto. Allí estaba la bruma gris; la llama de la vela no vacilaba absolutamente! No obstante, cuando miré hacia abajo y ví cuán imposible era que nadie hubiese estado parado frente á la ventana, me convencí de que al menos la visión de los dos ojos, era imaginaria: un efecto del miedo que sentí cuando miré hacia la ventana. Volví á acostarme, y por más que no logré dormir por algún tiempo, no oí más sonido que el del reloj del campanario al dar las horas.

—¿No es también muy probable, hija mía,—dijo el barón,—que el ruido de que hablas fuese imaginario y producto de tu terror?

—No tenía temor alguno cuando fuí por vez primera á la ventana. El sonido era real y verdadero. Esto es lo que deseo que me expliquen.

—¿Sabe Vd. qué hora era cuando principiaron los golpecitos, señorita?, — preguntó Van Hort.

—Era la una menos cuarto, según mi reloj, cuando volví de mi desmayo.

—¿Me permite Vd. preguntarle, señorita, si algo parecido le ha sucedido á Vd. antes?,—la interrogó el Juez.

—Cuando niña, era tímida, pero no recuerdo que nunca me haya asustado en igual grado.

—Debo decir que no parece que Vd. se asuste por cualquiera nimiedad,—y levantándose de su silla, el Juez añadió:—si Vds. me dispensan por un instante, voy á reconocer enseguida el lugar de la refriega, pues mucho me temo que la Nena tenga algo que ver en este juego.

—Adelante, amigo,—dijo el barón,—cuanto antes descubramos la verdad, mejor.

Salimos todos sobre el césped en frente de aquella parte del edificio en que estaba situado el cuarto de Alicia.

En el trayecto, Van Hort, que había tomado mi brazo para que lo guiase, lo apretó fuertemente y me dijo al oído:

—¿Qué le dije á Vd.? Esto es sólo el principio del fin.

CAPÍTULO VI.

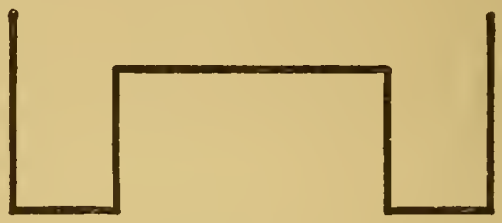
Es necesario que el lector sepa qué clase de edificio era la Abadía de Monken, y algo de la distribución de sus cuartos, para que pueda seguir con claridad la acción del drama que ocurrió dentro de sus paredes. Lo mejor que puedo hacer es trasladar aquí la descripción por medio de la cual dí á conocer los hechos á mi asociado ciego.

—Relate Vd. lo que vea, Rodman,—dijo él, apenas pisámos el césped.

—Un antiguo edificio gótico con dos adiciones laterales más modernas, en el estilo de la época de los Tudores, que proyectan más hacia fuera.

—No lo entiendo á Vd.,—dijo, con impaciencia,—¿no me lo puede Vd. explicar mejor?

Llevaba en el bolsillo un libro de apuntes y apretando el lápiz metálico con fuerza sobre el papel, dibujé este simple diagrama:



Él pasó sus delicados dedos sobre la impresión.

—Los dos extremos ó alas que proyectan hacia fuera son las adiciones de que Vd. habla; el espacio que media entre ambas es la construcción antigua. Ahora lo entiendo. Prosiga Vd.,—dijo él.

—La puerta principal está en el centro de la construcción antigua: de un lado queda el comedor, del otro la biblioteca. En el piso de encima se halla la galería de pinturas: tiene un tejado de caballete, y el campanario se eleva en su centro. El ala de la derecha es igual á la de la izquierda. El piso bajo está dividido en salones, salitas de recibo, cocinas, etc.

—¿Dónde está la lechería, y la puerta que de noche queda abierta para la Nena?

—Está en la parte de atrás de la casa: no puede verse desde aquí.

—¿En el ala derecha, ó en la izquierda?

—En la derecha; la cocina queda en la izquierda. En el piso principal se hallan los me-

jores cuartos de dormir; los de los criados, arriba. Nuestros cuartos están en el ala derecha; los de Sir Edmundo y de Alicia en la izquierda.

—¿Qué medios de comunicación existen? Por ejemplo, ¿cómo iría Sir Edmundo al cuarto de Vd.?

—Pasando por la galería de pinturas.

—Entiendo: continúe Vd.

—Hay dos miradores y un balconcito saliente en el extremo del ala izquierda, frente á nosotros, en la posición que ahora ocupamos.

Hice otro diagrama para explicar los balcones á Van Hort. Hélo aquí:

—El mirador de la izquierda,—continué,—proyecta del cuarto de Sir Edmundo; el de la derecha, del cuarto de Alicia. Hay cruceros de piedra en los ángulos de los balcones, que tienen por dentro cortinas—persianas venecianas. He marcado una cruz en donde Alicia vió los ojos que miraban á través de las persianas. Los mi-

radores están sostenidos por repisas. Son completamente inaccesibles desde el suelo, excepto por medio de una escalera de mano.

—¿Pero, y desde el piso de arriba?

—No hay ventanas sobre los miradores. La única manera de descender sería por una cuerda desde el tejado.

—¿No hay otro modo de llegar al mirador?

—Ninguno que pudiera emplear un ser humano.

—¿Qué es esa proyección entre los miradores?

—Un balconcito saliente, de dos costados, que desde el suelo sube hasta el tejado, con ventanillas de encañado de arriba á abajo; sirve para dar luz á la escalera interior.

—¿Se abren acaso esas ventanillas?

—Sí.

—¿Qué distancia hay entre las ventanillas del balconcito y el mirador de la señorita Alicia?

—Siete ú ocho pies á lo menos.

—¿Y la pared entre ambos es enteramente lisa?

—Hay una moldura de piedra que corre paralela con el suelo del piso principal y la base del mirador.

—¿Por qué no me lo decía antes?,—preguntó con rudeza.

—Porque es imposible que nadie pueda caminar por ella.

—¿Cuál es su ancho?

—Unas cuantas pulgadas. Parece ser solamente una canal de piedra para llevarse el agua del mirador.

—¿No hay hiedra en la casa, nada á que agarrarse?

—No hay hiedra; pero hay un caño, entre el mirador y el balconcito, que baja del tejado á la canal de piedra.

—¡Y Vd. me dice que es imposible ir del balconcito al mirador!

—Y lo repito. La canal es tan angosta, que nadie, por pegado que estuviese contra la pared, podría sostenerse encima de ella manteniendo el centro de gravedad.

—¿Y con auxilio del caño?

—El caño está á cuatro pies del balconcito, y á otros cuatro del mirador. Ahora bien, supongamos que Lola, pues ya sé á quién Vd. sospecha, saliera por la ventanilla del balconcito; tendría que ir adelantando agarrándose al crucero, para sostén, y con una sola mano, hasta tocar el caño con la otra, ó sea una distancia de cuatro pies.

—Cuatro pies: esto no es imposible á menos que la muchacha tenga brazos muy cortos.

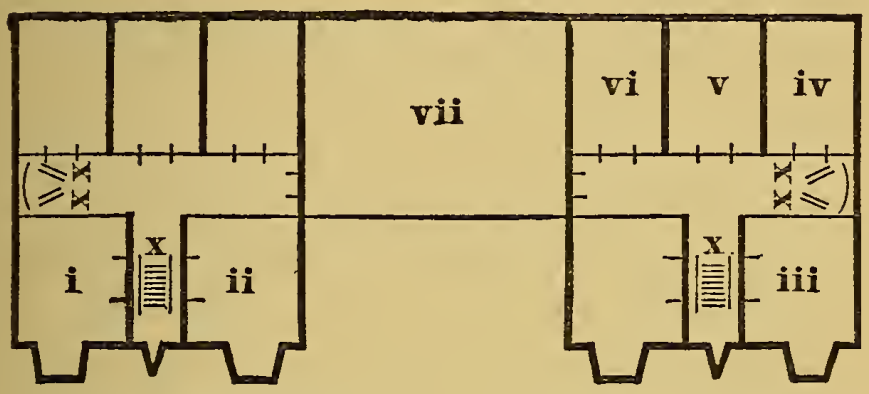
—Es imposible, si al agarrarse al crucero ó al caño, la muchacha tuviese que sostener parte de su peso.

—Vamos á medir el ancho de ese borde ó moldura,—dijo Van Hort;—tal vez desde abajo aparezca más estrecho de lo que es en realidad.

Subimos á mi cuarto en el ala derecha, la cual según he dicho, correspondía exteriormente en un todo con la izquierda, y desde el mirador medí el ancho del borde exterior de piedra. La suposición de Van Hort era justa: era más ancho de lo que yo creía, pues medía poco menos de un palmo mío, que tiene nueve pulgadas. Van Hort se colocó aplastado contra la pared, con los pies para fuera, hasta que obtuvo el límite de anchura sobre el cual podía sostener el equilibrio, y me hizo medir la distancia entre su tacón y la pared. Hallé que era tres buenas pulgadas de mi palmo, y me extrañó ver en cuan estrecho espacio puede uno permanecer de pie y en salvo. Esto decidió la cuestión. Lola podía muy bien haber pasado en salvo por la moldura.

—Ahora,—dijo Van Hort,—tráceme Vd. un plano de los cuartos mostrando su posición relativa para con la escalera, el balconcito saliente y la galeria de pinturas.

Condescendí á su petición, marcando las diferentes partes con cifras que le expliqué en el orden anotado á continuación:



i Cuarto de Sir Edmundo.
ii Cuarto de la Sta. Richardson.
iii Mi cuarto.
iv Cuarto de Lola.
v Cuarto de Brace.
vi Cuarto de Van Hort.
vii Galeria de pinturas.
x Escaleras hasta el primer piso.
⋈ Escaleras á los cuartos más altos.

CAPÍTULO VII.

No obstante, yo permanecía incrédulo. ¿Cómo podía la muchacha, que estaba todo el día escondida en los bosques, conocer la existencia de aquel borde? Verdad es que tenía acceso á la casa por la noche, pero yo dudaba que le fuera posible ver el borde en la oscuridad, aunque fuera desde el balconcito saliente. Y aún admitiendo esta posibilidad, ¿iba ella acaso á arriesgar su vida con el solo propósito de alarmar á Alicia? Había mucha fortaleza en el carácter de Lola para considerarla capaz de tan tonta y débil estratagema. Aquel no era un acto de un ser racional, sino de un idiota perverso ó malévolo.

Me sentía inclinado á creer que la explicación de Alicia era justa y que lo que ella decía haber visto era puramente imaginario y resultado del miedo inspirado por esos ruidos misteriosos que quizás todavía podrían ser explicados.

No era ésta la opinión de Van Hort, ni tampoco la de Brace.

—No diré que lo haya hecho la Nena,—dijo el Juez;—uno no sabe de lo que es capaz un guachinango. Pero supongamos que lo haya hecho, yo me propongo que no lo haga por segunda vez, si la persuasión de que es capaz su padre vale algo,—y enseguida se fué al bosque en busca de Lola.

Cuando estuvimos solos, Van Hort me dijo:

—Pregúntele á Sir Edmundo, y le dirá, como me dijo á mí, que Brace estaba ayer en los bosques mientras Vd. estaba echándole arrullos á la señorita Richardson. ¿Qué fué á hacer allí si no es á buscar á su hija para que jugara esta treta?

—¡Cielos!,—exclamé, perdiendo la paciencia, —¿qué idea le ha entrado á Vd. ahora? Anoche, sospechaba Vd. de Sir Edmundo, . .

—Soy capaz de sospechar de cualquiera que tenga oportunidad de apoderarse del tesoro que Vd. guarda. ¿Censura Vd. al hombre que se defiende cuando su vida corre peligro? ¡Ese diamante es *mi* vida! ¿Qué haría yo si se perdiera? Vd. guarda ese diamante, mi vida misma, en su poder. Tiene Vd. obligación de tomar toda clase de precauciones para su seguridad. No tiene Vd. derecho de desdeñar mi amonestación, tan sólo porque no concuerda con su temeraria confianza en la humanidad.

—Guarde Vd. mismo el diamante, si cree que no está seguro en mi poder,—le dije.

—Hace Vd. esa oferta porque sabe que estoy imposibilitado de aceptarla, ciego é impotente como me hallo. ¿Cómo podría retenerlo contra un hombre como Brace?

—¿Si Vd. tiene más fe en mi poder para guardar el diamante, ¿porqué me acusa Vd. de descuidar su seguridad?

—Porque Vd. cierra los ojos al peligro que existe. ¡Dios!,—exclamó impeliendo hacia la luz sus ojos ciegos y asiéndose los manos con frenesí,—¡pensar que los que pueden ver, no quieren!

—¿Qué conexión es posible,—pregunté yo,—entre la seguridad de nuestro diamante y lo ocurrido anoche?

—Una conexión muy palpable. El suceso de anoche fué un atentado, que malogró, para apoderarse del diamante.

Al oir ésto, miré á Van Hort, y casi me temí que no estuviera en su sano juicio.

—La trama fracasó,—continuó,—porque la chiquilla *equivocó el cuarto.*

Se me escapó una exclamación de incredulidad.

—Vd. tiene que oírme,—refunfuñó, estendien-

do el brazo á derecha é izquierda hasta que con su mano halló el mío, y lo comprimió fuertemente;—Vd. tiene que ver, con mis ojos, si no con los suyos propios. Dice Vd. que la muchacha ignora la situación de los cuartos; pero puede haber recibido los detalles de su padre. Él fué ayer al bosque á darle esos detalles. Mire Vd. su plano,—y me entregó el diagrama explicativo de la posición de los cuartos que yo había dibujado á petición suya;—Brace, que tiene su cuarto en la parte de atrás del ala derecha, de seguro le dijo que al llegar á la cima de la escalera no debía pasar por la galería de pinturas, sino ir derechito al descanso de la escalera porque había subido, y abrir luego la ventanilla del balconcito saliente, que le quedaría entonces á mano izquierda, para seguir al mirador que tendría en frente. Esto, según su cálculo, la llevaría á la ventana de Vd.

—Ciertamente.

—Pero él no se dió cuenta de que la puerta por la que la muchacha entra en la casa está en la parte de atrás del ala derecha, y que la escalera por la cual subiría al primer piso, la traería al descanso entre el cuarto de Sir Edmundo y de su señorita hija. Así, aunque siguió al pie de la letra las instrucciones de su padre, dió con el

cuarto de la señorita, en vez del de Vd. Mire su plano.

—Lo sigo á Vd. perfectísimamente, dije, admirado de la ingenuidad de su explicación que había hecho posible, y en aquel entonces, probable, una suposición completamente increíble.

—¿Está Vd. convencido?, —preguntóme triunfante.

—Tiene Vd. que explicarme todavía cómo pensaba Brace obtener el diamante por los medios que empleó. De seguro que no esperaría que me desmayara de miedo.

—¿Quién dijo tal? Brace calculaba habérselas con un durmiente amodorrado, y no con una niña nerviosa. Los golpecitos eran suaves y regulares: para cerciorarse de si Vd. dormia ó no. En cuanto apareció una luz, cesó el ruido: la chiquilla había vuelto al balconcito. Desde el descanso podía ver cuándo se apagaba la luz, para comenzar de nuevo el ataque. La segunda vez se encendió la vela con alguna dificultad; probablemente la señorita Richardson daba la espalda á los cristales del mirador al encender el cerillo. Tal vez Lola percibió el primer resplandor, é incierta de si debía continuar ó no, viró los listones y miró. En aquel instante prendió el pábilo, y al volverse la señorita Richard-

son vió los ojos de la chiquilla entre los listones. Los golpecitos no se repitieron por una razón muy sencilla: Lola había descubierto su equivocación, y tomó la retirada. ¿Duda Vd. todavía del fin con que Brace ha ido hoy á buscar á su hija?

Me ví forzado á admitir que esta explicación era factible, y sin embargo, no podía creer que Lola, que parecía serme tan sinceramente apegada, consintiera en contribuir á mi ruina á instigación de su padre, cuyo autoridad acostumbraba desconocer. Le dije esto á Van Hort.

—Justamente por el afecto que siente por Vd., porque lo ama á Vd.,—contestó, con énfasis, —consentiría en ayudar á su padre en su proyecto de robarle á Vd. el diamante. El diamante es su enemigo: pues lo ha separado á Vd. de ella, y lo ha colocado á Vd. al lado de la señorita Richardson por quien desde el primer día ha manifestado un odio celoso. ¿Qué cosa podría serle más grata que apoderarse del diamante, que ha creado esta diferencia entre Vd. y ella, y reducirlo á Vd. una vez más á su propio nivel? Es la única esperanza que puede abrigar de apartarlo á Vd. de la señorita Richardson, y de restablecer la antigua condición de igualdad sobre que descansaba su mutuo compañerismo.

Una vez más me ví obligado á admitir la fuerza del argumento de Van Hort.

—¿Pero por qué razón confiaría Brace á su hija tan peligrosa empresa?,—pregunté.

—Por una razón muy sencilla. Si Vd. atrapaba á Lola en el acto de robarlo, no levantaría su mano contra ella, pero si lo atrapaba á él, Vd. le saltaría la tapa de los sesos. Para ella encontraría Vd. alguna escusa: para él, ninguna.

Había también mucha verdad en ésto.

—Hablando de ésto,—continuó,—¿qué armas tiene Vd. para su defensa?

—Ninguna,—contesté.

—Me lo figuraba. Tome Vd. ésto,—dijo, sacando una larga navaja del bolsillo interior de la chaqueta.

Me enseñó el resorte por medio del cual se abría la angosta hoja y el gancho que la mantenía cerrada en el respaldo del mango de asta, y me hizo prometer que la usaría en mi defensa, quien quiera que fuere el que me atacase. Prometí también cerrar mi ventana, que acostumbraba dejar abierta de noche, y asimismo que aseguraría su pestillo, al igual que el de la puerta, antes de acostarme. Por fin, exigió que volviera á guardar el Gran Lucero en la funda de cuero y que

me la amarrara con la correa á la muñeca todas las noches.

El Juez no regresó hasta el oscurecer. Estaba fatigado y su aspecto general indicaba que había efectuado una persecución por espinosas y escabrosas vías.

—He visto á la Nena,—dijo,—pero no quiso oir razonamiento alguno, y como no temía echar á perder su ropa, naturalmente que llevaba ventaja sobre mí, y no logré acercarme á ella.

Dijo que en su opinión lo mejor sería cortarle las raciones y cerrar la puerta que se dejaba abierta y por la que entraba en la lechería; pero la señorita Richardson no quiso se hiciera esto, y se resistió á dejarse vencer por el temor y á cambiar de cuarto ó sus costumbres ordinarias.

Nos separámos poco antes de las once. La noche era calurosa y sofocante. No sentía deseos de irme á acostar, especialmente porque había dado mi palabra á Van Hort de que cerraría de antemano la ventana.

Había en mi cuarto una lámpara de lectura. La encendí, apagué la bujía, y me senté en una cómoda silla, provisto de un libro. Ni un sonido se oía después que el reloj dió las once. Seguí leyendo sin moverme de la silla hasta que dieron las doce. De tiempo en tiempo levantaba los

ojos del libro, y escuchaba atentamente, no porque creyera oir los misteriosos golpecitos en mi ventana, sino porque temía se repitieran en la de Alicia. Al sonar la última campanada de medianoche, cerré el libro y volví á escuchar. El silencio era tan completo por fuera que oía distintamente quemar el aceite de la lámpara á mi lado.

En aquel instante oí crujir un tablón del piso, pero tan ligeramente, que si mi atención hubiese seguido fija en el libro, no lo hubiera notado. No podía decir de dónde había venido el ruido, ni estaba seguro de que no lo hubiese producido mi mismo pie al cambiar yo de posición. Instintivamente miré hacia la ventana. Nada podía ver más allá del círculo de luz reflejado por la pantalla. Hubiera sido absurdo llevar la lámpara á la ventana, pues no podía crujir allí ningún tablón. Aguardé unos minutos, y no habiéndose repetido el ruido, volví á abrir mi libro, pero me detuve con el dedo en la página para escuchar otra vez. Un suspiro de extremecimiento, como el de un niño que llorara para dormirse, llegó á mi oído.

Fuí á la ventana, levanté la persiana suavemente y miré para fuera; pues el sonido me parecía haber llegado de lejos y pensé que pudiera ser el revoloteo de las hojas en la brisa. Pero la

noche seguía sin variación, pesada y silenciosa, la luna se hallaba oscurecida y un tenue velo gris de niebla pendía sobre el cuadro de césped, tal como Alicia lo había visto la noche anterior. Abrí la puerta cuidadosamente. La oscuridad era absoluta. Solo podía ver el crucero del balconcito destacándose vagamente contra aquella parda cortina de la bruma. Escuché. Por la noche, se corrían unas pesadas cortinas á través de la entrada del pasadizo, separándolo del pasaje con el cual lindaba en ángulos rectos; no obstante, podía oir la ruidosa respiración del Juez, ó de Van Hort, de uno de los cuartos más allá. Tenía seguridad de que el sonido que había oído no era imaginario, y decidí descubrir la causa, si fuere posible. Fuí á la mesa y cogí la lámpara.

Volví á donde me había parado junto á la puerta, y mis ojos cayeron sobre algo que estaba tendido sobre el dintel. Si hubiese dado un paso más, lo hubiera pisado.

Con mi mano izquierda sostenía la pantalla, tapando así parte de la luz; retiré la mano, y ví que el objeto á mis pies era Lola!

Se había arrollado sobre la estera de limpiarse los pies colocada frente á la puerta del cuarto. Tenía la cara vuelta hacia mí y descansando sobre sus manos dobladas, como sobre una almo-

hada. Estaba dormida, y sin embargo sus largas pestañas negras se hallaban mojadas por lágrimas que aún no habían tenido tiempo de secarse.

—El mismo Van Hort, si te viera ahora, infeliz criatura,—me dije á mí mismo,—se convencería de tu inocencia.

No quise despertarla; aparté la luz, hasta que Lola quedó otra vez en la sombra, y la coloqué de nuevo en la mesa; tomé el libro, y me senté de modo que pudiera leer y al mismo tiempo observar á la durmiente. En esto, el reloj del campanario dió la media; saqué mi reloj y ví que eran las doce y media en punto.

Durante algún tiempo no logré fijar mi atención en el libro, pues mi espíritu se hallaba cavilando y haciendo conjeturas sobre la presencia de Lola. En algunos particulares se ajustaba á la teoría de Van Hort y á sus sospechas; empero, probablemente porque mi juicio se hallaba bajo la influencia de cierto afecto, no podía creer que la niña hubiese venido á mi puerta con ninguna intención siniestra. Más bien me hallaba dispuesto á pensar que cansada de su soledad, había venido á buscar aquel lugar de descanso para hallarse cerca del único amigo que había conocido.

Mientras meditaba, mis ojos se fueron acos-

tumbrando á la sombra, y veía opacamente la cara de la niña; sus brazos apenas podía distinguirlos por causa de su oscura camisola, ni tampoco la masa negruzca de sus enaguas coloradas. Ella permanecía inmóvil. Si había efectivamente evadido la persecución de su padre, era probable que se había cansado tanto como lo había cansado á él. Mi corazón se sintió conmovido por la lástima y resolví que, cuando se despertara, si estaba dispuesta á conversar conmigo, trataría de que abandonara su silvestre solitud y aceptara las bondades que Alicia deseaba otorgarle. No quería despertarla á propósito, porque en el sueño existe la felicidad relativa del olvido.

Era después de la una cuando volví á mi lectura. De vez en cuando levantaba los ojos de la página para asegurarme de que continuaba durmiendo. Y así permanecí leyendo y vijilando hasta después de las cuatro, cuando la luz comenzó á menguar, mis ojos se fueron cerrando, é inconscientemente me quedé dormido. Me desperté al caer el libro de mis manos al suelo. La lámpara estaba aún encendida, pero ardía tan opacamente que, al mirar á la puerta, nada ví. Llevé la lámpara hacia allí. Lola se había ido.

. . . . . .

Cuando nos reunimos para almorzar, Alicia tenía su acostumbrado buen humor. Sir Edmundo, tranquilizado por su aspecto, le dijo sonriendo:

—Y bien, querida mía, ¿han vueltò á ocurrir durante la pasada noche aquellos extraños sonidos y aquellas visitas de espectros?

—Sí,—contestó,—pero no me asustaron pues sabía que era la pobrecita Lola.

—¡Lola!,—exclamé.

—Dejé una luz encendida,—prosiguió Alicia, —las persianas estaban vueltas hacia abajo, y la luz caía sobre ellas. Los golpecitos me despertaron: eran exactamente lo mismo que los había oído la noche antes. Mientras miraba á la persiana delante de la ventana abierta, los golpecitos cesaron, y ví un dedo meterse entre el tercer y cuarto listón desde abajo, y virar el tercer listón; después, el dedo se metió entre los otros dos, y viró el segundo. Entonces ví sus dos lustrosos ojos negros mirando á través. Casi inmediatamente desaparecieron. 'No tengas miedo, Lolita,' le dije en voz queda, pues calculé que si la asustaba podía caerse de aquel borde tan estrecho. Aguardé unos minutos para darle tiempo de volver al balconcito, si eso es lo que intentaba, y luego tiré la cortina—persiana para

arriba, y miré fuera. No había nadie, y la ventana del balconcito, estaba tal cual la dejamos anoche: cerrada.

—¿Estás segura que era Lola?,—pregunté á Alicia.

—Sí, eran sus mismos ojos.

—¿Sabes qué hora era cuando la viste?,—volví á preguntar.

—Con toda exactitud, pues al tomar mi reloj de la relojera, se cayó, rompiéndose el cristal, y parándose los minuteros, y poco después oí el reloj de la torre dar las horas.

Me enseñó el reloj: la aguja de los minutos estaba torcida de modo que no podía pasar á la de las horas. Cuando lo levanté, volvió la máquina á comenzar su movimiento, probando que no se había acabado la cuerda.

El reloj señalaba la una menos cinco minutos.

—*Á la una menos cinco Lola estaba dormida á la puerta de mi cuarto*,—dije yo.

CAPÍTULO VIII.

Alicia no pudo decir si los listones que había visto virar, estaban abiertos cuando fué á la ventana, y no había modo de confirmar el hecho, porque al tirar la persiana para arriba, estando abiertos, hubieran vuelto á su anterior posición. En vista de mi evidencia, quedó firmemente convencida de que lo que había visto y oído era una extraordinaria ilusión de los sentidos, idéntica a la que proporciona la única excusa para la creencia bastante extendida en apariciones sobrenaturales. Se sentía avergonzada de la debilidad de espíritu que sus experiencias parecían implicar, y resuelta á vencer esa debilidad, se resistió á toda persuasión por parte de su padre de cambiar las condiciones bajo las cuales había pasado las dos últimas noches.

Van Hort fué el único que rehusó creer en las alucinaciones de Alicia.

—Sólo hay que oir hablar á la señorita Richardson para desechar toda idea de esa clase,—

dijo;—ella posee todas las señales de vigor físico y mental, y acusar á una muchacha de esa naturaleza de la insanidad mórbida llamada alucinación, es tan sensato como el creer en la simplicidad y honradez de un vagamundo jugador de cartas de California y de la chica mestiza que él dice es hija suya.

Al llegar la noche, apenas nos separámos de los demás, me dijo Van Hort:

—Esta no es ocasión de dormir, Rodman; tenemos que pasar la noche en vela, quiera ó no quiera, aunque sea sólo por consideración á la señorita Alicia.

Consentí gustoso á esto, y durante una hora nos paseámos por una parte del césped, desde donde podía ver el mirador de Alicia. Entonces, la lluvia que había estado cayendo muy menuda durante algún tiempo, comenzó á caer con fuerza, y nos obligó á entrar.

Nos cambiámos las botas por pantuflas, y juntos nos sentámos en mi cuarto, yo con un libro, y él con la barba en las manos, presentando su cara un aspecto horrible dándole la luz de la lámpara en sus ojos salientes.

Dios sabe que no me faltaba el amor á Alicia, ni solicitud por su bienestar, y sin embargo, no podía permanecer despierto. Conviene recordar

que no había dormido la noche precedente, y que yo estaba convencido de la alucinación de Alicia, y por lo tanto no creía que la amenazara ningún peligro real. Traté de interesarme en el libro, pero mis ideas fueron confundiéndose, las letras bailaban frente á mis ojos y contribuían á entorpecer mis sentidos. Al cabo de un rato, solté el libro, y recojiendo mis cabos, dije á Van Hort:

—Charlemos.

—¡ Charlemos !, — murmuró con desdén.— ¿ Por qué no me pide Vd. que le cante una canción cómica ? Si la Nena estuviese aquí, me parece que no esperaría Vd. que yo lo entretuviera: se quedaría Vd. despierto observándola hasta las tres ó las cuatro de la mañana, pero como sólo concierne á su futura esposa, se siente Vd. embotado antes de medianoche.

Este sarcasmo no me impidió de volver á cabecear pocos minutos después. Me daba vergüenza mi somnolencia, y después de dormitar un minuto, me despertaba con un extremecimiento, para comenzar de nuevo la misma operación en breves instantes. Ignoro cuánto tiempo había durado esto, cuando Van Hort me sacudió el brazo, despertándome completamente.

—Es buscar nuestra propia destrucción el seguir aquí sentados con la puerta abierta; uno

de nosotros, ciego, y el otro, dormido como un leño,—me dijo.—No puedo continuar así por más tiempo: esto es intolerable. Dígame Vd. si llueve.

Fuí á la ventana y ví que la lluvía había cesado, y se lo dije.

—Deseo salir, lléveme Vd. á la puerta,—dijo.

Lo conduje abajo, y le dí su paraguas y su sombrero. Después tomé el mío y abrí la puerta con cuidado, por temor de despertar á Alicia. Me ofrecí á acompañarlo, pero rehusó diciendo que para él lo mismo era el día que la noche, y que ya conocía el camino entre los senderos y por el césped.

—Vuelva Vd. á su cuarto, y enciérrese,—me dijo;—esta es su sola salvación. Dé Vd. un golpe en el cristal de su mirador para que yo sepa que está Vd. encerrado. Se lo suplico: Vd. no puede comprender el estado de un hombre en mi posición: la tortura consciente de impotencia al sentir que se acerca el destino que no es posible apartar.

La voz rechinaba en su garganta, y le oí refunfuñar indistintamente mientras tanteaba el camino á lo largo de la pared del terraplén:

—Encerrado en un ataud, y los terrones caen, caen . . .

Cerré la puerta, y volví á mi cuarto extremeciéndome.

Después que me encerré, dí unos golpes en el cristal, y Van Hort contestó golpeando la pared abajo.

El aire fresco me había revivificado; ya no tenía que bregar con un sueño irresistible: el deseo de dormir me había abandonado.

Quería concluir mi libro, pero mi imaginación no estaba para entregarse á la lectura. Me puse á pasear por el cuarto pensando en Alicia y en Van Hort y reflexionando si podría haber alguna conexión entre su extraña alucinación y el terrible presentimiento que día y noche lo dominaba. Parecia que había algo raro en las condiciones en que vivíamos para que produjeran un efecto que aunque caracterizado por diferentes peculiaridades, era en ambos casos de atribuir tan solamente á una imaginación desordenada, y pensaba si á mi vez me vería yo bajo esta oculta influencia.

Estaría pensando así durante media hora ó más, cuando oí un chillido de terror que tenía la seguridad procedía del ala en que dormía Alicia. En un instante abrí la puerta y atravesé el corredor. Las puertas de la galería de pinturas estaban abiertas. Al apartar las cortinas que cu-

brían el pasadizo de la escalera del ala izquierda, me encontré con Sir Edmundo que venía de su cuarto con una lámpara.

La puerta del cuarto de Alicia estaba exactamente en frente de la del suyo, y se hallaba abierta de par en par. Dentro, la oscuridad era completa.

—¿Qué ocurre, querida mía, qué ocurre?,—dijo el padre, entrando en el cuarto.

No hubo respuesta.

Me coloqué frente á la puerta. Sir Edmundo se hallaba parado junto al lecho vacío mirando á su alrededor lleno de consternación.

—No está aquí,—dijo con un suspiro ahogado;—y la puerta estaba abierta de par en par . . .

La cama se hallaba algo apartada de la pared.

Dije á Sir Edmundo que mirara del otro lado.

Apenas había lugar suficiente para pasar, entre el pie de la cama y la pared, pero al bajar la luz, dijo, con viva alarma:

—¡Aquí está, . . . sin sentido! . . . Toque la campanilla para que vengan las sirvientas.

Corrí hacia la campanilla y la toqué con violencia; salí luego á la escalera y grité á las criadas que bajaran. Entre tanto, Sir Edmundo había levantado á Alicia colocándola en la ca-

ma, en donde seguía tendida como si estuviera muerta.

Fuí al cuarto de Sir Edmundo y traje su cajita de espíritus, pero no sabíamos cómo servirnos de esos remedios á nuestro alcance, y experimentámos un alivio inmenso cuando el ama de llaves se presentó seguida de la camarera de Alicia, pues nos sentíamos tan inexpertos como unos niños.

El ama de llaves me hizo salir del cuarto. Fuí á la puerta y permanecí allí temblando de pies á cabeza.

Había tomado la mano de Alicia y la helada frialdad de los dedos inertes, que yo había solamente sentido cuajados de cálida sangre, llenó de miedo mi corazón.

Hubo un largo período de terrible incertidumbre, y luego oí el murmurio de su dulce voz, y con el corazón saltando de alegría me aventuré á entrar para ver de nuevo revivir su hermoso rostro. Sir Edmundo me detuvo en el dintel.

—¡Dios sea loado!,—dijo con fervor.—Nos ha sido devuelta, pero las mujeres dicen que debemos dejarla quieta. Vuelva á su cuarto, querido, y hablaremos de esto en el almuerzo. Buenas noches, buenas noches.

Volví á mi cuarto de mala gana. Al pasar

por frente á la puerta del Juez, lo oí roncando fuertemente. Era preciso que ocurriera algo más grave para despertarlo, cuando tenía una buena cama en que dormir.

Para mí era un enigma de qué manera podía hallarse totalmente abierta la puerta del cuarto de Alicia, habiéndose ella desmayado en un remoto rincón del mismo.

CAPÍTULO IX.

Lo que sucedió aquella noche en el cuarto de Alicia no lo averigüé hasta la mañana siguiente, pero daré su narración en este lugar para conservar la hilación de los sucesos.

De acuerdo con su resolución, Alicia había dejado abierta la ventana y baja la persiana, la mismo que en las noches precedentes. Tenía la costumbre de cerrar la puerta con llave, y estaba segura de haberlo efectuado en aquella ocasión porque encontró dificultad en dar vuelta á la llave, y había también probado después la manecilla para asegurarse de que había corrido la cerradura. Dejó la lámpara ardiendo sobre la mesa, amortiguando su luz las cortinas de encaje del lecho. Eran las once y media cuando se acostó, y tan poco medrosa se sentía que se durmió casi inmediatamente.

La almohada que tenía debajo de su cabeza, se corrió un poco, habiéndola así despertado, según creyó. De lo que primero tuvo conocimiento,

fué que sintió su cabeza demasiado baja para hallarse con comodidad. Alargó la mano para averiguar si se había resbalado hasta el borde de la cama; pero no, su posición era la misma.

Recordó luego que había dejado una luz encendida sobre la mesa; la luz estaba apagada y era totalmente oscuro. Ocurriósele si esto sería un juego de su imaginación. ¿Estaba durmiendo ó despierta? Se palpó los ojos para mayor certidumbre de que los tenía abiertos. Entonces pensó que tal vez había estado durmiendo por largo tiempo, y que nada tenía de extraordinario que la lámpara se apagase ó que su cabeza resbalase de la almohada. Diciéndose esto se puso á tentar por la cama buscando las almohadas, y con sorpresa halló que ambas habían desaparecido.

Era muy raro. Sintió inclinaciones de reir pensando cuánto debió haberse movido en sueños para arrojar ambas almohadas fuera de la cama; pero las sábanas se hallaban completamente lisas, y la cama en ambos lados, llana, y blanda. ¡Cuán extraño!

—Sin duda que solamente he movido la cabeza,—se dijo á sí misma, extrañando, no obstante, lo raro del hecho.

Lo cierto, era que no podía volverse á dormir

cómodamente, pues sólo tenía un travesero bajo la cabeza.

Se inclinó hacia fuera y palpó el piso, hasta donde podía alcanzar, por la derecha. Las almohadas no se habían caido de aquel lado. Puso después el hombro contra la pared, y palpó por el suelo, del lado izquierdo. ¡Tampoco estaban allí las almohadas! ¿Dónde podían estar? Decididamente que esto era una nueva fantasía de su imaginación.

Todavía no estaba completamente amedrentada. El espíritu que le robaba las almohadas debía tener buen humor, y prefería esto último á tamborilear en los cristales y mirarla por entre las persianas: había hecho el ensayo de su oído y de su vista, y quería ahora ponerle á prueba el sentido del tacto.

Por más que quería tomarlo á broma, sentía que algo terrible había bajo su aspecto cómico, y un pequeño temblor corrió por su cuerpo á la idea de levantarse para encender la lámpara: era más fácil tener valor á la luz del día que en aquella oscuridad.

Quizás, después de todo, las almohadas se habían caído de la cama de una manera natural, y estarían sólo un poco más allá de su alcance, pero antes que extender de nuevo su brazo en la

oscuridad, prefirió contentarse con el travesero doblado.

Dobló el travesero, y le dió un golpecito para allanarlo; luego se arregló una trenza que se le había zafado, y se dijo de no ser tonta por tan poca cosa; y pensando en si se atrevería á contar por la mañana lo ocurrido, se colocó sobre el codo, y dejó caer la cabeza, . . . ¡hacia abajo, abajo, abajo, . . . hasta que tocó la cama!

—¿Qué es esto?,—se preguntó sobresaltada. Buscó por todos lados; ¡el travesero había también desaparecido; allí no había más que la cama!

Pero esa jugarreta de pantomima había ya cesado de ser cómica. Sintió lágrimas de terror asomárse á sus ojos, y algo que se le atravesaba en la garganta. Un miedo terrible la heló hasta los huesos.

¿Estaba realmente despierta? Las horas que oyó sonar en el campanario le contestaron que sí.

Ding-dong, ding-dong, ding-dong, ding-dong, oyó primero al dar los cuartos el reloj; y después la hora resonó por el espacio, pausada, sonora, solemne:

Tan, Tan, Tan, Tan.

Si esto no era una alucinación, ¿qué era entonces?

¿Obra de manos verdaderas? ¿Y qué? Si solamente intentaban jugarle una treta de esta naturaleza, no había que temerlas. Eso no era terrorífico; era meramente una travesura infantil y esta reflexión le sugirió que después de todo debía sólo ser Lola que quería asustarla. Durante un breve instante, al apoyarse en el codo, creyó ver aquellos ojos luminosos en medio de la oscuridad, y junto á ella: allí, allí, sobre ella, al lado de la cama.

—¿Eres tú, Lola?,—preguntó, pero tan ténue era su voz, á causa del miedo, que ella misma pudo apenas oir las palabras que había pronunciado.

Después los ojos se volvieron. Apoyada aún sobre el hombro que temblaba bajo ella, trató con sus ojos de romper la oscuridad.

Por corto tiempo, quizás, aunque le pareció muy largo, su corazón palpitó fuertemente, la boca se le secó y su cálido aliento invadió su garganta.

Parecióle que algo tocaba su pelo. ¿Sería la cortina de encaje?

Levantó su mano temblorosa, y tocó algo al nivel de la corona de su cabeza. Pero no era la cortina.

¡Era la almohada, ó ella estaba loca!

Perdió las fuerzas, y cayó para atrás sobre la

cama, pero la terrible sospecha de que habían sacado las almohadas para asfixiarla, le hizo echar la mano para arriba.

La almohada había bajado: la tenía junto á la cara. Quiso gritar, pero la almohada cubría ya su boca, y ahogó su grito.

La tenía sobre la cabeza, firme y dura. Ya no podía respirar. Le apretaba la garganta, mientras el dorso de su cabeza se hundía más y más en la cama.

El contacto con la Muerte despertó en ella el instinto de conservación, y con un esfuerzo frenético, se arrancó de debajo aquella sofocadora presión, saltó de la cama, y al recobrar su respiración, gritó, pidiendo auxilio, con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO X.

Ignorante de lo que había ocurrido en la habitación de Alicia antes de su grito pidiendo socorro, me puse á pasear por mi cuarto pensando cuán terrible debió ser su miedo que la hizo desmayarse por segunda vez, y á pesar de su creencia en que eran imaginarias todas aquellas misteriosas apariciones.

—Su turno le llegará,—me había dicho Van Hort, y al recordar esas palabras, me pregunté si aquellos repetidos ataques sobre Alicia no serían parte de una complicada trama para apoderarse del diamante.

Tal trama se hacía más posible, por lo mismo que parecía imposible. Un acto de escamoteo tiene ó no buen éxito según la habilidad con que el prestidigitador fija nuestra atención en una serie de operaciones aisladas, mientras él maniobra la verdadera suerte. Haciéndome estas reflexiones, saqué el Gran Lucero de la bolsa de mi cinturón de cuero y lo sujeté con su funda en mi

muñeca izquierda; después le dí dos vueltas á la llave, ví que había petróleo suficiente en la lámpara, coloqué una caja de fósforos de cerillo junto á ella sobre la mesa, y finalmente abrí la larga navaja que Van Hort me había dado, y la puse entre el colchón y el lado de la armazón de la cama.

El cuarto tenía gruesas alfombras y estaba artesonado de roble. Los muebles eran antiguos, y de roble, con escepción de los del tocador y una silla baja de ancho respaldo.

La cama era muy ancha, con cuatro columnas labradas que sostenían un dosel, y pesadas cortinas de un espeso género de brocado, asidas por abajo pero sueltas por arriba. Estaba situada frente al mirador.

Entre el lado derecho de la cama y la pared, había una mesita cuadrada, sobre la que estaba la lámpara, y la silla baja á su lado. Á la izquierda, había un alto armario negro labrado. Una gran chimenea, con una repisa esculturada y un hogar abierto, se hallaba frente á la puerta. Una mampara ocultaba el lavabo, que estaba á la izquierda del mirador. Un ancho escaño con un ruedo y cubierto de un género parecido á las colgaduras de la cama, llenaba el retiro triangular formado por el mirador, que se hallaba cubierto por cor-

tinas de la misma estofa. Un gabinete con puertas de dos hojas en su parte inferior, llenaba el ángulo de las paredes á la derecha; entre éste y la puerta había una larga y ancha cómoda, y encima un espejo. Un escritorio, unas sillas de respaldo alto, y una segunda mesa completaban el mueblaje. No había más puerta que la que se abría en el corredor, ni más ventana que la del mirador.

Al principio de la noche había comunicado estos detalles á Van Hort, á petición suya, y él me había hecho examinar el armario, la antigua cómoda, los cortinajes de la cama y el escaño; en una palabra, todos aquellos lugares que podían haber procurado un escondrijo á Lola ó á cualquiera otra persona.

Hasta había llegado á ponerme de rodillas con objeto de mirar debajo de la cama, para apaciguar su ansiedad. Y sin embargo, me sentí poseído de un vago desasosiego al levantar la pantalla de la lámpara y mirar por la habitación. El artesonado de roble oscuro, los sombríos cortinajes y el pintado cielo—raso, absorvían la luz; había un vacío negro en el lado opuesto de la cama en donde las cortinas interceptaban la luz de la lámpara; no podía ni siquiera ver los contornos del gran armario.

Volví á ajustar la pantalla, subí más la mecha, y medio vestido, me eché sobre la cama. No sentía miedo: en fuerzas podía rivalizar con cualquier enemigo natural y no creía en la existencia de ningún otro; y no obstante, me sentía contagiado por el presentimiento de Van Hort de una inminente calamidad.

La teoría de Van Hort de la complicidad de Lola en una intriga para robar el diamante, había venido por tierra por consecuencia de que yo la había visto dormida en mi puerta en el instante mismo en que Alicia creía verla mirando por entre las persianas; pero esto no había bastado para destruir el convencimiento que Van Hort tenía de que la misteriosa aparición se relacionaba con un plan para robarnos.

—¿Debe el convencimiento de un hombre verse limitado por sus sentidos?,—preguntó.—Vd. está convencido de que una nube se levanta en el horizonte porque la ve; pero, ¿puedo yo negar su existencia porque carezco de vista? ¿Está Vd. pues justificado en declarar que no nos amenaza este desastre que debe anonadarnos, porque no tiene Vd. mi facultad de previsión? Vd. que no puede negar presciencia á una abeja, ó el presentimiento de una próxima tempestad al ganado, me dice que mi convencimiento no es

nada. Sólo por convencimiento vivimos. ¿Qué es lo que nos salva de la destrucción si no es el convencimiento de que si damos un paso en el abismo, caemos en él? Le digo que mire bien á su alrededor, pues estamos en el borde del abismo. Hay señales que debiera notar la más torpe inteligencia. ¡Vendrá su turno de Vd.!

Había colgado mi reloj en la bolsa de la cortina á la cabecera de la cama; el animado sonido de su máquina resonaba muy fuera de lugar entre la opacidad y quietud circundantes. La lámpara velada por la pantalla comunicaba un aspecto fúnebre á los cortinajes de la cama; el baldaquino sobre mi cabeza podía muy bien haber sido el catafalco de un muerto. Me puse á pensar en cuántos hombres habrían terminado sus días en aquella cama desde que habían colocado en ella aquellas colgaduras. ¿Se cumplirían los presentimientos de Van Hort? ¿Me hallarían muerto en aquella cama á la mañana siguiente?

Lo cierto es que parecía muy apropósito para un asesinato, con sus fúnebres colgaduras para ocultar al emboscado asesino.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac.

Mi oído se había familiarizado tanto con el

acompasado movimiento de mi reloj que podía percibir el menor sonido extraordinario. Y efectivamente, oí un ligero sonido.

Á mi imaginación, ocupada entonces con ideas de asesinos, parecióle el sonido que produce una daga al retirarla de su vaina.

Volví la cabeza hacia el lado del cual parecía proceder el sonido, y creí ver moverse la espesa cortina: estaba entre mi y la lámpara. El movimiento era tan leve como el sonido. Si era cierto que había oído el uno, lo era también que había visto el otro.

Fuí levantándome gradualmente, é inclinándome hacia delante, eché repentinamente hacia atrás la cortina con la mano izquierda. Mi mano no sintió resistencia alguna; nada pude ver más allá sino la lámpara ardiendo con regularidad sobre la mesa, la silla de ancho respaldo y los confusos contornos de la gran chimenea.

Me puse de rodillas y empujé la cortina contra la pared, para estar seguro de que no había nadie escondido en sus gruesos pliegues y que mi sospecha no tenía el menor fundamento.

Ese extremo del cuarto se hallaba comparativamente alumbrado, y la silla de ancho respaldo estaba colocada de tal modo que impedía el que nadie pudiera ocultarse tras de ella. Si la cor-

tina se había realmente movido, debió serlo por una mano de debajo de la cama. Era más fácil creer que me había equivocado viendo un pequeño movimiento, que suponer que no había reparado en un ladrón oculto cuando había mirado debajo de la cama para satisfacer á Van Hort. Así pues, dejé caer la cortina y volví á acostarme.

Mi pensamiento continuaba fijo en la idea de asesinato. Prescindiendo de la idea de una intriga en que Lola estuviera comprometida, nada tenía de absurdo el presentimiento de Van Hort. Había en la casa ocho ó diez criados é indudablemente ni uno solo entre ellos ignoraba que yo guardaba en mi poder el maravilloso tesoro. Habrían hablado de él á sus amigos en la vecina aldea, á los guardabosques, á los tenderos, en breves días circularía su relato y llegaría á oídos de centenares; y ¿no se hallaría entre tantos uno cuya concupiscencia tomara forma práctica? Posible era que bajo aquel mismo techo viviera alguno con bastante astucia y temeridad para preparar y ejecutar el robo. Un criado íntimamente enterado del arreglo de los cuartos y de las peculiaridades del edificio conocería probablemente los medios exteriores de comunicación entre el mirador y el balconcito. Sin este cono-

cimiento, nadie, me parecia, se atrevería á intentar aquel peligroso paso, de noche y en la oscuridad; pero con ese conocimiento, y tal vez con alguna práctica anterior, podía llevarse á cabo. En ese caso, Alicia había efectivamente oído y visto lo que después atribuyera á su imaginación.

Pero, ¿á qué fin se dirijían aquellos repetidos ataques á su sensibilidad?

Á veces se descubre una causa examinando el efecto. Ahora bien: ¿qué efecto habían producido aquellos ataques? El primero había aterrorizado en sumo grado á Alicia; el segundo había ya producido menor impresión;—y hasta entonces el efecto se había confinado á ella sola;—pero el tercero, pues solo al tercer temor podía yo atribuir su grito de terror, había hecho salir á su padre y á mí de nuestros cuartos respectivos. Instantáneamente, lo que me pareció ser la verdad cruzó por mi imaginación:

Los ataques para asustar á Alicia habían sido hechos para inducirme á salir de mi cuarto.

Solviendo el misterio con esta clave, reflexioné que el ladrón me había visto cerrar la puerta tras de Van Hort y volver á mi cuarto, y después de darme tiempo suficiente para meterme en la cama, sin entrar en un sueño profundo, había he-

cho el ataque á Alicia, abriendo de antemano la puerta del cuarto para procurarse una rápida vía de escape y también para que se oyera su grito más distintamente. También reflexioné que habiendo logrado atemorizarla, había rápidamente bajado las escaleras del ala izquierda, pasado por la biblioteca y el comedor, y subido las escaleras del ala derecha en el mismo instante en que debía yo llegar al cuarto de Alicia, y calculando que yo guardaría el Gran Lucero debajo de mi almohada y que lo habría dejado allí al salir alarmado por el grito de Alicia, esperaba haberse apoderado de nuestro tesoro. Si lo que yo creía era cierto, su plan podía haberse realizado sin la prudente insistencia de Van Hort de que me sujetara el diamante en la muñeca.

Al explicarme así lo que había sucedido me vino á las mientes una reflexión aún más alarmante. El ladrón había visto su plan frustrado no hallando el diamante debajo de la almohada, é indudablemente, no había abandonado la esperanza de obtenerlo.

¡Quizás había permanecido en el cuarto!

¡Probablemente se hallaba allí escondido en aquel momento!

¿Una vez dentro del cuarto, había algo más fácil que ocultarse en él? La cortina que tapa-

ba el mirador, la gran cómoda, el escaño, el armario, sugerían el proyecto. Sin duda que el ladrón se hallaba debajo de la misma cama en que yo descansaba!

El movimiento que yo había visto en la cortina, el ruido semejante al que produce una daga al desenvainarse (que muy bien podía ser originado por el movimiento del grueso rodapié de la cama), afirmaban mis sospechas. ¿Estaba acaso esperando que el ruido de mi pesada respiración le avisase que me hallaba ya dormido?

En realidad no era necesario que esperase esto, pues estando acostado, ¿qué resistencia podía yo hacer contra un enemigo que en la oscuridad se abalanzara sobre mí?

Me acordé de la navaja de resorte que me había dado Van Hort, y alargando la mano, la busqué en donde la había colocado: entre el colchón y la armazón de la cama. No pude hallarla.

Apartando las cortinas para que la luz de la lámpara cayera sobre el borde de la cama, me convencí de que no estaba en donde la había dejado. Tenía que haberse caído, . . . ó alguien la había tomado!

Esta última suposición explicaba el ruido y movimiento que yo había oído y visto. Sin em-

bargo, podía haber producido ese ruido al caer sobre el piso amortiguando el sonido la alfombra, ó porque la punta de la hoja se clavara en el tablón; pero me parecía que el mango de asta era demasiado ancho para deslizarse entre las tablas.

Para convencerme de esto, salté de la cama, resuelto á encender un fósforo y mirar bajo el rodapié. Por un momento quedé estupefacto: la cajita de cerillos había desaparecido de la mesa en donde yo estaba seguro de haberla dejado.

Sólo podía haber sido tomada mientras yo estaba acostado tras de las cortinas del lecho.

Miré por encima de mi hombro.

Los pliegues de la cortina contra la cama no eran los mismos que cuando los empujé hacia la pared: un pliegue formaba un ángulo y volviéndome despacio para mirar más detenidamente, ví contra el artesonado de roble oscuro, á la altura de la mitad del cuerpo de un hombre y saliendo como una pulgada del borde de la cortina, la punta brillante de una hoja de cuchillo.

No cabía, pues, ya la menor duda. El hombre que había venido á robar, también tenía intenciones de asesinarme. Si hubiese permanecido un solo instante más en la cama, probablemente me hubiera acuchillado.

¿Qué podía yo hacer? Allí estaba él, parado detrás de la cortina, con ventaja sobre mí.

¿Debía yo saltar sobre él y estrangularlo contra la pared entre los pliegues de la cortina?

La victoria no era segura, y una victoria parcial podía serme fatal al fin y al cabo. La gruesa estofa me impediría echarle garra segura, y su mano derecha, con la que asía el cuchillo, estaba libre. Las probabilidades de éxito eran muy contadas; el peligro demasiado grande para justificar tal ataque, por más que los músculos de mis brazos y de mis dedos se estiraban para hacer el tentador esfuerzo.

Con el ojo en la cortina fuí reculando hacia el pie de la cama. Para llegar á la puerta, debía cruzar el cuarto é inevitablemente ser visto por el asesino desde detrás de la cortina de la cama. Una vez en la puerta, tenía que dar dos vueltas á la llave y una al puño, antes que me alcanzara. Por otro lado, él tenía que desenredarse de los pliegues de la cortina y recobrar la ventaja que yo le llevaba.

Las contingencias de éxito eran casi iguales y determiné salvarme huyendo, antes que aventurarme á un resultado fatal en un desigual encuentro.

Me dirijí quedo y en línea recta por el cuarto

hasta estar frente á la puerta, y entónces me abalancé veloz hacia ella por el espacio que quedaba abierto. Dí con la puerta y con furiosa precipitación tanteé buscando la llave: ¡no estaba allí!

Agarré el puño de la puerta con la esperanza de poder hacer saltar la cerradura: el tornillo que sostenía el puño había sido sacado, y me encontré con el puño en la mano. ¡Estaba perdido!

Me pasma ahora pensar con qué celeridad y destreza habían sido tomadas esas precauciones para impedir mi fuga.

El hombre no se había precipitado tras de mí; no hubo ninguna persecución desesperada: sabía él muy bien que me hallaba muy seguro dentro de la trampa. Volví á mirar al sitio en que él se hallaba, y percibí que la luz se iba extinguiendo.

Sólo quedaba un estrecho márgen de llamarada azul encima de la mecha; fué disminuyendo, . . . y todo quedó oscuro!

Hay varios grados de oscuridad, y aquel me pareció el último grado. Me sentía como si estuviera hundido en un lago de brea.

Si pedía socorro, no tenía seguridad de que me oyera el Juez, cuyo sueño era tan pesado.

Era posible que Sir Edmundo estuviere aún despierto, pero me acordé de Alicia, y pensé también que antes de que viniera auxilio, antes de que pudieran derribar la puerta, todo habría concluido.

Probablemente mi enemigo se iba aproximando á mí; un grito mío sería la señal para que se me echara encima.

No, el azar podía sólo serme favorable si guardaba silencio, dejándolo así que ignorara mi posición. Si la casualidad nos ponía en contacto, confiaba en mi fuerza física y en mi buena suerte para triunfar de él y de su cuchillo en la lucha que debía seguirse. El diamante sujeto en mi muñeca podía servirme en la brega, pues con él podía atolondrar al enemigo si la suerte favorecía mi brazo.

Era un duelo entre los dos, y de cualquier manera, yo estaba dispuesto á vender cara mi vida.

Hecha esta resolución, me aparté de la puerta y me encaminé á la parte del cuarto en donde creía estaba el armario cincelado.

Con el cuerpo agachado, libres los brazos, y los músculos tirantes y preparados, reculé algunos pasos de la puerta, y después me detuve reflexionando que tal vez estaba reculando hacia

mi adversario! Me arrepentí después de haberme apartado de la puerta, en donde al menos no tenía que temer un ataque por atrás.

Sólo oía los latidos de la sangre en mis sienes y el apresurado tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac, de mi reloj detrás de mí, y sin embargo, sabía que el asesino debía estar en movimiento.

Tenía su trabajo que hacer, y antes de apagar la luz debió decidir cómo lo haría. Yo no podía ver nada, y el silencio y la oscuridad eran horribles, con la posibilidad de que el bandido me acometiera por detrás.

¿Cómo podía precaverme contra ese ataque, no sabiendo dónde se hallaba? Probablemente su poder visual era más fuerte que el mío.

Sabía por el tic-tac de mi reloj, que la cama estaba detrás de mí y que por lo tanto yo debía estar de cara al mirador; púseme á mirar con fijeza en aquella dirección para observar si se distinguía alguna luz, y creí apercibir una línea gris en la negror que tenía en frente; probablemente las cortinas que tapaban el mirador se hallaban algo separadas.

Continué con los ojos fijos en el mismo sitio, y me convencí de que realmente así era, y por poco motivo que para ello hubiera, me sentí algo más seguro: viniendo de aquella dirección,

podía observar la aproximación de mi enemigo. Y efectivamente, en aquel momento mismo, la línea gris quedó tapada.

Allí estaba él, entre el mirador y yo. Mi primer impulso fué terminar tan horrenda incertidumbre y tirarme adelante encima de él; pero la prudencia me refrenó.

Podía estar junto á mí, ó junto al mirador, y esto no podía yo saberlo por la mera ausencia de una débil luz. Si saltando hacia delante, no lo alcanzaba, estaba perdido, y una pronta muerte era la única gracia que podía esperar. Además, la poca luz que pasaba por entre las cortinas del mirador, caería sobre mí al adelantar en aquella dirección, lo que era una ventaja para él y un peligro inmenso para mí.

Determiné retroceder hacia la pared en el extremo superior del cuarto, y guiado por el sonido de mi reloj, retrocedí con la furtiva precaución de un gato.

Súbitamente volví á ver la línea gris de luz. ¿Había mi enemigo ido á la derecha ó á la izquierda? No lo sabía. Con celeridad alargué el pie hacia atrás; sentí algo y creí haber tocado al asesino, pero me viré y á tientas encontré la madera fría de la cama. Era una de las columnas labradas. Me estiré y me coloqué de espal-

das contra ella. Al menos, ahora, no era tan probable que recibiera la temida puñalada en la espalda.

No soy cobarde, pero confieso que el terror que experimenté en los minutos sucesivos, me hace aún extremecer cuando lo recuerdo.

La impenetrable oscuridad, el silencio que parecía más intenso por el contraste con el perpetuo tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac del reloj tras de mí, eran más terroríficos por la imponente incertidumbre de mi posición.

Permanecí allí esperando el ataque, hasta que haciéndoseme intolerable el suspenso, decidí terminarlo llamando á gritos á Brace y precipitando la lucha final.

"Esperaré cinco minutos, y no más," me dije, resuelto á calcular el tiempo con alguna pequeña concesión por cualquiera impresión falsa de su trascurso. Calculaba que habían pasado dos minutos cuando creí oir crujir la cama detrás de mí. ¿Era este ruido imaginario, ó era producido por haberse subido en la cama el asesino?

Se me herizaron los cabellos al oir una repetición del crujido; no obstante, permanecí allí y conté otro minuto, todos mis nervios y fibras preparados á dar un salto.

"De seguro que ya han pasado ahora cuatro minutos," pensé, y agaché la cabeza entre los hombros, porque lo mismo que si mis ojos hubiesen estado mirando en aquella dirección y la viva luz del sol brillase en el cuarto, *sabía* que el hombre estaba sobre la cama detrás de mí.

Púseme á aspirar prolongadamente para gritar con todas mis fuerzas por Brace, pero antes que el menor sonido hubiese pasado por mis labios, sentí una tohalla sobre la cara y mi cabeza empujada hacia atrás contra el poste de la cama que tenía á mi espalda. Una doblez de la tohalla me amordazaba completamente, y con dificultad podía respirar. Me esforcé, pero en vano, para desasirme: una mano segura había anudado la tohalla. Alcé las manos para arrancar la mordaza; en un instante las sentí envueltas por las espesas cortinas, y por más que mi enemigo no tenía fuerza suficiente para amarrarlas á mis costados, sin embargo frustró mis esfuerzos para libertar mi cabeza. Levanté los pies del suelo esperando que mi peso arrastraría mi cabeza fuera de la tohalla; sólo logré estrechar más los nudos, y casi me estrangulé.

No pudiendo aflojar mi cabeza, traté de coger los pies del bribón, pero los conservaba fuera de mi alcance; empero, algo conseguí, pues al tan-

tear, senté la mano sobre la navaja que había tirado sobre la cama para poder usar libremente sus manos y vencer la resistencia de mis brazos. No hubiera titubeado en desjarretar al canalla si hubiese podido dar con sus piernas, pero como estaban fuera de mi alcance, determiné conservar la navaja fuera del suyo.

El mango de asta me descubrió que era la misma que me había dado Van Hort, y conociendo el juego de la hoja, la cerré y me la metí en el bolsillo.

"Ahora," pensé, "si sólo entran en lucha músculos y tendones, veremos quién gana!"

Redoblando mis esfuerzos traté de arrancar las cortinas de la cama que embarazaban mis movimientos; y enloquecido por la falta de libre respiración, tanta fuerza hice que la lanza en que estaban colgadas se partió entre las argollas y vino abajo sobre nosotros, pero el ruido fué muy pequeño para que se oyera á alguna distancia. ¡Ojalá hubiese estado cerca la lámpara para que se hubiere hecho pedazos con gran estrépito!

Con la mano izquierda busqué el nudo de la tohalla que me sujetaba al poste. Una mano huesuda me asió la muñeca tirándola por encima del hombro, y un momento después sentí que me apretaban algo bajo la nariz, y un líquido que

goteaba, por entre el bigote, me roció los labios. Tenía un sabor dulce y un fuerte olor á manzanas, que me subió enseguida á la cabeza. Parecióme que ya no tocaba más la tierra sino que andaba revoloteando por el espacio; mis brazos cayeron inertes.

Sabía que me hallaba impotente, pues no había totalmente perdido el conocimiento. No experimentaba ya dificultad en respirar. Sabía que el hombre estaba atando mis brazos al poste, y recuerdo que pensé, de un modo confuso y como debe pensar una persona medio ebria, que era muy estúpido en amarrarme cuando yo no podía ofrecer más resistencia. Me hallaba en mi cabal conocimiento cuando principió á sujetar mis pies al poste, pues había dominado suficientemente el efecto del narcótico para pensar en resistir. Quise debatirme y dar voces, pero fué en vano: mi voluntad había perdido todo su poder sobre mis músculos. Y esta terrible impotencia me recordó el símil á medio murmurar de Van Hort: "¡Encerrado en un ataud, y los terrones caen, caen . . . !"

Lo que más me asombró fué la sorprendente facilidad con que el hombre ejecutó su trabajo en la oscuridad que reinaba. Parecía no tener dificultad en hallar los cabos de las sábanas con

que me amarró, ni en anudarlos firmemente. Y cuando estuve bien maniatado, deshebilló la correa que sujetaba el Gran Lucero á mi muñeca, sin que tuviera que buscar la punta de la correa como yo mismo hubiera tenido que hacer.

"Ya está perdido," me dije; "y ahora que tiene el diamante, se irá con él."

Pero no había concluido todavía. ¡Después de un breve intervalo, en el cual quizás estuvo sujetando el Gran Lucero en su propia muñeca, oí un sonido que me era demasiado conocido!

¡Clic!

Era el muelle que cerraba la larga hoja de mi navaja, que acababa de abrirse.

CAPÍTULO XI.

Aquel sonido me advirtió que el fin estaba cercano.

No contento con haber tomado el diamante, el bergante quería también tomar mi vida para destruir cualquiera posibilidad, si existía, de que yo lo identificara como el ladrón.

Principió su trabajo con una circunspección endemoniada. Oí el retintín de los anillos de metal cuando levantó la cortina del suelo y la dobló; después la cama rechinó al subirse sobre ella. Se acercó á mí por detrás, y se afirmó colocando una mano sobre mi hombro. Puso luego la cortina doblada sobre mi otro hombro y las osudas coyunturas de sus dedos tocaron mi pecho al arreglar el género encima de él. Sabía lo que intentaba, y era impedir que al brotar la sangre no le manchara el brazo.

En la pausa que siguió, me imaginé que debía estar remangándose, como el carnicero que va á degollar á una bestia.

Mil pensamientos cruzaron por mi imaginación en aquel breve período; pero un gran terror se apoderó de mí cuando sentí que su mano agarraba firmemente mi hombro izquierdo, pues entonces realicé que estaba en el dintel mismo de la eternidad.

Sentí un dolor inmenso por el mal uso que había hecho de muchos días; y asimismo por la pérdida de Alicia y del mundo que ella había llenado para mí de esperanza y de alegría. Un profundo y tierno deseo por su felicidad y por el bienestar de los compañeros que conmigo habían trabajado para conseguir el Gran Lucero, tomó el puesto de la consternación que me había dominado, y, lleno de resignación, esperé la muerte.

Al agarrarme el ladrón el hombro izquierdo, lo sentí inclinándose por encima del derecho, y un momento después me asestó una cuchillada.

No había usado bastante fuerza, pues la punta del cuchillo se detuvo en una de las costillas bajo la tetilla izquierda, y no avanzó más.

Sacó el cuchillo y probó otra vez, pero la hoja apenas punzó mi piel.

Viendo entonces que el grueso de la cortina doblada era un gran impedimento, la desdobló y volvió á arreglar, pasando la mano sobre mi pecho y apretando los dedos acá y acullá para

asegurarse de que estaba bien colocada para el fin que se proponía.

Entonces fué que mi naturaleza se reveló contra este bárbaro refinamiento de crueldad, y oré, como Sansón, pidiendo fuerzas, y de nuevo traté de romper mis ligaduras.

Las sábanas entrelazadas y los fuertes nudos resistieron la tensión, pero aquel esfuerzo me salvó la vida. El calculista villano sabía que mis fuerzas quedarían exhaustas en breves minutos, y no quiso arriesgarse á romper el cuchillo ó á salpicarse de sangre mientras yo me retorcía.

Pronto mis fuerzas se agotaron, y, perdida la esperanza, cesé de bregar, y permanecí insensible á su contacto cuando volvió á sujetar mi hombro.

Pero en aquel momento de horrendo silencio, cuando debía hallarse con el cuchillo levantado para dar el golpe final, se movió la manecilla de la puerta y sentí aflojarse la presión de su mano y sus dedos temblar apoyados en mi hombro.

Hubo un intervalo de un minuto y volvió á moverse la manecilla de la puerta; y después, una voz que reconocí ser de Lola, habló en tono bajo desde fuera.

—¿Está Vd. aquí, Vd.?;—una pausa, y añadió luego:—¿no está Vd. enfermo, Vd.?

Había venido á mi puerta y me había oído retorciéndome contra el poste de la cama.

¿Qué haría ahora el bribón?

Su mano seguía temblando.

Esto me dió valor, pues indicaba que temía ser descubierto, y yo sabía que no arriesgaría su pescuezo por el mero placer de matarme.

Cobré nuevo vigor, é hice estallar al poste de la cama.

—¿Me pongo á gritar?,—preguntó Lola, ya más alto y con acento de alarma.

La mano resbaló de mi hombro hacia abajo de mi brazo al apearse el bribón de la cama. Su posición se iba haciendo más peligrosa. Si Lola "gritaba", poca oportunidad tendría de huir con el diamante.

Yo había aflojado la tohalla que sujetaba mi cabeza y me amordazaba. Comencé á serpentear furiosamente y logré retirar el pliegue que me tapaba la boca, y ponerlo debajo de mi barba, respirando libremente por primera vez desde que había sido ligado. En el mismo instante oí que la llave daba vuelta en la cerradura y comprendí que el asesino intentaba hacer entrar á Lola para acabar con ella.

—¡Ten cuidado, ten cuidado!,—grité tan re-

cio como me lo permitió la tohalla que aún cubría mi cara.

Otro serpenteo, y sentí que la parte alta de mi cara estaba descubierta. Además, distinguí un largo claro delante de mí: la cortina del mirador había sido corrida y aparecía un espacio por el que entraba la luz que había aumentado visiblemente en el tiempo en que habían ocurrido los sucesos que he narrado.

Parecióme distinguir la silueta de un hombre contra aquella claridad gris. Movióse, y ví que no me había engañado; desapareció, y casi inmediatamente oí el ruido de una caida en el terraplén abajo. El hombre se había dejado caer de una altura de quince pies de la ventana: ó sea una caida de unos seis pies para un hombre de estatura regular descolgándose desde la moldura exterior al pie del mirador.

La sensación de alivio combinada con la fatiga ocasionada por mis esfuerzos frenéticos, me hicieron desfallecer. Me sentí atolondrado y enfermo, mis ojos se cerraron, un sudor frío invadió mi cara, mis músculos todos parecían aflojarse y temblaban; sólo las ligaduras en mi cuerpo me sostenían é impidieron que me cayera al suelo.

—¿Se ha lastimado Vd., querido; eh, Vd.?, —fueron las primeras palabras que oí. Era la voz de Lola, muy dulce y trémula.

—No; tú me has salvado,—le contesté.

Exhaló un pequeño quejido de contento, y sus manos que habían estado deshaciendo los nudos, suspendieron su labor.

Echó sus brazos al rededor de mi cuello, y apretando la cara contra mi pecho, comenzó á sollozar.

CAPÍTULO XII.

La puerta de Brace no estaba cerrada con llave. Cuando entré en su cuarto se hallaba acostado de cara á la pared y al parecer sumido en un profundo sueño. Lo sacudí, y al volverse le dije:

—Levántese; se ha perdido el Lucero.

—¡Perdido! ¿Y cómo?,—preguntó sentándose en la cama.

—Me lo han robado.

—¿Dónde está Israel?

Le conté el terrible presentimiento de Van Hort y bajo qué circunstancias había salido de la casa.

—Vamos á buscarlo, socio,—dijo el Juez en su tono lento y sentencioso, que formaba extraño contraste con su precipitación en vestirse. —Y lo hallaremos, y veremos si sus presentimientos alcanzarán hasta explicar qué ha sido del diamante. Relate lo ocurrido, mi socio. Suéltelo. Ya estoy despierto.

Narré brevemente los sucesos de la noche mientras concluía de vestirse. Lola, en pie junto á la ventana, escuchaba en silencio. Había la luz suficiente para revelar una especie de maligna alegría que centelleaba en sus ojos.

—Este sí que es un negocio para un *Comité de Vigilancia*,—dijo el Juez estrechando el lazo del cordón de uno de sus zapatos.—Desde los buenos tiempos viejos, esta es la primera vez que doy con algo que me recuerde á California. Si está Vd. listo, amigo, saldremos en busca de Israel, *el profeta*. ¡Chilindrina! Tiene que profetizarnos en este asunto algo más de lo que sabemos.

Daban las cinco cuando salimos de la casa. El Juez me dejó buscando á Van Hort por el jardín y sus cercanías, y él se encaminó derechito al bosque, en compañía de Lola. La muchacha deseaba quedarse conmigo, pero su padre le tenía cogida la mano, y no había escapatoria posible.

Después de explorar el jardín tomé la senda que conducía á la casita del guarda situada á la entrada del parque, senda que Van Hort frecuentaba á menudo cuando salía á pasear solo. El guarda no se había levantado aún, pero salí á la carretera por el portillo que estaba abierto, y encontré á un trabajador que se dirijía á su faena

con un pico al hombro y una redoma de lata en la mano.

Serían entonces las cinco y media, ó algo más tarde.

—¿Ha encontrado Vd. en el camino á un caballero ciego?,—le pregunté.

—No lo he encontrado,—contestó;—pero al pasar por el crucero he visto á alguien, que llevaba traje de caballero, que parecía tantear su camino por la calzada baja de la hondonada de Harley.

Conocía el crucero, que distaba unas dos millas. Era incomprensible cómo Van Hort se había alejado tanto de la Abadía; pero la descripción del jornalero no dejaba duda alguna de que era Van Hort á quien había visto, é inmediatamente emprendí la marcha con el rumbo indicado.

Desde el crucero no pude ver á Van Hort, pero al volver el ángulo de la callejuela al pie de la colina, lo divisé tentando lentamente su camino, junto al seto, como á cien metros más adelante. Al oir mis pasos, los reconoció, y volviéndose, vino á mi encuentro. Parecía olvidar el peligro de dar un paso en falso, y avanzó con impaciente prontitud, comunicándose á todo su cuerpo la expresión de ansiedad impresa en su fisonomía.

—¿Es Vd., Rodman?,—preguntó con voz resonante.

—Sí,—contesté.

—¿Qué ha ocurrido?

Aguardé hasta que estuve á su lado, y poniéndole la mano en el hombro, le dije:

—Tengo malas noticias que darle, Van Hort.

Se extremeció violentamente bajo mi mano, sus labios se separaron como si fuera á hablar, pero no los atravesó sonido alguno; su estado era lastimoso, y para no tenerlo en suspenso por más tiempo, le dije:

—Lo he perdido. Me lo han robado.

—¿Quién lo ha robado?,—preguntó con voz áspera y ronca.

—No lo sé. No pude ver al ladrón.

Siguió callado un instante, y después dió rienda suelta á su pensamiento, primero con execraciones, después en frases incoherentes sembradas de palabras en holandés cuando le faltaban en inglés las necesarias para expresar su arrebato. Me atacó con toda clase de invectivas, me acusó de cobardía, de complicidad en el robo, de no sé qué bajezas y crueldades: diríase que el golpe lo había privado de razón por un momento. Al fin, cuando se le agotaron los improperios, dijo:

—¿ Y cuál es la defensa de Vd. ?

Le tomé el brazo y subiendo la colina le conduje al crucero, contándole en el entretanto lo ocurrido. Al relatar cómo Lola había venido en mi auxilio, me interrumpió así:

—Esto es mentira, porque ha estado conmigo.

—¡ Imposible !,—exclamé.

—Imposible según el relato de Vd., pero sin embargo es lo cierto. Me salí del sendero y no podía volver á dar con él. Ella me condujo á un camino, . . . ¡ Dios sabe dónde !, . . . y me dejó.

—¿ Cuándo ?

—Ni lo sé. Esta noche me ha parecido un siglo.

—Suponiendo que lo haya dirijido durante una hora, y dudo que Vd. la tolerara por más tiempo, esto no la impedía volver á la Abadía y acudir á mi socorro en el momento en que vino.

—Como Vd. quiera: nada importa esto ahora. Me sacó de enmedio, que es lo que se proponía. Prosiga.

Concluí mi narración y sujerí después que el robo y tentativa de asesinato podrían quizás trazarse á alguno de los sirvientes.

—Cualquiera cosa le sirve á Vd. para escudar á Brace;—dijo con amargura, y después, dando una patada en tierra, añadió:—¡Vd. *sabe* que él robó el diamante!

Era inútil razonar con él en su estado presente.

—Queda Vd. convicto por su propia relación,—continuó;—¿qué ladrón vulgar cometería la estupidez, después de haberse apoderado del diamante, de aguardar allá, expuesto á ser descubierto, y poniendo su propia vida en peligro, sólo por asesinar á Vd.? Siendo Brace el ladrón, es muy posible lo acaecido, pues para aprovecharse y gozar del diamante tranquilamente, le es necesario deshacerse de nosotros dos. ¿En dónde está él ahora?

—Con Lola, en los bosques, buscándolo á Vd.

—¿Tan pronto?,—exclamó alarmado.—No pierde tiempo. ¿Dónde están los bosques?

—Estamos en ellos ahora,—contesté, pues ya habíamos pasado el crucero.

Se detuvo repentinamente. Apartando mi mano, murmuró, con voz atemorizada:

—¿Conque, están Vds. tres cazando de acuerdo?

—Sea Vd. razonable, Van Hort,—repuse.

—Lo soy,—contestó;—déjeme aquí.

No repliqué más; y seguimos parados en medio del camino, él temblando como un azogado y volviendo la cabeza de un lado para otro para mejor recoger cualquier sonido que confirmara sus temores. Se asemejaba á un animal perseguido por los perros en una cacería y que no sabe por dónde escapar.

—¿Qué es esto?,—preguntó vivamente á media voz.—Viene alguien por el camino. Es su paso. Si tiene Vd. compasión de mí, sálveme de él.

Al volverme para mirar por el camino, para cerciorarme de si su sobresalto era justificado, se puso á palpar a su alrededor hasta que asió mi brazo.

Yo no había oído ruido alguno, pero Van Hort tenía razón: en la cima de la colina, de la que descendíamos entonces, apareció la descarnada figura de Brace. La luz del sol naciente brillaba sobre él; nosotros nos hallábamos en la sombra del bosque en donde la niebla continuaba flotando sobre la tierra cubierta de hierba.

—No lo oigo; ¿dónde está ahora?,—preguntóme Van Hort en voz baja.

—Está parado en la colina, á unos doscientos metros detrás de nosotros. Él no nos ve.

—¡Si pudiésemos llegar á la Abadía! Olvide

lo que he dicho, Rodman. ¡Tenga piedad de mí!,—murmuró.

—¿Qué quiere Vd. que haga?

—Lléveme á la Abadía. Si logro sustraerme de ese hombre ahora, tal vez pueda ponerme en salvo después.

No ví ninguna razón que me impidiera acceder á su súplica, y cogiéndolo por el brazo, lo llevé por el lado del camino donde la sombra era más densa. Pero, apenas habíamos andado una docena de metros cuando un grito agudo, que repitieron los ecos, resonó en los bosques á nuestra derecha, y Van Hort volvió á detenerse. En vano eché una ojeada por entre los helechales, esperando ver á Lola, cuyo grito había reconocido; pero, mirando hacia lo alto del camino, me apercibí que el Juez había oído la señal, y venía tras de nosotros. En el mismo instante Van Hort corriendo con ímpetu hacia delante, gritó:

—Pronto, pronto, que nos ve, que nos alcanza,—y después de correr otros doce metros:—¿quiere Vd. que nos atrape, que persiste Vd. en seguir por este maldito camino?

—Estoy buscando un sendero; no podemos tirarnos por entre el matorral,—contesté.

Volví la vista hacia atrás por encima de mi

hombro y distinguí al Juez, los hombros echados hacia delante, balanceando los brazos de un lado á otro, y dirijiéndose á nosotros á largos trancos y rápidamente disminuyendo la distancia que entre él y nosotros mediaba.

—¡Va á cojernos! ¿Á qué distancia estamos de la Abadía?,—preguntó Van Hort, consternado.

—Á cosa de dos millas; si Vd. quiere, iremos corriendo.

Corrímos algún trecho. Miré de nuevo hacia atrás, y percibí al Juez caminando con el mismo afán, y con el mismo rítmico columpio de sus largos brazos. El correr no nos había dado gran ventaja: el oído de Van Hort le decía esto. Húmedas gotas esmaltaban su lívido rostro, causadas más por el terror que por el ejercicio.

—¿Hay alguien á la vista, alguien á quien pedir auxilio?,—preguntó.

—Nadie. Veo una vereda que atraviesa el bosque, y podemos tomarla si le parece más segura.

—Sí, sí; cualquiera cosa es mejor que este camino abierto.

Tomámos la vereda que yo había descubierto: era una verde vereda, alfombrada de corto césped. Corrímos por ella sin hacer el menor

ruido. El ángulo que hicímos tapaba la vista desde el camino. Brace no podía cortar por la travesera sin hallarse enmarañado en el soto de zarzas entrelazado con los altos matorrales.

Tenía necesariamente que seguir nuestros pasos para alcanzarnos. El peligro estaba en la rectitud de la vereda que permitía el que pudiera vernos desde el camino. Para eludir su persecución era preciso que tomáramos un atajo por el que pudiéramos internarnos, dejándolo perplejo sobre el rumbo que habíamos seguido.

Le expliqué esto á Van Hort mientras corríamos.

—Ya es tiempo de que tropecemos con un atajo si esperamos escapar,—contestóme.

Un paso más, y encontrámos otro caminito que cortaba en ángulos rectos la vereda que habíamos seguido.

Miré por ella hacia atrás al doblar en el caminito, y no alcancé á ver al Juez. Creí que ya nos habíamos salvado.

Pero, adelantábamos entonces con gran dificultad. Sólo había lugar para uno en el atajo; empero, tenía que retener la mano de Van Hort para guiarlo, pues el matorral nos rodeaba por doquiera y las breñas que rastreaban por el camino se le enredaban en los pies y tropezaba á

cada paso. Era inútil proseguir. Creía ya distinguir entre los árboles al Juez adelantando con rápido y oscilante paso por la verde vereda.

—La única esperanza de Vd. es meterse en el matorral,—dije á Van Hort,—y echarse por tierra mientras yo continuo. Solo, puedo ir más aprisa que con Vd., y si Brace llega á verme, tal vez crea que Vd. me precede.

—Muéstreme donde meterme.

Abrí un camino entre el matorral y conduje á Van Hort detrás de un arbusto, mandándole que se acostara. Siguió inmediatamente mis instrucciones, y volviendo yo al atajo, continué corriendo á buen paso.

Era á tiempo justo, pues mirando para atrás un par de minutos más tarde, divisé al Juez abriéndose camino por entre zarzas y matorrales, que le llegaban bien al nivel del pecho, con tan poca dificultad como si cruzara una pradera y con la misma constante oscilación de sus encorvados hombros. Me había visto desde la vereda, y sin más, se echó en lo más espeso del soto.

No participaba en lo más mínimo de las alarmas y sospechas de Van Hort, y habiendo, según creía, logrado apartarlo del objeto de su temor, me era completamente indiferente que el

Juez me alcanzara ó no. Si hubiese estado de humor para disfrutar de una chanza, creo que me hubiera entretenido en hacerlo correr tras de mí por largo rato, pero las circunstancias eran demasiado graves para eso. Continué por el atajo hasta que éste penetró en un vallecito, y hallando allí un árbol caido á través del camino, me senté en él y aguardé al Juez. Llegó en breves minutos y se detuvo frente á mí con los brazos doblados sobre el pecho, las piernas bien abiertas, y una mirada en extremo severa en su descarnado y curtido rostro.

—Se me huyó,—dijo; —¿se le escapó también á Vd.?

—No,—contesté,—yo lo ayudé á escapar.

—Levántese, Caballero Rodman, y mirémonos cara á cara,—dijo.

Me levanté. Extendió su mano y yo la cogí en la mía.

—Ahora, aquí parados, mano en mano y cara á cara, dígame, ¿somos ó no, las más nobles obras de la naturaleza?

Yo no podía en verdad replicar que su aspecto realizaba mi más puro ideal de nobleza, pero comprendí su alusión, y contesté:

—Lo tengo á Vd. por un hombre honrado, si esto es lo que Vd. quiere decir, Brace.

—Lo es; y opino lo mismo de Vd. Sentémonos y entremos en consulta. Veamos, socio, ¿quiere Vd. decirme porqué ayudó á Israel á escaparse?

—Porque el desgraciado está medio loco por consecuencia de la pérdida del diamante y del miedo que le tiene á Vd.

—¿Y porqué me teme?

—Cree que Vd. se apoderó del diamante y que quiere Vd. asesinarlo para gozar tranquilamente de la parte que á él le corresponde, ó cosa parecida. Y ahora, dígame porqué se puso á perseguirlo cuando vió que él huía de Vd.

—Porque me evita por una razón:—y añadió con énfasis;—porque tiene que hablar. Israel tiene que hablar; quiera ó no quiera,—dijo con decisión.—Un hombre que tiene presentimientos de que va á suceder justamente lo que ha sucedido, es natural que también tenga presentimientos de á dónde ha ido á parar lo robado, después del robo que él presintió.

—¿Y suponiendo que no pueda decirlo?

—Entonces, tendrá que probar hasta que pueda. Como Juez, he tenido que juzgar á un número considerable de pejes malos, pero todavía no he sentenciado á la horca á uno que lo mereciera tanto como Israel. Y apúntese esto,

socio; si Israel fuese acusado de este crimen ante mí y tuviere yo que dirijir al jurado respecto al veredicto que debían pronunciar, los instruiría para que fallaran "culpable", ó los dejaría encerrados hasta que pronunciaran este fallo.

—Es Vd. tan poco razonable en sus sospechas, como Van Hort en las suyas; pero Vd. no tiene su escusa, no se halla bajo la influencia del temor.

—Porque no tengo de que tener recelo, Caballero Rodman.

—Dígame, pues, cómo es posible que un hombre en el estado en que se halla Van Hort, absolutamente impotente, pueda llevar á cabo una hazaña de esta naturaleza.

—No digo que él robara el Gran Lucero, mi socio; pero tampoco digo que no lo ha robado. No obstante, insisto en que él sabe cuanto hay que saber en este respecto. Si Vd. me pregunta cómo lo sabe, le contestaré que lo ignoro. Hay muchas cosas que ignoramos, pero esto no es razón para que no tratemos de conocerlas. No somos tan espabilados que nada nos quede que aprender en este poderoso universo: de ello le doy mi palabra. Y aunque hayamos sacado una considerable cantidad de verdad fuera del pozo, todavía no hemos llegado á sacar la última cuba-

da, y mucho que le falta. Una de las cosas que tenemos todavía que aprender es lo concerniente á los presentimientos de Israel, y,—añadió enfáticamente,—lo que es yo, le aseguro á Vd. que lo aprenderé, ¡demonche!

—Volvamos á la casa, y enviemos á buscar á la policía.

—No creo que nos cause daño alguno, y es lo que se acostumbra, por lo que, de acuerdo con Vd., digo que se envíe por la policía.—Y levantándose del tronco, en donde nos habíamos sentado para deliberar, añadió:—*Yo* voy á buscar á Israel. ¡Hasta luego!

Yo titubeaba en separarme del Juez.

—Quiero que me prometa, Brace, que no cometerá Vd. violencia alguna con Van Hort.

—Si por violencia quiere Vd. decir quitarle la vida, le doy mi palabra. Aquí están mis cinco.

En esta inteligencia nos estrechámos las manos y nos separámos. Él se internó en el bosque; yo regresé á la Abadía.

Esto ocurrió entre siete y ocho.

. . . . . .

Á las dos volví al bosque. Necesitábamos á Lola.

El policía de Southampton, al oir mi relato,

opinó inmediatamente que el robo había sido cometido por un sirviente, y que debíamos hallar enseguida á Lola para averiguar si había visto al ladrón cuando se escapó por la ventana, y si podía identificarlo.

Hallar á Lola no era mi único objeto.

La prolongada ausencia de Brace y de Van Hort excitaba mis recelos, y á pesar de la promesa del Juez, yo me reprochaba ya de haber abandonado á mi socio ciego. Las ideas de justicia del Juez eran peculiares y basadas en las incultas costumbres de los mineros de California en los tiempos en que hacían y ejecutaban sus propias leyes, y lo creía capaz de aplicar la tortura, con cuidado de no matar á su víctima, para arrancar al hebreo el secreto que creía que poseía respecto al perdido diamante.

Volví al paraje en que había dejado oculto á Van Hort. Los quebrados matorrales marcaban una pista bien clara, y en un hoyo que distaba menos de cien metros, la maleza se hallaba aplastada como si una lucha hubiese ocurrido en aquel sitio.

¿Sería posible que Brace hubiese ido más allá de lo que intentaba, y hubiese matado á Van Hort? Quizás había ocultado el cuerpo de su víctima en aquellas mismas cercanías y había

huido con su hija para sustraerse á las consecuencias de su acto.

Reflexionando así, seguí un rastro que conducía á la vereda. Buscando nuevas huellas de un pasaje á través de los matorrales, seguí hacia abajo de la vereda con dirección al camino.

Ví de nuevo matorrales quebrados, y guiándome por ellos continué andando entre los árboles en el declive de la colina hasta que salí del bosque sobre el otero al margen del camino de la Abadía en aquel lugar. Era casi el mismo sitio en donde Van Hort me había detenido por la mañana al oir á Brace venir por la retaguardia. Mirando hacia arriba del camino, ví en el crucero el poste indicador; mirando hacia abajo, ví lo que me dejó asombrado hasta cortarme el aliento: Brace seguía el camino con dirección á la Abadía; de un lado tenía á Van Hort que le sujetaba el brazo, y del otro á Lola á quien daba la mano, formando un cuadro incomprensible de unidad, amistosa ayuda y confianza.

Cierto es que Van Hort no hubiera podido sin ayuda hallar el camino, y muy posible también que sin la restricción de la mano de su padre, Lola no hubiese marchado á su lado; pero toda duda sobre la existencia de una amigable inteligencia entre los dos hombres, desapa-

reció de mi mente con lo que ocurrió enseguida.

Al llegar frente á la vereda que conducía dentro del bosque, se detuvieron y tuvo efecto una consulta entre ambos hombres. Á aquella distancia no podía oir sus voces, pero ví por sus gesticulaciones que estaban discutiendo algún punto: el debate terminó yendo Brace al lado del camino y estirando el pescuezo para cerciorarse de si había alguien á la vista. Me agaché detrás del matorral que me ocultaba en parte.

Cuando con suma precaución volví á levantar la cabeza y mirar, Brace, que seguía parado frente á la vereda, estaba retirando el brazo del arenoso terraplen que orillaba el camino.

Zabulli la cabeza, pues Brace volvió á mirar á derecha é izquierda; cuando la asomé de nuevo, los tres habían desaparecido.

Dejé transcurrir algunos momentos y me aventuré fuera de mi escondrijo, dirigiéndome al sitio mismo en que había visto á Brace. Allí ví, en la arenosa tierra, lo que parecía una madriguera de conejo, parcialmente oculta por las hojas de la cerca que por fuera rastreaban. Me quité la chaqueta, me remangué la camisa, metí el brazo y saqué . . . *la funda de cuero del diamante que yo había llevado en la muñeca!*

Estaba vacía.

Volví á introducir el brazo y exploré el agujero, creyendo, aunque era poco probable, que el diamante podía haberse deslizado fuera de la funda, ó que de intento había sido puesto separado. Era un agujero sin salida: la tierra había caido de arriba bloqueando el paso á una distancia de menos del largo de mi brazo desde la entrada; pero no abandoné mi exploración hasta que tuve absoluta seguridad de que el Gran Lucero no estaba allí. No era probable que colocasen el diamante en un lugar tan á la vista; en cuanto á la funda de cuero ya era distinto. Era peligroso el guardarla, y lo mejor sería deshacerse de ella sin que importara mucho donde la abandonaban. Pero, ¿porqué motivo habían sacado el diamante de la funda, y qué habían hecho con él?

Pronto descubrí la clave del misterio.

Á mi regreso á la Abadía, Brace, Van Hort y Lola estaban en la biblioteca con el policía, Sir Edmundo, su abogado el Licenciado Belmont y un par de amigos, jueces de paz, atraidos por los rumores que circulaban ya profusamente.

Lola se hallaba bajo exámen y guardaba un silencio obstinado. Sólo con gran dificultad se obtenía una respuesta á las preguntas que se le hacían; pero confesaba haber visto al hombre

descolgarse del mirador. Preguntada si era uno de los criados, contestó firmemente: "No."

Pero en este particular nada más pudo sacarse de ella.

Á la pregunta de cómo había descubierto el modo de pasar del balconcito al mirador, pues por esa vía había venido á mi auxilio, replicó que "lo había visto hacer antes," pero rehusó decir á *quién* había visto.

El policía me rogó que pasara con él al inmediato comedor, y se expresó allí en estos términos:

—Sírvase decirme si tiene Vd. algún motivo para sospechar que ha sido Vd. robado por sus amigos, sus asociados en el diamante, porque pretenden haber pasado toda la mañana en los bosques, y yo tengo la convicción de que parte de ese tiempo han estado en Southampton.

—¿Está Vd. seguro?

—Estoy dispuesto á declarar bajo juramento que en la Calle Mayor, al venir yo para acá, he visto á la pequeña salvaje de las enaguas coloradas.

CAPÍTULO XIII.

—Aconsejo á Vd., caballero,—continuó el policía,—que consulte al letrado de Sir Edmundo, el Licenciado Belmont.

Seguí su consejo, y el abogado se unió á nosotros. Le conté sin reserva cuanto había ocurrido, mostrándole la funda de cuero que había sacado del agujero en donde Brace la había metido.

—¡Un par de astutos bribones!,—dijo el abogado.—Sus pretendidas sospechas mutuas tenían por objeto ocultar á Vd. su complicidad, mientras el uno implicando al otro apartaba la sospecha de sí.

—En mi vida he estado más completamente engañado,—dije.—Brace me parecía la personificación de la honradez inculta. Me gustaba el hombre, y es para mí un choque terrible descubrir que es un canalla, un ladrón!

—Peor que esto, señor Rodman; es de intento un asesino, pues no cabe duda de que él

fué quien atentó contra la vida de Vd.: era completamente imposible que el otro hombre, ciego, lo hiciera. Sir Edmundo nos ha contado la historia del robo. La astucia que preparó el ataque era sin duda de Van Hort. Parece ser un hombre de una inteligencia sutil. No veo qué otra parte puede él haber tomado en el robo.

—Sir Edmundo me ha dicho que al regresar Vd. del ala izquierda oyó ronquidos en el cuarto de Brace,—inquirió el policía.

—Cierto es que los oí.

—Podían muy bien ser de Van Hort que había ido á ocupar el lugar de Brace mientras éste se escurría en el cuarto de Vd.: otra prueba de que obraban en concierto.

—Precisamente,—añadió el señor Belmont. —Lo que importa ahora es: ¿qué vamos á hacer? La evidencia que poseemos no es suficiente para acusar á cualquiera de estos dos hombres de culpabilidad en el robo. La funda de cuero nada prueba. Podrían declarar que la hallaron vacía y que la ocultaron por temor á una acusación; ó podrían los tres jurar que era falsa la declaración de Vd. y acusarlo de ser el ladrón. Hasta que podamos sustanciar la acusación con pruebas positivas, nos conviene ocultarles nuestras sospechas. Si se huelen que van á ser llevados ante

el tribunal, saldrán del país por el primer vapor que parta de Southampton, y no podremos impedirlo. Lo que urge es buscar el diamante. Esto le toca á Vd,—prosiguió dirijiéndose al policía;—es indudable que lo han llevado á Southampton dejándolo á mano para cogerlo de nuevo si la fuga se hiciese imperativa.

—Antes de amanecer se registrarán todas las covachas.

—Bueno, Vd. se ocupará de esto. Al mismo tiempo me permitiré sugerir que es de la mayor importancia vijilar á ambos hombres. Van Hort no confiaría el diamante á vulgares receptores de efectos robados; lo consideraría más seguro debajo de una planta en los jardines junto al muelle. Crea Vd. que posee el talento necesario para descubrir un lugar seguro en donde guardarlo.

—Tendré en mi auxilio policías secretos desde mañana temprano y desde ahora voy á telegrafiar á la Estación Central de Policía de Londres.

—Hágalo cuanto antes. Pero para no alarmar á estos hombres, finja Vd. que continúa sus pesquisas, y válgase de cualquier pretexto plausible para volver á Southampton. Todo depende ahora de que Van Hort y Brace continúen

ignorando nuestras sospechas. Con este fin,—añadió volviéndose hacia mí,—aconsejo á Vd., señor Rodman, que disfrace sus sentimientos. Ninguno de los tres debe observar el menor cambio en la conducta de Vd. para con ellos.

Este era un sano consejo, y reconocí la importancia de seguirlo; pero soy el peor actor del mundo cuando se trata de ocultar mis sentimientos, y mi espíritu se revelaba contra los hombres que juntos había conspirado para quitarme la vida por saciar la mera é insensata pasión de la avaricia. Y me sentía más enojado contra Brace que contra su cómplice, no porque creyera menos culpable á Van Hort, sino porque me había sentido más atraido hacia el Juez á quien me consideraba enlazado por la hermandad del trabajo.

Evité acercarme á él cuando volvimos á la biblioteca, y hasta el mirarlo, para que no observara que había dado por terminada nuestra amistad. Pero sabía que sus penetrantes ojos estaban fijos en mí y que leía las señales de mi naciente aversión, y esto contribuía á que desempeñara peor mi papel.

Cuando el policía dió fin á su investigación, dijo sagazmente al cerrar su libro de apuntes:

—Tengo los informes suficientes para mi objeto presente. Tal vez no consiga descubrir in-

mediatamente á los autores de este robo y tentativa de asesinato, pero creo que en el transcurso de veinticuatro horas podré decirles algo del perdido diamante.

Sir Edmundo lo acompañó á la puerta.

Cuando volvió y tomó otra vez el asiento que había ocupado á la cabeza de la larga mesa, Brace se levantó y colocándose en el extremo opuesto, saludó con una inclinación de cabeza, primero al Barón y después á derecha é izquierda, y dijo:

—Señor Presidente y caballeros de este *Comité.* No quiero hablar mal de la policía, pero el inteligente miembro de ella que acaba de dejarnos, —como si hubiese cojido la cola de un cohete, decidido á seguirlo á donde quiera que fuese, y á sujetárlo hasta que hiciese explosión,—no va á hacer bien alguno á nadie en este asunto: ni á sí mismo, ni á los demás. El gran diamante está perdido, y él no lo encontrará ni en veinticuatro horas ni en veinticuatro años. Si buscase un pajar, no digo que con la ayuda de Dios,—mucha ayuda, se entiende,—lograría lo que se propone. Pero no es un pajar. Y si fuese á moler todo el país y cuanto hay en él, y luego lo pasase por un cedazo y lo examinase todo cuidadosamente, tampoco lo encontraría. Pensando yo

así, naturalmente que no me voy á quedar aquí contemplando el lugar en donde me ha alcanzado la desgracia, como haría una vieja que hubiese resbalado en la acera sobre una corteza de naranja. Barón, con su permiso, voy á partir.

—No puedo detener á Vd., Brace, aunque quisiera,—replicó Sir Edmundo, quien ignoraba aún mis sospechas contra el Juez.—Alimento esperanzas de que tendrá Vd. más éxito buscando una nueva fortuna, que prolongando su estancia aquí en la esperanza de recobrar la antigua. Si el diamante se encuentra, Vd. lo sabrá, donde quiera que se halle. ¿Piensa Vd. buscar otro diamante?

—No, señor Barón; voy á buscar el Gran Lucero, y á hallarlo, si á Dios place. Pero antes de emprender mi marcha tenemos que arreglar un negocio, Sir Edmundo: todo el dinero que tengo en mis bolsillos pertenece á Vd.

—Es un préstamo: guárdelo, Brace; guárdelo hasta que esté Vd. otra vez en posición de pagarme, y espero, por el bien de Vd., que sea pronto.

—Vale Vd. tanto oro como pesa, señor Barón. Yo soy quien lo dice, ¡demontre! No rehusaré su bondad, pues me hará falta algún

dinero para comenzar; pero suplico á Vd. que conserve esto en su poder hasta que yo lo reclame.

Y dando la vuelta á la mesa se dirijió á Sir Edmundo.

—¿Qué es esto, Brace?,—preguntó el Barón tomando un papel que Brace sacó del bolsillo y le entregó. Lo miró y vió que era la copia del contrato perteneciente á Brace.—Oh, no lo necesito, amigo mío,—y añadió enseguida:—tengo el pagaré de Vd. y lo considero tan bueno ahora como antes.

—Si no quiere Vd. guardarlo por su propia seguridad, le suplico que lo guarde por la mía. Es una especie de certificado, y si alguien dice algo contra mí, cuando yo no esté aquí para defenderme, espero que Vd. lo produzca en mi defensa. Señor Barón, adiós!

Alargó la mano, y dijo mientras Sir Edmundo la estrechaba cordialmente:

—Gracias, muchas gracias, señor Barón. ¡Si vale Vd. más oro que pesa!

Caminó hacia el otro extremo del cuarto, pasando junto á Van Hort que permanecía sentado, silencioso é inmóvil como si estuviere tallado en piedra, y vino á donde yo estaba parado.

Mi rostro debió decirle que mi corazón se

había endurecido contra él; no obstante, alargó la mano, y me dijo con voz ronca:

—¡Díganos adiós, socio!

Doblé los brazos y meneé la cabeza.

Dejó caer la mano en su costado.

—¡Tal vez tenga Vd. razón,—dijo con remordimiento,—tal vez, no! Si Dios es justo, el tiempo probará que llevo la conciencia limpia.—Hizo una pausa, y después en voz más baja y con acento de reproche, añadió:—Diga Vd. que así lo espera, socio; ¡dígalo Vd.!

—Así lo espero,—dije yo.

Sacudió la cabeza tristemente.

—Esta no es su voz acostumbrada, señor Rodman: le falta el corazón. Hemos trabajado juntos, nos hemos dividido el tabaco, y, . . .—su barba comenzó á moverse convulsivamente en retortijones;—y . . . se me parte el alma al separarnos de esta manera.

Lola estaba parada en un rincón del cuarto junto á la puerta, con los ojos fijos en mí. Al pasar Brace junto á ella para salir, la cojió rudamente por la muñeca. Con la misma rudeza retiró ella la muñeca, vino á mí y se me plantó enfrente.

—Me voy,—dijo.

—Buen viaje,—pensé yo exasperado por la

creencia de que sabía en dónde estaba el diamante, y podía aclarar todo el misterio, si quería.

—¿No me dejará Vd. irme como á él, eh, Vd.?,—preguntó;—¿no me dejará Vd. irme, *á mí*, sin decirme adiós?,—añadió con voz conmovida.

La pobrecita salvaje me amaba. Me había salvado la vida. Mi corazón se ablandó al recordarlo. Le dí mis dos manos: las colocó al rededor de su esbelto cuerpo, y luego echándome sus brazos al rededor del cuello, murmuró con ternura:

—¿Quiere Vd. que sea buena? ¿Quiere Vd. que le diga . . . ?

Pero en aquel mismo instante su adiestrado oído apercibió el roce de un vestido de mujer, y al ver á Alicia que acababa de entrar y venía del comedor, se echó para atrás.

Miró á Alicia con ceño adusto, brillando el odio en sus ojos, y con una voz de la cual toda la ternura había desaparecido, dijo:

—¿Para que ella se aproveche? ¡No!

Y sin volverme á mirar, salió del cuarto y se unió á su padre.

CAPÍTULO XIV.

Mi compromiso con Alicia quedó roto aquella misma noche.

No alimentaba la menor esperanza de recobrar el perdido diamante, y cuando le conté á Sir Edmundo mis motivos para desesperar, no procuró siquiera ocultar su satisfacción respecto á mi determinación.

—Un hombre nunca debe depender de su mujer. Tiene esto necesariamente que ser causa de humillación, y nadie se humilla sin que al fin y al cabo se pierda á sí mismo el respeto. Esto nunca le sucederá á Vd., Bernardo: así lo espero . . . ¡Pobre hija mía! ¡Qué golpe va á recibir! Aunque lo ha conocido á Vd. por poco tiempo, ha hallado en Vd. mucho que admirar y mucho que amar, y es tan tenaz en sus afectos, que no creo cese nunca de amarlo.

Suspiró, y durante algunos momentos siguió sentado en silencioso recojimiento; después continuó:

—Querido mío, tenemos que ser cautos al darle la noticia: tenemos que dejarle alguna esperanza. Como necesariamente se verán Vds. precisados á estar separados por algún tiempo, es justo que tengan ambos libertad de contraer un nuevo compromiso; pero al mismo tiempo pueden tener un acuerdo tácito que si en un razonable período de tiempo logra Vd. crearse una posición, y continuan entonces sintiéndose el mismo mutuo cariño, volverán á renovar su compromiso. No es necesario que gane Vd. una gran fortuna; pero es esencial,—creo, y según, felizmente, cree Vd. también,—que se halle en posición de proveer á sus propias necesidades: yo le prometo que Alicia llevará á Vd. entonces con ella las superfluidades.

Me ofreció entonces usar su influencia para obtenerme un destino de secretario, pero como nunca me había acostumbrado á ocupaciones sedentarias, y como semejante puesto no podía satisfacer mis más ambiciosas esperanzas, puso generosamente su bolsa á mi disposición, para que la usara según requiriera.

Á propósito me he abstenido de extenderme sobre mis amores, pues si me ponía á hablar de ellos, mis sentimientos me inducirían á dilatarme sobre las delicias de mi breve cortejo, excluyen-

do asuntos más graves, que son el objeto de este libro. Por la misma razón pasaré por alto el amargo dolor de nuestra despedida, y diré únicamente que las últimas palabras de Alicia despertaron el valor en mi abatido corazón.

No podía formar ninguna satisfactoria teoría en cuanto al robo del Gran Lucero, pero me sentía dispuesto á mirar á Van Hort como el menor de los culpables.

Es imposible describir cómo el robo afectó á este hombre misterioso. Según he dicho, durante la investigación permaneció sentado, inmóvil y silencioso. Su cara tenía la misma inescrutable expresión que domina en el rígido semblante de un muerto.

Sir Edmundo perdió toda su simpatía por él después que conoció los detalles referentes á las aventuras de la mañana.

Cuando del comedor, en donde se había celebrado nuestra entrevista, volvímos á la biblioteca, hallámos á Van Hort tal cual lo habíamos dejado.

—He dispuesto que el coche esté en la puerta dentro de media hora, señor Van Hort,—dijo el Barón.—Tenga Vd. la bondad de alistarse para partir entonces.

Van Hort inclinó la cabeza.

—Deseo también que se sirva Vd. satisfacerme el importe de su pagaré con toda la premura que le sea posible,—añadió el Barón con severidad.

Van Hort se metió la mano en el bolsillo, sacó su bolsa y la extendió hacia el Barón. Viendo la repugnancia de éste para tomarla, la coloqué sobre la mesa.

Acompañé á Van Hort á Southampton en el carruaje. No cambiámos una palabra en el trayecto: ni, en verdad, le había oído pronunciar una sola palabra desde que por la mañana nos habíamos separado.

Le tomé un cuarto en un hotel, y cuando el sirviente que nos había conducido se retiró, le dije:

—Voy á dejarlo á Vd., Van Hort.

Un gesto de indiferencia fué su única respuesta.

—¿No tiene Vd. nada que manifestar, ninguna explicación que darme?,—le pregunté.

—¿Qué quiere Vd. decir? Hable claro,—contestó.

—Ví á Vd esta mañana discutiendo con Brace sobre lo que debían hacer con la funda que contenía el diamante, antes de que él la ocultara.

—Si Vd. sabe que estabámos discutiendo eso, lo sabe Vd. todo. Es inútil que le de á Vd. una explicación que no creería. No tengo más que decir.

Fué tanteando su camino hasta que encontró una silla y se dejó caer en ella.

Coloqué un paquete de billetes sobre la mesa, y le dije que si necesitaba más ayuda, que me escribiese, dirijiéndome la carta al cuidado de Sir Edmundo. Después lo dejé.

Tenía una vaga idea de interesar como socio en algún negocio en que pudiera encontrar activo empleo y con este fin tomé habitaciones en Londres y comencé mis indagaciones. Había estado ocupado en ellas como una semana, cuando recibí una carta de Sir Edmundo concebida en estos terminos:

"Incluyo un recorte de un periódico semanal. La cultura de la viña, según está en él descrita, paréceme ser lo más apropósito para un hombre de su disposición y sus gustos. Á mí me agradaría si tuviera treinta años menos; ya que no puedo quitármelos de encima, me contentaría con verlo á Vd. convertido en un próspero colono.

"Para interesar á Alicia, le he propuesto que

pasemos el próximo verano en San Diego de California; pero ella cree que encontraríamos insoportables los hoteles de aquella región. Tal vez podría Vd. ofrecernos un acomodo más apetecible. Así pues, querido Bernardo, la prueba más aceptable que puede Vd. darme de su afecto, es servirse con largueza de mi asistencia pecuniaria."

El recorte se refería á la cultura de la viña y de frutas en la California del Sur, pero antes de leer una sola línea, ya estaba yo decidido á encontrarme en San Diego en el próximo verano para recibir á Alicia y á su padre.

CAPÍTULO XV.

La suerte me favoreció: no había estado veinticuatro horas en San Diego cuando supe que una de las mejores haciendas frutales del Estado se hallaba de venta. Estaba deliciosamente situada en el Valle del Elíseo, á unas doce millas de la ciudad de San Diego, y pertenecía al Coronel Hiram Brundage. Apenas averigüé esto, alquilé un caballo y partí para la hacienda. El camino cruzaba entre bosquecillos de naranjos, limoneros, cidros y otros árboles frutales que perumaban el ambiente; las colinas se hallaban cubiertas de viñas. Á lo lejos, frente á mí, aparecían los nevados picos de la Sierra Nevada, y al volverme en la silla al ascender el suave declive en que se levantaba la casa, quedaron mis ojos deslumbrados por la belleza del panorama de la bahía de San Diego.

La casa era grande y bien construida al estilo italiano, estilo muy propio para aquel clima, con su cielo sin nubes, y muy en relación con el pai-

saje circundante. La vista desde la azotea era indescriptiblemente preciosa y justificaba el altisonante nombre del valle que dominaba.

Había flores por doquiera al rededor de la casa: festonaban el colgadizo en la fachada principal, pendían de las ventanas, orlaban los senderos, y hasta se enroscaban en las ramas del gran cedro que daba sombra al cuadro de cesped.

"Esta es una morada digna de Alicia", pensé. "¡Ojalá sea mía para podérsela ofrecer!"

Sería tiempo perdido relatar mis negociaciones con el Coronel Brundage. Baste que diga que mi ardiente deseo se realizó, y que en menos de un mes de mi llegada á San Diego, entré en posesión de aquella magnífica propiedad. Era sin duda una empresa arriesgada para quien desconocía totalmente el negocio; ¿pero, que riesgo es demasiado grande para el hombre que se propone conquistar á la mujer que ama? Que el dinero invertido no fuera mío, no disminuía el riesgo, sino que por el contrario, lo aumentaba: pues, á menos que mostrara una razonable probabilidad de pagar el préstamo de Sir Edmundo, no podía pedirle la mano de Alicia. Tenía, empero, motivos para creer que el Coronel Brundage era un cabal caballero, un hombre

honrado y concienzudo; á esto se añadía la confianza que yo sentía en mi perseverancia, mi fortaleza y mi energía, y aquel boyante sentimiento de esperanza que inspira á todo el que respira el aire saludable de ese delicioso continente.

Á principios de Noviembre recibí una carta de Sir Edmundo. Entre otras cosas, me decía lo siguiente:

"El robo continua rodeado de misterio: para mí, es ahora más misterioso que nunca. Van Hort ha tomado alojamiento en la aldea. Dos veces lo he encontrado en los bosques: su aspecto es deplorable, feroz y de dar lástima si uno pudiese dudar de su complicidad en el robo. Lo he visto una vez de rodillas en tierra, tanteando por entre los helechos, como si esperara hallar el diamante entre ellos; para estas expediciones escoje la noche, probablemente porque entonces se halla menos expuesto á observación. Me dicen los guardas que pasa la noche entera, y todas las noches sin escepción, en esa infructuosa exploración. ¿Porqué razón obra de este modo, si, como suponemos, él y Brace robaron el diamante?"

En una posdata, añadía:

"Un señor Furnival, en carta fechada en el Hotel Montgomery, en Londres, me escribe pi-

diéndome la dirección de Vd. Le he contestado que estaba Vd. en San Diego de California."

Las nuevas referentes á Van Hort no aumentaban mucho el misterio en que se hallaba envuelto aquel hombre extraño, pero la postdata era para mí nueva fuente de perplejidad. Á nadie conocía del nombre de Furnival, ni recordaba haber hablado á nadie de Sir Edmundo durante mi estancia en Londres.

¿Cómo había sabido este señor Furnival en dónde conseguir mi dirección? Quedé aguardando una carta de él para aclarar el asunto, pero no vino ninguna.

Pocos días después, recibí una carta que me había sido dirijida á la Abadía de Monken, en cuyo sobre estaba inscrita mi nueva dirección con letra de Sir Edmundo. Miré la firma, y ví que era de Brace. Estaba fechada en 5 de Octubre, en Las Cumbres, Condado de Nevada, California. El Juez se hallaba, pues, también en California y á un día de viaje de mí. No me sorprendió esto, conociendo su parcialidad por aquel Estado; pero esto era irreconciliable con la suposición de que él y Van Hort tenían el diamante. Me escribía lo siguiente:

"Le escribo estas líneas para que sepa en dónde estoy instalado, y también para que vea

que no me he escapado como un ladrón en medio de la noche. Si las cosas no han adelantado en cuanto á averiguar en dónde se encuentra el Gran Lucero, tampoco han atrasado.

"De nada sirve prometer lo que uno no sabe si podrá cumplir, pero le diré que no voy á soltar mi baraja sin que antes me estreche Vd. la mano y diga que me he portado como hombre honrado.

"La Nena está mohina, y en general, las cosas dejan mucho que desear en cuanto concierne á su socio, PEPE BRACE."

No dí respuesta alguna á esta carta.

Recibí otra de Sir Edmundo á principios de Diciembre: tenía fecha de Noviembre 20. Me felicitaba cordialmente por mi compra y expresaba los más sinceros deseos por mi buen éxito.

Y continuaba:

"Gracias por la carta de Brace que me ha enviado Vd. El tono en que está escrita parece indicar no sólo que sabe en dónde está el diamante, si que también que tiene grandes esperanzas de recobrarlo. Uno no puede creer que fuera él quien cometió el robo é intentó asesinar á Vd. Pero, ¿á quién sospechar sino á él? Si no era culpable, ¿porqué procuró ocultar la funda de

cuero que podía servir de guía para hallar el diamante? Hay en esto cierta fascinación que triunfa de mi deseo de desentenderme de este asunto. Es como el acertijo de los quince que hace algunos años volvió loco á medio mundo.

"Van Hort continua vagando de noche por los bosques. Más de una vez ha sido visto, parado frente al cuarto en que Alicia y yo pasamos la velada, escuchando.

"Tal vez sospecha ahora de nosotros. Quizás el infeliz ha perdido la razón: su aspecto, cuando lo ví el otro día, justifica esta sospecha.

"Tengo que confesar una indiscreción que puede no tener serios resultados; pero que sin embargo, lamento. Ayer recibí un telegrama de Furnival, que decía: 'Tenemos una pista importante. Mande inmediatamente la dirección de José Brace, ó nombre del lugar en donde se hallare.'

"El 'tenemos' me hizo suponer que sería un agente de los detectivos que se emplearon para descubrir al ladrón, y sin más reflexión, envié la dirección de Brace, teniendo la carta de Vd. á mano. Me arrepentí en cuanto partió el mensajero, y envié á Juan á Southampton con dos telegramas, uno para Furnival y otro para el Jefe del Departamento de Policía Secreta, pidiendo

más datos. No he recibido ninguna respuesta de Furnival, y del Departamento de Policía Secreta, me han contestado por correo que no tienen empleado alguno llamado Furnival y que todas las averiguaciones las hace la oficina principal.

"¿Quién será este Furnival, y con qué objeto hace esas investigaciones? El misterio era ya suficientemente incomprensible sin esta adición."

Incomprensible por cierto, y cuanto más se examinaba, más inescrutable parecía.

Sir Edmundo me escribía en conclusión que adjuntaba una carta que acababa de recibir. Era una segunda carta de Brace, que se expresaba en estos terminos:

"HOTEL ELDORADO.
SACRAMENTO, CALIFORNIA, *5 de Noviembre de 1885.*

"Caballero Rodman.

Señor:

"No esperaba que contestara Vd. á mi carta, pero la Nena está sumamente impaciente aguardando su respuesta. Ya le dije á Vd. que estaba muy mohína, y para complacerla le dije que le había escrito á Vd. lo que ella me había encargado, por más que no lo había hecho, no con-

siderándolo necesario. Viendo que Vd. no contesta, cree que Vd. le ha virado la espalda para siempre. Me parece que sus huesos no van á envejecer; creo que no durará mucho más; ella dice que ya no siente más deseos de coger flores silvestres. El médico es de parecer que la enfermedad que tuvo en Âfrica ha tomado posesión de ella y no la soltará nunca.

"Las lluvias han comenzado pronto en Las Cumbres y le hacían mucho daño á la Nena. Por esta razón salímos de allá, y desde antier nos hallamos en Sacramento.

"La pobrecita está languideciendo, socio: ¡diantre!, esto es lo que le pasa, y por esta razón voy á darle á Vd. su recado. Dice que quiere ser buena: estas son sus palabras. Nunca le he oído antes decir semejante cosa, y no puedo esperar que Vd. lo crea, sabiendo, como Vd. sabe, lo que ella era; pero si Vd. la viese ahora, lo creería. ¡Está tan cambiada! No más músicas, ni oposición, ni obstinación, ni nada de todo aquello que acostumbraba.

"Por lo tanto, espero, Caballero Rodman, ya que es Vd. bondadoso por naturaleza, que se sentirá movido á escribirle unas cuantas líneas, aunque sea sólo diciéndole que ha recibido su encargo, y que cuenta en que cumplirá su pro-

mesa. Con un poquito de estimulo de Vd., estoy persuadido de que no moriría sin decirnos lo que ha hecho con el Gran Lucero.

"Suyo afmo,

PEPE BRACE."

Sin perder un instante, me puse en viaje para Sacramento.

CAPÍTULO XVI.

En la estación de Sacramento me dijeron que el Hotel Eldorado estaba situado en la tercera cuadra subiendo la cuesta. Al subirla, apercibí á Brace y á Lola caminando á unas cien varas delante de mí, pero tan cambiados, que no los identifiqué hasta después de haber transcurrido algunos minutos.

Balanceándose á razón de cuatro millas por hora y arrastrando á la Nena por la muñeca, ó dejándola que trotase detrás de él, hubiese inmediatamente reconocido al Juez á una distancia de un cuarto de milla. Pero caminando á paso de anciano, con su hija apoyada en su brazo, no era fácil reconocerlo.

El cambio era todavía mayor en Lola. Ya no era una harapienta salvaje de pies desnudos, sino una señorita vestida con algunas pretensiones de elegancia: así alterada, parecía más una mujer que una niña. Llevaba la cabeza doblada y se apoyaba en el brazo de su padre. Andaba

lentamente y mostrando señales de fatiga: recordando la ligereza y elasticidad de su marcha, y la rebelde independencia de su espíritu, me pregunté si realmente podía aquella ser Lola.

Los seguí al Hotel, y desde el vestíbulo los ví entrar en un cuarto del primer piso. Corrí tras de ellos y me detuve frente á la puerta abierta. Lola se había tirado en un sofá; tenía la cabeza reclinada en una almohada y los ojos cerrados.

Era la misma linda carita que yo tan bien conocía; pero, ¡ay, cuán cambiada! Sus mejillas ya no eran redondas, el color rosado había desaparecido de su tez; en sus párpados cerrados se notaba un tinte purpurino y cubría sus rojos labios un brillo anormal. Me sorprendió la delicada belleza de su rostro, pero era una belleza que llenaba el corazón de dolor, como el alejamiento de una divina melodía.

Entré silenciosamente en la habitación y me senté en una silla á su lado. Oí á Brace moviéndose en el cuarto contiguo. Lola no tenía conocimiento de mi presencia, y permanecí sentado, con los ojos fijos en su hermoso rostro, mientras mi pensamiento volvía á aquellos días transcurridos en la Colonia del Cabo, cuando yo dejaba á menudo mi trabajo para ver cómo seguía "la chiquilla", que se hallaba postrada por

la enfermedad. El fulgor de sus blancos dientes á través de sus labios entreabiertos, la ondulación de sus largas pestañas, el encrespado buclecito de sus cabellos sobre la oreja, eran exactamente los mismos; pero con el indefinible rasgo de una mujer ya formada, que la hacía tan diferente.

El capullo se había abierto. ¿Era para marchitarse y perecer?

Ya antes me había yo preguntado si viviría. Tenía mis dudas entonces, pero ahora era todavía más débil la esperanza.

Abrió los ojos, y al verme, saltó con un grito de alegría, echó sus brazos alrededor de mi cuello y me besó repetidamente, pues en su corazón continuaba siendo tan niña como antes.

—¡Oh, es cierto!,—exclamó, entre sus besos;—estaba dormida y lo ví á Vd. venir hacia mí, y . . .

Se detuvo bruscamente y echándose para atrás, dijo, extrañada, mirándome la cara:

—¡Si está Vd. llorando!

Al oírla hablar, Brace vino del cuarto adjunto.

—Vamos, ¿qué te dije?,—exclamó.—La Nena se figuraba que no volvería Vd. más, señor Rodman,—añadió dirijiéndose á mí.

—Pues tendrá que verme muy amenudo, si me salgo con la mía,—contesté alargando mi mano á Brace.

Su fisonomía sufrió una completa transformación; se frotó pensativo la perilla durante un minuto, y volviéndose á su hija, dijo:

—Lola, niña, tenemos que decidir ésto ahora mismo. Aquí está el Caballero Rodman que me presenta su mano, y yo no tengo el derecho de tomarla, ¡demonche!, hasta que tú digas lo que se ha hecho del gran diamante.

—Ahora no, ahora no,—dijo, implorando;—un poco de tiempo, . . . una semana, . . . ¡sólo una semana!

—No, hija mía; no hay que demorar esto como si se tratase de tomar una dosis de medicina. Escucha. Cuando nos separámos, el Caballero Rodman rehusó darme la mano; ¿porqué?: porque sabía que no obrábamos como debiamos;—y volviéndose hacia mí, dijo:—Vd. sabía que teníamos la piedra, ¿no es cierto?

—Ví á Vd. ocultando la funda,—repliqué.

—Por consecuencia, sabía Vd. que alguno de nosotros la tenía en algún paraje. Vamos, chiquita, recuerda cómo el Caballero Rodman te cuidó allí bajo el ardiente sol de África, y gracias á él, saliste con vida. No dejes que el mejor

amigo que has tenido, piense que no sientes por él ni gratitud ni afecto.

—¡ Oh, eso nunca lo pensará!,—exclamó Lola poniéndose en pie.—Lo llevaré á Vd. allí: hoy no, porque es demasiado lejos; pero mañana le enseñaré á Vd. en dónde está y podrá Vd. llevárselo á *ella* y no volverá Vd. á verme nunca más.

—Si voy, te llevaré conmigo, Lola,—dije.

Sacudió la cabeza y se cubrió la cara con las manos.

—No, no, no volverá Vd. á verme más,—dijo, y un violento ataque de tos la obligó á salir del cuarto, cerrando la puerta tras de ella.

Brace me dirijió una mirada intencionada, y en tono bajo me dijo, conmovido:

—No es natural en ella el ceder de esta manera. Su obstinación me enfurecía, pero no me partía el corazón como esto.

Lola volvió al cabo de un rato, débil y exhausta, pero con una sonrisa en el semblante. Se sentó á mi lado, y deslizando la mano bajo mi brazo, apoyó la mejilla contra mi hombro. Su amor era demasiado inocente, ó ella demasiado ignorante de los usos sociales, para conocer restricción alguna.

—No quiero hablar: me hace daño,—dijo.—

Sólo deseo permanecer sentada aquí tranquilamente,—y cerró los ojos, arrimándose más y más á mí.

—Ha llegado Vd. á un país arruinado é impío, señor mío,—dijo el Juez.—Que un rayo me parta si no me costó trabajo reconocerlo: no se ve más que maquinaria y chinos. En toda la Sierra Nevada no hay un campamento minero de gente blanca decente. Estos bichos amarillentos no han dejado nada que valga siquiera la pena de buscarlo, al menos, del modo ordinario. Hay que buscarlo en lugares extraordinarios y de extraordinarias maneras, según he dicho á Vd. más de una vez; y lo que quiero decir, es que yo podría hacer lo mismo si tuviese los medios, y si la Nena cumple su promesa, según creo que la cumplirá, voy á probarlo.

Lola hizo una ligera inclinación de cabeza sin apartarla por esto de mi hombro y sin abrir tampoco los ojos; sólo un ténue suspiro se desprendió de su corazón.

—Como sé que la cumplirá, probaré: no para hacerme del oro, porque no me hará falta cuando tengamos el diamante, sino para probar lo que yo sé. Está en un inmenso agujero en la Sierra, cerca de la línea de las nieves, y he estado allí día tras día trabajando y estudiando las proba-

bilidades de éxito, y no cesé hasta que la nieve nos forzó á bajar, y ahora el agujero está cubierto por algunos meses.

Levantando repentinamente la cabeza y volviéndose á su padre, Lola exclamó con ansiedad:

—¿Cubierto?

—Sí, cubierto de nieve á lo menos por tres meses, y por otro mes más por el deshielo; antes de Junio no puedo entrar en él.

Lola estalló en una risa histérica, y batiendo sus manos de alegría, exclamó:

—¡Allí está! ¡Allí está el diamante! ¡Tienen que esperar meses, hasta Junio, para que vayamos á buscarlo!

Enseguida se puso seria y me miró alarmada, como temiendo que estuviera irritado contra ella.

CAPÍTULO XVII.

Muy extrañados quedaron Brace y Lola cuando les dije que hacía dos meses me hallaba en California y que había ido á buscar mi fortuna explotando una granja en el mediodía del Estado, en donde esperaba que me acompañarían á pasar el invierno. Brace dijo:

—Según he oído, existen probabilidades de ganarse la vida dedicándose á la agricultura, pero parece que se necesita mucho tiempo para adelantar algo. Sin embargo, á mi no me parecerá largo el tiempo que emplee dándole á la azada al lado de Vd., y ya que tiene gusto en nuestra compañía, ¡diantre!, no soy yo quien se resistirá.

Los ojos de Lola se ensancharon con vivo deleite. Me imagino que de repente su mente la transportó á aquellos tiempos pasados en el Transvaal, los más felices que había conocido, cuando la ruda necesidad nos enlazó en estrecho compañerismo. No creí entonces necesario des-

engañarlos, y el día siguiente emprendimos la marcha para San Diego. El sol brillaba cuando llegamos, el aire era cálido y suave: parecía un prematuro día de verano en Inglaterra.

El efecto que en Lola produjo fué maravilloso: parecía inspirada con nueva vida. Nunca la había visto tan festiva y animada.

Su semblante se nubló cuando pasamos por los hermosos plantíos y entramos en la casa ricamente amueblada. Fué para ella una triste desilusión. Brace, que nunca se dejaba sorprender por nada, se acarició la perilla para reflexionar mejor, y mirando á su alrededor dijo:

—¿Y esta es su granja, Caballero Rodman?

—Podré llamarla mía en verdad cuando haya pagado el capital en ella invertido. Según Vd. sabe, yo no tengo ningún dinero. Es un préstamo, y hasta que lo haya pagado . . .

Encojí entonces los hombros.

—Hasta que lo haya pagado,—dijo Brace continuando mi frase,—tiene Vd. que acostarse tarde y levantarse temprano, y considerarse feliz si en el intervalo puede dormir tranquilamente. Calculo que le tomará mucho tiempo hasta que no tenga Vd. en qué ocuparse y en qué pensar.

—¡Sí, mucho tiempo!,—dije yo algo pensativo.

—¿Cuánto tiempo?,—preguntó Lola con presteza.

—¡Oh, tal vez años, muchos años!,—contesté.

No intentó ella ocultar su satisfacción.

. . . . . .

Le dí á la muchacha un caballito muy corredor; lo montó desde la primera vez con la gracia y maestría de una consumada amazona.

Todas las mañanas daba yo una vuelta á caballo por la hacienda; á veces los negocios me llevaban á la ciudad: nunca dejaba Lola de estar á mi lado en estas ocasiones. Pero ya era otra cosa cuando yo tenía que trabajar. Odiaba ella el trabajo y la espantaba la quietud, pero se escapaba de ambos con un desenfrenado galope por entre los collados. Volvióse coqueta en su aspecto. Cuando le sacaba un peso á su padre, se iba al galope á San Diego para comprar cualquiera bagatela para el adorno de su linda personita. Si le parecía que yo aprobaba la adición, la usaba hasta que pudiera reemplazarla con algo nuevo; pero si por acaso había yo dejado de observarla, ó si creía que no era de mi gusto, la arrojaba lejos de ella antes de terminar el día. Se abandonaba al goce de la nueva vida que le había venido, y por algún tiempo parecía que había olvidado el pasado y que no pensaba ya en el futuro.

Bajo estas condiciones desaparecieron todos los vestigios de su enfermedad, y con la salud le volvió algo de su antigua y rebelde independencia: la autoridad paternal sucumbió una vez más.

Brace encontró pronto en que ocuparse, y después de algún tiempo, me prestó valiosa asistencia en el manejo del negocio. Un día, mientras volvíamos de los tinglados bajo los cuales se hacía el empaque de las frutas, me dijo:

—He estado estudiando cuidadosamente esta empresa, y veo, señor Rodman, que va Vd. á tener un éxito fenomenal. Vd. ha descubierto en donde está la verdadera riqueza de esta región, y va Vd. á hacerse poderoso, de lo que mucho me alegro, ¡chilindrina!; y por muchas razones, una de los cuales es que cada día tengo más dudas sobre el hallazgo del Gran Lucero. Primero, porque cuando cesen las heladas, el gran agujero en el que Lola ha escondido la piedra puede ser derrumbado por el torrente de nieve derritida, ó puede quedar cubierto para siempre por las masas de rocas que todas las primaveras se desprenden de las montañas. Y segundo, porque Lola puede cambiar de parecer y rehusar cumplir la promesa que nos dió cuando estaba enferma. Ella encuentra natural mentir,

si gana algo en ello, y recuerde que á ella le convendría decir que el diamante no estaba ya en donde ella lo había escondido. Tampoco olvide que no era ella misma cuando hizo la promesa, y desde entonces cada día vuelve á serlo más y más, y cada día vuelve á ser más obstinada y cabezuda. Recuerde asimismo que robó el diamante con el fin de separarlo á Vd. de la señorita Richardson, y para traerlo á Vd. otra vez al nivel de un jornalero. Comprendí su treta desde el día que perdimos el diamante, y la comprendí aún mejor cuando fuimos á Las Cumbres. Estaba muy irritada cuando le dije que no podían obtenerse grandes resultados trabajando la mina del modo ordinario, y con ansiedad me pedía que le escribiera á Vd. que tenía una rica vena en aquel gran agujero. Ahora bien, podemos lograr una fortuna, si damos con el modo de hacerle creer que, después de todo, el diamante poco nos importa, y sin embargo, que ella saldría ganando con entregárnoslo, pues se haría acreedora á nuestra estimación. Por lo tanto me regocija ver que va Vd. á enriquecerse con este cultivo de naranjas. Sin embargo, no perderemos el diamante, si en nuestra mano está no perderlo, y tenemos que hacer dos cosas: no quitar la vista á la nieve, y llegar al agujero antes que la nieve

derritida y las rocas bajen de las cimas; también tenemos que hacer creer á Lola que esta empresa se halla en estado tan floreciente, que no nos importa un comino el hallar el diamante. Deje Vd. esto por mi cuenta, que yo se lo haré entender.

Y cumplió su palabra. Agotaba cada día su caudal de adjetivos ensalzando la hacienda, y se extendía en digresiones sobre los maravillosos resultados que se obtenían del cultivo de frutas, y de tanto en tanto se refería al Gran Lucero en tono tan despreciativo, que cualquiera hubiera creido que ni valía la pena de alargar la mano para cogerlo.

Esto produjo el efecto deseado por Brace. Lola escuchaba en mal humorado silencio, y cuando cambiaba yo de conversación, se sentaba con la barba en las manos y los codos en las rodillas; sus grandes y tristes ojos se fijaban en algún objeto distante, y se ponía á meditar. Pero Brace no se contentaba con esto.

Un día lo oí hablando á solas con Lola.

—Calculo que tendremos que mostrar los puntos que calzamos, antes de que lleguen el Barón y su hija, ó quedaremos muy deslucidos en comparación con ellos, y el Caballero Rodman se cansará de vernos por estas cercanías.

Naturalmente que se dirá: "Aquí están este Barón y su hija por quienes nunca he hecho nada de particular, y él me ha instalado en mi negocio del que voy á salir un millonario de órdago; del otro lado, están este endiablado Juez que apenas gana la sal que gasta y la Nena á quien he cuidado y dos veces la he salvado de que se muriera, y todo lo que en su vida han hecho por mí ha sido robarme cuanto tenía y, por todos los medios á su alcance, tratar de arruinarme."

Tal vez hubiera continuado su filípica, pues era perseverante en grado sumo, pero Lola corrió hacia su cuarto, cerró con violencia la puerta y rompió á llorar con tanta fuerza, que se la podía oir desde el colgadizo en donde yo me hallaba sentado.

CAPÍTULO XVIII.

Había escrito apresuradamente algunas líneas desde Sacramento, diciendo á Sir Edmundo que Lola había cogido el Gran Lucero é intentaba devolverlo en cuanto se derritiera la nieve y pudiéramos llegar á la caverna en que estaba oculto. Al contestarme, escribió lo siguiente:

"Después de leer sus buenas noticias, Alicia y yo fuimos á dar un paseito por el parque, en donde encontrámos al pobre Van Hort, cuyo abatido aspecto apeló una vez más al corazón de Alicia, y también al mío. 'Ahora que los Braces confiesan haber tomado el diamante,' me dijo Alicia, 'no debemos en justicia, seguir tratando á este hombre como si fuere un bribón.' Volvimos hacia atrás, alcanzámos á Van Hort, y le dijimos lo que había ocurrido. El infeliz se sintió presa de la mayor emoción, no por causa de la probable obtención del perdido diamante, de lo que tiene él sus dudas, sino por verse una vez más tratado como hombre honrado."

¿Merecía Van Hort ser tratado como hombre honrado? Esta era la cuestión. Voy á dar aquí el relato qne me hizo Brace de lo que había sucedido en los bosques, y trataré de emplear para ello sus propias ó parecidas palabras.

"Cuando nos separamos en el bosque,—dijo, —comencé á buscar á Israel, que es lo que yo intentaba, según recordará Vd. Lo encontré arrastrándose como un reptil por entre los helechos. Lo llevé á un lugar apropósito y le dije: 'Israel, va Vd. á profetizarme á donde ha ido á parar el Gran Lucero; no le será muy difícil, si prueba Vd. duro. No es tan difícil como profetizar lo que tiene que suceder.'

"Lo tenía agarrado por el brazo. De repente, da una vuelta, me acomete, me sujeta, y antes de que pueda yo darme cuenta de ello, me veo de espaldas en el suelo y con sus dos dedos pulgares en el gaznate. Nunca había sospechado en él tanta fuerza y agilidad, y confieso que me habría estrangulado si la Nena no hubiere llegado en el instante crítico y lo hubiese espantado llamándolo á Vd. á gritos. No perdí mi tiempo, y en cuanto lo convencí de que tenía tanta fuerza como él, si no más, lo hice *profetizar*. Mucho me costó persuadirlo, pero al fin no le quedó más remedio que cantar, y dijo que el diamante

estaba dentro de un sauce carcomido, á la orilla de un lagunato en la cañada. Yo no conocía ninguna laguna, pero ví á la Nena corriendo apresuradamente, y corrí también tras de ella sin soltar por eso á Israel para el caso de que se hubiese equivocado en su geografía. No era posible andar muy á prisa por entre las zarzas en compañía de Israel, y perdí de vista á la Nena; mas, como era natural que fuéramos loma abajo para llegar á la hondonada, fuí bajando la cuesta por el mismo lugar en que había desaparecido la Nena, y dí con la charca y el sauce carcomido exactamente tal como él había profetizado, y al pie del sauce estaba la funda vacía. Miré á mi alrededor y divisé á la Nena por segunda vez en rápida fuga. Me lancé en su seguimiento, pero resultó lo mismo que si hubiera estado corriendo tras de un sunsún. Israel persistía sin embargo en continuar la persecución, y la continuámos hasta que ya no podíamos dar un paso más; nos sentamos entonces á deliberar y tras una acalorada discusión, resolvímos unánimemente esconder la funda del diamante y cerrar el pico. Comprendí que Lola no había tomado el diamante por mera maldad. Ella sabía, con su gramática parda, que tenía el poder de traer la dicha á su posesor, como si fuese una

varita mágica. Ella veía que gracias á aquella piedra, estábamos decentemente vestidos y cómodamente alojados, y que mientras lo separaba á Vd. de ella, era el lazo de unión entre Vd. y la hija del Barón. Convinimos en que Lola tenía sobrada inteligencia para arrojar el diamante, y por lo tanto, era seguro que lo escondería en donde pudiera hallarlo en ocasión oportuna. Si hubiésemos obrado de otro modo, ¿qué hubiera sucedido? Van Hort hubiere declarado que todo era una mentira, puesto que quedaría él inculpado, y ni con potros bravíos hubiéramos podido arrancar el secreto á Lola. La sola esperanza de recuperar el Lucero estaba en dejar á Lola tranquila, y vigilarla entretanto."

Envié una copia de esta relación á Sir Edmundo, refiriéndome á ella con estas palabras:

"Si Van Hort no está dotado de un sonambulismo sobrenatural, inevitablemente debe ser cómplice del hombre que me robó el diamante.

"¿Será ese hombre el 'Furnival' que ha obtenido de Vd. mi dirección y la de Brace?"

En cuanto á mí, dudaba de la inocencia de Van Hort. Tal vez me hallaba prevenido en contra de él por causa de mi celosa aversión por las relaciones que había entablado con Alicia. Era la única criatura viviente de quien había yo

oído hablar bien á Van Hort, y me figuraba que era en él hipocresía para gozar de su amistad y compañía.

Á vuelta de correo, Sir Edmundo me escribió así:

"Creí deber mío leer á Van Hort la parte de la carta de Vd. referente al robo. Van Hort ha sido nuevamente recibido en nuestra casa como visitante durante las últimas semanas, y añadiré que también ha sido objeto de la simpatía y conmiseración de Alicia. Ha declarado, bajo juramento, que no había ocurrido lucha alguna entre Brace y él, y que tampoco era cierto que se hubiese visto compelido á declarar lo que Brace indica, y que cuando Vd. lo dejó tras de los matorrales, se dirijió á tientas hacia el camino, y esperó allí. Brace llegó después, y ofreció conducirlo á la casa. Recuerda que se detuvieron en el trayecto mientras Brace le preguntaba si creía que realmente le habían robado á Vd. el diamante. Nada sabía de la funda de cuero, pero cree posible que Brace la escondiera según Vd. describe, sin que él se apercibiera de ello. Después de esta explicación, dijo que se veía nuevamente obligado á abandonar nuestra amistad hasta que se aclarasen todas las dudas. 'Pero,' añadió enfáticamente al despedirse, 'si una

parte de este cuento es verdad; si la chiquilla se apoderó en efecto del diamante y lo ocultó; si lo restituye á Brace y á Rodman, no volverán Vds. nunca más á ver á ninguno de los dos.' "

Cuando le enseñé esta carta al Juez, dijo lo siguiente:

"Si Van Hort no es el diablo en persona, está con él mano á mano."

Preguntámos á Lola si había reconocido al hombre que había visto saltar del mirador de mi cuarto.

—No,—contestó,—la noche era demasiado oscura; pero era de la misma estatura que el hombre que había visto la noche anterior pasando de una ventana á otra en el ala izquierda de la casa.

Una mañana, Brace me dijo:

—Hace tiempo que tenía mis sospechas; pero ahora estoy seguro de ello. *Nos están vigilando.*

Le pregunté qué razones le inducían á creer esto, y me contestó:

—Ese negro que sólo tiene una pata y que viene aquí en busca de las sobras, ha dado esta mañana medio peso á uno de los sirvientes. Me sospeché que tal vez había estado comprando sus cucharas de plata y lo hice registrar, pero nada encontré en él sino bichos asquerosos.

Esté Vd. seguro, señor mío, que ese negro no aflojó medio peso por nada. ¡Tenemos que abrir bien los ojos!

—¿Cree Vd. que es un espía y que paga á los criados para que le den informes de nuestros planes y nuestros movimientos?,—le pregunté.

—Justamente: esto es lo que creo.

—¿Porqué?

—¿Porqué?,—repitió Brace.—Pues porque hace tres semanas que Van Hort averiguó que vamos á recobrar el Gran Lucero, é inmediatamente halló una escusa para alejarse sin dilación de la Abadía de Monken.

CAPÍTULO XIX.

En cuanto avanzó la primavera, Brace tenía incesantemente los ojos puestos en las cimas de los montes. El día 1° de Mayo dijo que se tomaría un día ó dos de asueto, "para ver cómo marchaban las cosas."

Regresó el día 7.

—Llegó la hora:—dijo;—la nieve se está derritiendo á prisa, y las rocas comienzan ya á dar tumbos para abajo, aunque afortunadamente, el agujero está abierto. Lo único que nos cabe hacer, es rogar porque Lola escuche la voz de la razón. Pero, ¡déjemela Vd. á mí!

Durante la comida, y como si se le hubiere casualmente ocurrido en aquel instante, exclamó:

—Ah, estuve durante mi vacación en mi terreno de Las Cumbres, y no pueden Vds. formarse idea de cuán hermoso está todo aquello. Ya que nada tenemos que hacer la semana que viene, ¿qué les parece de ir á echar una ojeada á aque-

lla piedra que tanto nos daba que pensar, sólo por curiosidad, se entiende? La Nena hizo un sin fin de promesas, cuando estaba enferma, de que sería buena, y ahora tiene oportunidad de cumplirlas: ¿qué dices á esto, chiquita?

Lola se puso pálida como un cadaver, y permaneció callada por un momento; luego, levantó sus ojos y miró los míos, me alargó la mano, y al tomarla yo, dijo:

—Estoy lista.

Aquella tarde hicimos todos nuestros preparativos, y por la noche tomámos el tren de San Diego á Río Cañón, en donde dormímos. En la mañanita tomámos la diligencia para Cañón Grande, población minera desierta, al pie de la Sierra Nevada.

Almorzámos en el único hotel del lugar, alquilámos mulas, y dejando el valle, ascendimos por el vericueto de la montaña.

En las colinas más bajas el agua corría libremente por el camino, pero nuestras verdaderas dificultades sólo comenzaron cuando llegámos á la línea en donde la nieve medio derritida hacía peligroso aventurarse sobre las rocas, aún para las mismas mulas de pie tan seguro. Después de cuatro horas de transitar por caminos escarpados y resbaladizos, llegámos á Las Cumbres, pueblo

que formaba la colección más pobre que en mi vida he visto de chozas medio derruidas.

No se veía un alma, ni tan siquiera una pisada en la fangosa nieve que permanecía aún sobre la tierra hasta la altura del tobillo.

El lugar parecía totalmente abandonado.

El Juez nos dirijió por entre las desiertas hileras de cabañas hundidas, y en breve señaló una habitación de mejor aspecto que las demás de la cual una columna de humo azul ascendía al cielo. Nos hallábamos en una meseta en el corazón mismo de las montañas. Á nuestro alrededor se levantaban soberbios los enhiestos picos: teñidos, en la sombra, de un color purpurino oscuro; y de un precioso rosado en aquellos sitios en que el sol se reflejaba en la nieve. Do quiera que la nieve había resbalado en las escarpadas pendientes, el granito, cubierto de agua, brillaba en los lucientes rayos como si estuviese incrustado de joyas.

Hicimos alto aguardando la respuesta á la llamada de Brace. Rompió el silencio un prolongado estruendo como el producido por un trueno lejano: una roca que el hielo había libertado cayó con pavoroso estrépito en el cañón insondable.

Salió un hombre de la casa, en cuya fachada

todavía podía distinguirse un leve vestigio de la palabra "Hotel", y saludando á Brace como á un antiguo conocido, le dijo que los cuartos estaban oreados, y la cena lista para ponerla al fuego. Brace había creido necesario prepararlo para nuestra recepción. Un par de habitaciones habían sido dispuestas lo más decente y cómodas que había sido posible. Dejámos en ellas á Lola y salímos á dar una vuelta mientras se cocinaba la comida.

El extremo de la población lindaba con un ancho torrente que espumoso y turbulento corría remolineando entre los gigantescos peñascos que marcaban su curso, hacia un negro abra ó hendidura que dividía en dos á una elevada montaña. Fantásticos como son los efectos que caracterizan las alturas de la Sierra Nevada, nada había visto comparable á esto: era como si una mano poderosa hubiese rajado la montaña por la mitad.

—He conocido la época,—dijo el Juez,—en que ambas riberas estaban cubiertas de mineros, y no había entre ellos ni uno sólo que no pudiera disponer de miles de pesos.

No estaba yo en humor de simpatizar con las pasadas glorias del torrente. Mi mente estaba llena, hasta rebosar, de la admiración que experi-

mentaba al contemplar la belleza salvaje del paisaje que me rodeaba.

—Esto,—dijo el Juez arrojando en las turbias é impetuosas aguas un trozo de tabla que formaba parte de un implemento que tal vez había lavado cantidades increíbles de oro;—esto, á menos que halle algún obstáculo, pasará junto al Gran Lucero en menos tiempo del que emplearemos nosotros para volver á la posada.

—¿Es por esa hendidura por donde debemos pasar?

—Sí, señor: tenemos que bajar á sus mismas entrañas.

Me hallaba mirando hacia el tenebroso precipicio con un sentimiento de espanto, cuando Brace me tocó el codo. Estaba tirándose la perilla, su labio inferior proyectando hacia fuera, y con sus espesas cejas encorvadas. Me indicó un rastro en la nieve.

—El hostelero ha estado aquí: ¿es esto lo que Vd. quiere decir?,—le pregunté.

—No es el hostelero. Esa no es su huella. ¡Mírela bien! Esta es la huella de un hombre que no tiene más que un pie, y . . . ,—añadió adelantándose y observando más detenidamente, —y . . . es de un hombre que sólo tiene el pie izquierdo, y usa una pata de palo!—Enseguida,

con acento de convicción, prosiguió :—Es aquel negro del diantre que nos ha estado espiando. Yo me ocuparé de él. Lo que es mañana, no nos espiará: de esto le respondo.

Me acerqué á las pisadas y distinguí, junto á la marca del pie y á su derecha, un hoyo redondo igual al que produciría el extremo inferior de una pierna de madera.

Después de comer, Brace examinó las antorchas de resina que había traido, y pasó la velada secándolas cuidadosamente, mientras charlaba con el posadero. El Juez no dijo una palabra de nuestro descubrimiento, ni el posadero mencionó tampoco que tuviera ningún otro huésped en la casa; esto, y cierta astuta mirada de sus ojitos encarnados, me alarmó.

El mesonero nos llamó á las cuatro de la mañana, pues Brace quería que emprendiéramos la marcha temprano: según decía, para que concluyéramos nuestra excursión á tiempo para volver á saborear una suculenta comida, pero en realidad, según creo, para estorbar que alguien pudiera seguirnos.

Concluímos de almorzar, y Brace, cogiendo al posadero por un botón, le dijo:

—Camarada, en este mesón hay un forastero: no me lo niegue, ¡demonche!

El posadero se rascó la oreja, miró de un lado para otro, y al sentir que Brace le daba un tirón al botón, guiñó el ojo, y dijo:

—Pues, sí, vamos, lo hay; ¿y qué, truenos y rayos?

—Y es un forastero con una pata de palo: ¿lo es ó no es, centellas y relámpagos?

La misma suerte que antes, y el mesonero contestó:

—Pues, vamos, sí, Don Pepe: tiene una pata de palo; ¿y qué?

—Es un negro; ¿estamos, valedor?

—Pues sí, es negrito, . . . á juzgar por lo prieto.

—Y me figuro que está en el cuartito allá arriba. No es un cerdo lo que he oído gruñiendo, ¿no es cierto, compadre?

—Pues, vamos, Juez, puede Vd. examinarlo si quiere, y verá si es cerdo ó no: ¿qué hay de eso, Don Pepe?

—Lo examinaré, y si después me entra el capricho de clavarle la puerta del cuarto por veinticuatro horas por igual número de pesos fuertes, Vd. me permitirá el uso de su martillo y de algunas puntillas de tres pulgadas, ¿no es así, mi amigo?

—No hay novedad,—contestó el posadero, y

después de estrechar la mano á Brace para cerrar el trato, fué en busca de los artículos pedidos, mientras Brace miraba dentro del cuarto.

—Es él mismo,—dijo Brace, y doblándose las mangas de la camisa, procedió á clavar la puerta.

—No creo que nos moleste, á menos que pueda untarle la mano lo suficiente al compadre para que éste lo suelte,—dijo Brace al salir nosotros de la posada,—y aunque así sea, no adelantará mucho el morenito con seguirnos, pues ningún mortal puede penetrar sin luz en aquel agujero, y fácilmente podremos nosotros distinguir si alguna luz nos sigue.

Era negra noche á pesar de la nieve que cubría la tierra. Brace llevaba la delantera con una antorcha de pino de tea que ardía lentamente en la bruma que nos envolvía. Lola me daba la mano y apretaba estrechamente la mía: seguíamos detrás de Brace que llevaba la antorcha baja para mostrarnos la naturaleza del camino, pero sin embargo, á menudo resbalábamos y perdíamos el equilibrio al avanzar de roca en roca. La nieve medio derritida imposibilitaba poder sentar el pie firmemente.

Bajo otras circunstancias, Lola hubiera gozado viendo nuestras dificultades, y se hubiese rer-

do de nuestros percances: en aquel entonces ni hablaba ni reía; de vez en cuando me estrechaba un poco más la mano; esa era la única señal que hacía.

Seguímos el curso del torrente, guiados por el tumulto de sus alborotadas aguas. Á medida que avanzábamos, el descenso era más y más rápido: el torrente formaba una larga serie de cataratas, y como la luz iba en aumento, los peñascos y rocas que nos rodeaban se hacían más visibles entre la confusa bruma.

Finalmente, nos cortó el paso un inmenso peñasco que se levantaba perpendicularmente ante nosotros.

—¡Atención!,—dijo el Juez al detenernos para recobrar el aliento que la última trepada había desalojado de nuestros pulmones.

Escuché. Parecía que habíamos virado las espaldas al torrente. Su sordo rugido retumbaba más lejos de lo que lo había oído antes. Así lo dije.

—*¡Otra vez atención!*,—dijo Brace. Incliné atentamente el oído, y distinguí á la par que el rumor impetuoso y estallante á nuestra espalda, una especie de rugido lejano y encubierto que parecía salir de las mismas entrañas de la tierra. Me imaginé que sentía vibrar á la roca bajo mis pies.

—Tiene Vd. razón en lo que presume,—dijo Brace cuando le dí cuenta de la impresión que sentía;—y el rugido sordo que Vd. oye es el torrente que se desprende de una altura de millares de pies hasta el fondo de este inmenso agujero. Si no fuese por esta endiablada bruma, —añadió alzando la antorcha, que reveló sólo unos cuantos pies sobre nuestras cabezas de la muralla de granito á nuestro lado,—vería Vd. que estamos ahora en el centro mismo de los dos costados de la hendidura que contemplámos anoche. Nos encontramos situados en este momento sobre el mismo Cañón, con tal vez cuatro ó cinco mil pies de vacío bajo de nosotros, y sobre un tremendo cacho de roca que se ha despeñado de allá arriba y se ha acuñado aquí, porque algo le impidió bajar más, y confieso que á la verdad está vibrando y que no es muy sólido. Algo ha variado desde que yo lo conocí en otros tiempos y cualquier día de estos rodará una masa de allá arriba y al caer lo arrastrará para siempre.

—En este caso, soy de parecer que nos apartemos de aquí sin demora.

—Corriente. No es más arriesgado el estar encima que estar debajo, y como tenemos que pasar por debajo para penetrar en el agujero, vamos para adelante.

Siguió Brace guiándonos y marchando á lo largo de la trémula roca en el trecho de una docena de varas: las bullientes aguas resonaban á nuestra izquierda. Alargó entonces el brazo izquierdo para detenernos, y avanzó con precaución: extendió la antorcha y su luz cayó sobre el agua amarilla que se desencadenaba velozmente en el interior del tenebroso antro sobre el cual estábamos suspendidos. La llama de la antorcha se sintió atraida por la corriente de aire como si hubiese estado en la boca de un horno. Levantando la voz para que se oyera por encima del estampido de las aguas, Brace gritó:

—¡Tenemos que ir allá abajo!

—¿Tienes miedo, Lola?,—pregunté á ésta.

Sacudió la cabeza y dió á mi mano otro apretoncito.

Brace nos condujo fuera de la roca, dejando sin embargo el agua á nuestra izquierda, y continuámos descendiendo durante algunos minutos: después hicimos otro alto y me enseñó una abertura lateral que tendría unos cuatro pies de altura.

—Tenemos que entrar por ahí,—dijo, y sacando un frasco, vertió un trago y me lo pasó. Yo lo ofrecí á Lola. Otra sacudida de cabeza y otro apretoncito.

Vacié el vaso, y Brace se sirvió.

—No es preciso que nos ensuciemos para realizar nuestra faena; pongámonos los capotes impermeables, que el agua está goteando,—dijo.

Saqué los impermeables del lío que llevaba y nos los pusimos. Luego volví á amarrarme á los hombros el lio con las mantas.

Brace me tocó y señaló hacia arriba un par de tenues manchas, rosadas y nebulosas, que aparecían en la bruma.

—¿Qué es?,—pregunté.

—El sol que principia á dorar las crestas de los picos,—contestó.

Tomó un par de antorchas del haz que llevaba y comenzó á encenderlas en la que había estado usando.

—¿Porqué no aguarda un rato?,—le dije;—será de día dentro de media hora.

—No allí abajo,—contestó.—Es oscuro como boca de lobo, aun en el medio del día, en ese formidable agujero. Ahora,—añadió cuando estuvieron encendidas las dos antorchas,—tome Vd. una de éstas, sacúdase la nieve de los zapatos, ponga un ojo en mí y el otro en las rocas á sus pies, y deje el resto á la Providencia.

Después de este aviso, se agachó y pasó por la abertura. Lo seguimos, pero uno á uno, pues

necesitábamos de ambas manos para efectuar nuestro peligroso descenso.

Lo que primero llamó mi atención al pasar por debajo del enorme peñasco, encajado á manera de puente á través de la imponente barranca, fué el comparativo silencio que allí reinaba. Ya no se oía el hirviente ruido del torrente del otro lado, en su impetuosa carrera; sólo el solemne y ronco bramido del agua al tocar el fondo del abismo miles de pies más abajo.

La voz de Brace sonaba extrañamente clara y distinta cuando hablaba.

—Dices que la piedra está del otro lado de las cuerdas, ¿eh, chiquita?,—preguntó Brace á Lola.

Esta contestó que sí, y avanzámos despaciosamente hacia adelante y bajando, á lo largo del desigual y estrecho borde, de cara al luciente cuarzo, buscando intersticios y proyecciones en donde agarrarnos.

Nos alejábamos de la catarata, pero en cierto lugar el paso natural volvía en zigzag hacia ella á lo largo de otro borde más abajo. En el ángulo, que ofrecía un espacio algo más ancho, nos detuvimos.

—Este agujero me lo enseñó la madre de Lola,—dijo Brace;—le había servido de escondri-

jo á su padre en los primeros y más gloriosos días de este país. En el escondrijo se guardan las pertenencias de algún valor que uno posee. Antes que el Comité de Vigilancia me nombrase juez, raro era el minero que no tuviera su escondrijo. Este era el mío, y muchas onzas de oro he traido aquí, pues según vé Vd., es muy seguro, salvo un accidente. No puede Vd. menos de reconocer que nadie podría llegar hasta aquí en la oscuridad,—(me extremecí á la idea de que nadie intentara semejante aventura)—y desde aquí para arriba á la boca del agujero es una línea recta, de manera que ninguna luz podría venir hasta aquí abajo sin ser vista; y esta no es la sola protección, según verá Vd. Sigamos.

Continuámos avanzando paso á paso á lo largo del angosto borde, siempre descendiendo. Cuando Brace volvió á detenerse, la luz de su antorcha nos reveló á la amarilla corriente cayendo silenciosamente á través del espacio, á pocos pies de distancia de donde él se hallaba. Aquella silenciosa caida me dió una idea de la tremenda profundidad del abismo á nuestro lado.

El borde terminaba bruscamente en donde Brace se había parado; una excavación en el muro nos proporcionaba á los tres, lugar suficiente para estar en pie.

—Mi suegro no llegó más que hasta aquí,—dijo Brace,—pero yo quise ir más lejos. Yo tenía intenciones de llegar hasta el fondo mismo de este hoyo, en donde las aguas habrán depositado toneladas de oro.

—Pero el borde termina aquí.

—Sí; pero continua del otro lado del precipicio,—añadió levantando su antorcha.

La luz se reflejó en una proyección de cuarzo en la opuesta muralla del cañón, que distaba á lo menos veinte pies.

—Pero Vd. no puede saltar esta distancia,—le dije.

—Cierto, ni pienso tampoco probarlo.

Se acostó sobre el vientre, y alargó la mano hacia abajo en el vacío; cuando se levantó, tenía una cuerda en la mano. Tiró hacia sí, y subió dos rollos de gruesa soga. Ví entonces que los cabos opuestos estaban sujetos á rocas del lado de enfrente, una encima de la otra, y separadas unos cuatro pies.

—Hay que amarrarlas bien fuerte: ayúdeme, señor Rodman,—dijo Brace.

Le ayudé á poner las sogas bien tirantes, y á amarrar sus extremos á las rocas salientes de que él había acostumbrado servirse.

—Vaya,—dijo tomando nuevamente su antor-

cha de manos de Lola y sosteniéndola sobre la negra sima:—aquí tiene Vd. un puente y un pasamano tan seguros como cualquier hombre pudiera razonablemente esperar en las presentes circunstancias.

Sin embargo, contuve el aliento cuando lo ví colocarse sobre la soga inferior y caminar por ella á través del oscuro despeñadero, agarrándose con las manos á la soga de arriba. Llegó mi turno, y con la sangre zumbándome en los oídos, me coloqué sobre la soga. Al llegar á la mitad, se balanceó un tanto, y me sentí presa del irresistible impulso de la propia destrucción que se apodera de las imaginaciones de la mayor parte de la gente al mirar hacia abajo desde una altura extraordinaria.

Lola principió á cruzar antes de que yo hubiese llegado al otro lado, y cuando los tres nos vimos á salvo sobre el borde, un ferviente "¡Dios sea loado!", se elevó de mi corazón.

—Tenemos que cruzar otra vez,—observó Brace como si considerara mi gratitud algo prematura;—no obstante, no está de más acordarse de la Providencia cuando uno está en peligro; ahora, chiquita, tú tienes que guiarnos.

—Pueden Vds. quedarse aquí,—dijo Lola;

—pesan Vds. demasiado para ir donde yo voy.—Y tomó la antorcha de su padre.

Con una velocidad que me aterrorizó, fué bajando por el costado del precipicio, sentando el pie en donde, desde el borde en que nos encontrábamos, no se veía proyección alguna.

—Los chiquillos no saben lo que es peligro,—dijo Brace en tono bajo.—Y,—añadió mirando con inquietud las profundidades á nuestros pies,—quisiera yo sentir lo mismo ahora. Esta es la primera vez que me siento espantado en este agujero, y respondo que será la última. Ya me estoy poniendo demasiado viejo para tomar parte en empresas arriesgadas, como es esta.

No podía apartar mi vista de la luz abajo, al pasar á empujones de un punto á otro. Por fin se detuvo y después de una pausa de un minuto, con gran alivio de mi parte, emprendió el regreso.

Á prisa y más á prisa danzaba la luz hasta que sentí como un vértigo causado por mi temor por la seguridad de Lola; y después, de un salto final se plantó á nuestro lado, sobre la misma ranura que nos sostenía á nosotros, y teniendo en la mano el Gran Lucero.

—¿Soy buena?,—me preguntó con vehemencia, arrimándose contra mí.

CAPÍTULO XX.

—Es exactamente el mismo,—dijo Brace tomando en su mano el diamante.

—Guárdelo Vd.,—le dije yo,—pues bastante trabajo tengo yo con guardarme á mí mismo.

—Muy bien. Calculo que antes de mucho estaremos fuera de este agujero,—contestó metiéndose la preciosa piedra en el bolsillo.

Ciertamente que se hallaba más inquieto y menos confiado que de costumbre, pues tomó su antorcha y examinó los nudos de las sogas, y luego, de una cavidad adyacente sacó otro rollo de soga en la que á intervalos de un pie estaban anudados en forma de cruz unos gruesos pedazos de madera del flexible nogal americano.

Lo desenvolvió y lo colocó sobre la roca dejando libre el extremo de la presilla.

—Estas sogas han estado expuestas á la humedad por muchos años y cualquier día se parten. Si se rompiesen hoy, esta cuerda de nudos nos vendría muy bien. Ya tú sabes usarla, chiquita. ¡Adelante!

Con la antorcha en una mano, se encaramó Brace en la soga y comenzó el viaje de retorno.

Se hallaba á la mitad de la soga cuando se detuvo.

—¿Qué es éso?;—preguntó con viveza, agarrando con una mano la soga más alta, mientras con la otra levantaba la antorcha, y trataba, con su mirada, de rasgar la oscuridad.

Era espantoso verlo parado en el mismo centro del terrible despeñadero, el único objeto luminoso en aquella inmensa negror, en aquel golfo de tinta.

—¿Oyó Vd. algo, socio?,—me preguntó, pasados unos breves instantes.

—Nada,—contesté.

—Creí que oía montar un rifle. ¡Qué estúpido soy!,—murmuró entre dientes continuando su camino.

Sin accidente alguno, alcanzó el borde opuesto, y con un gruñido de contento, se sentó sobre una roca, dejando caer la antocha á su lado. Había allí un charco de agua, y con un chirrido, se apagó la luz. Inmediatamente se vió como un relámpago en la oscuridad á lo lejos, seguido por la detonación de un rifle.

Nada podíamos ver, pero del borde opuesto

llegó á nosotros un gemido, y Brace exclamó débilmente:

—Me tocó el tiro, socio; ¡tenga Vd. cuidado!

El tiro había sido disparado después de extinguirse la luz de la antorcha de Brace, al quedar él en la oscuridad. La facultad que había hecho posible el descenso del asesino por aquel angosto borde en la oscuridad, le había también permitido apuntar al pobre Brace cuando éste no era visible á nuestros ojos.

Esta reflexión cruzó por mi mente en el instante mismo en que, antorcha en mano, salté sobre la soga para cruzar al lado de mi socio postrado.

—Atrás, socio, atrás,—exclamó Brace con voz tonante;—me ha quitado el Lucero y ahora le quitará á Vd. la vida. ¡Atrás!

Levanté mi antorcha, y mirando hacia Brace, ví á un hombre arrodillado encima de él.

Levantó el brazo para hacer callar á Brace, y la luz hirió la reluciente hoja del cuchillo que el asesino tenía en la mano. Dí un grito. Se volvió, me vió en el centro mismo del precipicio, y de un salto se puso en pie. Entonces lo reconocí. ¡Era Juan Van Hort!

Sí: era él. Pero; ¿podía yo dar fe á mis

sentidos? Sus ojos no eran los mismos. Á aquella distancia, sus ojos ciegos no debieran haberse podido distinguir de su cadavérico semblante, y sin embargo, brillaban negros y lustrosos. Empero, en aquel instante, al mirar hacia mí, pareció que se oscurecían en la luz de mi antorcha.

Con un grito salvaje de rabia, levantó las manos para escudar sus ojos de la luz, y empuñando su cuchillo se dirijió prontamente hacia la roca á que estaba amarrada la soga en que se posaban mis pies.

En un momento, me fué revelado todo el misterio. *Van Hort era nictálope:* sus ojos, ciegos cuando los hería la luz, se hallaban dotados del extraordinario poder de ver en la oscuridad. Este poder explicaba cuanto hasta entonces había sido inescrutable referente al robo del Gran Lucero y á los subsiguientes sucesos de la Abadía de Monken.

Traté de alcanzar el borde en que él se hallaba antes de que lograra cortar la soga que me sostenía. Pero, mi progreso era necesariamente tardío, pues la soga inferior, tirante por el peso de mi cuerpo, formaba un arco profundo, y mis

zapatos húmedos resbalaban sobre su superficie mojada.

¿Cúal soga cortaría primero? Si la de arriba, tenía yo que procurar coger la de abajo al caer. Con este fin me coloqué tan perpendicular como las circunstancias me permitían, agarrando al mismo tiempo la cuerda de arriba con toda mi fuerza, para el caso en que cortara la de abajo.

Me hallaba á una vara de distancia de la roca, cuando sentí un sacudimiento en la soga de abajo. Van Hort acababa de cortar los primeros hilos. Un instante después quedó completamente cortada y me encontré suspendido por las manos á la soga de arriba y en medio del abismo.

—¡Muere, maldito perro, muere!,—gritó Van Hort, con la excitación frenetica de un hombre que por fin realiza el objeto de su vida, al cortar con su cuchillo la cuerda más alta.—Muere, y muere sabiendo que todo cuanto en el mundo aprecias, será mío: tus riquezas y la mujer que amas. ¡Muere!

É inmediatamente partió el último hilo y me ví arrebatado hacia abajo á través del espacio. Me adherí con desesperada energía á la soga que tenía en las manos, y oscilé, constriñiéndome en anticipación de un violento choque contra el

lado del despeñadero. Felizmente, la roca de encima proyectaba hacia afuera, y el golpe fué menos de lo que esperaba. Reboté, y seguí flotando, como un péndulo, en la intensa oscuridad, pues, para poder asir más firmemente la soga de arriba cuando columbré su intención de cortarme la retirada, había soltado mi antorcha, que cayó en aquellas subterráneas profundidades como la chispa de un cohete.

¿Qué me cabía hacer? No me atrevía á subir mano sobre mano la humedecida soga, pues al menor aflojamiento, la soga podía escapárseme y quedaría perdido sin remedio.

—Bernardo, querido Bernardo, ¿está Vd. ahí todavía?,—preguntó Lola desde arriba.

—Sí,—le contesté.

—Aquí está la cuerda. Cuando yo le avise, puede Vd. subir por ella con confianza.

Enseguida sentí la cuerda de nudos que caía junto á mí.

—Ya,—gritó Lola.

¡Era tiempo! Ya sentía la soga mojada resbalar por entre mis manos: la solté con una mano, y á tientas busqué la cuerda de nudos que felizmente logré coger enseguida.

Coloqué uno de los trozos de madera entre mis pies, y me consideré comparativamente segu-

ro si Lola podía retener la cuerda por unos segundos. Para no tasar demasiado sus fuerzas, seguí agarrando la soga mojada.

—¡Salvado!,—grité á Lola.

—¡Todavía nó!,—contestó Van Hort del lado opuesto, y oí el estallido del muelle al cerrar el rifle, y luego el "clic" al montar el gatillo.

¿Iba á hacer fuego sobre mí ó sobre Lola?, me pregunté.

Disparó, y al tiro resonante siguió un grito de dolor de arriba, la cuerda dió un pequeño sacudimiento, y nada más. Sin duda que había escapado al tiro, á pesar de su grito, pues á no ser así, no hubiera podido retener la cuerda.

Terribles como eran esos pensamientos que atravesaron mi mente en aquellos breves momentos, de ella los desterró un acaecimiento, si cabe, más terrible aún.

Siguiendo casi inmediatamente al disparo del rifle y al grito de Lola, una masa de roca, desintegrada probablemente por el hielo, y arrancada de su sitio por la reverberación del tiro, se desprendió de la sima, resbaló contra uno de los costados de la barranca, chocó contra un peñasco, y breves momentos después rodó en el oscuro golfo cayendo en las aguas debajo, con un profundo "pong."

Como si esto hubiese sido la llave de la fábrica que sostenía el tremendo peso del enorme peñasco encajado en el abismo, su caida fué seguida por el desmoronamiento y precipitación de otras masas, á intervalos que disminuían rápidamente; su desprendimiento se convirtió eventualmente en una continuada lluvia de rocas, marcada de vez en cuando por un estampido más fuerte al desplomarse una masa más grande.

El estruendo de la artillería, el clamor del trueno, no podían compararse con el horrísono crujido de los grandes peñascos al saltar y rebotar mientras el cuarzo se hacía añicos, destrozando y pulverizando las rocas opuestas y desencajando fragmentos inmensos que á su vez chocaban de rechazo de un lado á otro desgarrando y rompiendo al parecer el mismo corazón de la montaña.

Los derrumbamientos eran más violentos á alguna distancia de nosotros, algo más abajo de la quebrada. Cerca de nosotros, solo caían el polvo y las astillas de alguna que otra roca al hacerse pedazos y desmenuzarse bajo el choque de otra masa más grande.

Pero nuestro turno se acercaba.

Me parecía como si hubiese llegado el día del

juicio final y el mundo se iba á desmigajar en aquel inminente cataclismo. Á los retumbantes crujidos de las peñas al estallar, á sus lúgubres mujidos al hundirse en el inconmensurable seno del cañon, al pavor de un terremoto, se unía el horror de la impenetrable oscuridad, y el conocimiento de que el jigantesco peñasco que abovedaba el abismo iba poco á poco bajando sobre nosotros. Inconscientemente y por instinto, debí continuar agarrado á la roca. La tremebunda erupción había durado algunos momentos con creciente intensidad, aunque por menos tiempo del que se necesita para leer esta descripción, cuando repentinamente, con aterradora baraunda, el gran techado se inclinó. Ví apartarse el ingente peñasco sobre mí, dejando penetrar la deslumbrante luz del sol; después el labio superior de la inmensa peña alcanzó su mayor elevación y se desgajó lateralmente en el precipicio, quedando visible una larga tira de cielo azul entre los elevados picos de la barranca.

Un "pong" final al encajarse de nuevo el peñasco más abajo en el despeñadero, y todo quedó en silencio. La vista del cielo azul, la sensación de alivio, eran demasiado fuertes para mí. Me estremecí violentamente, y durante un instante creí que tendría que soltar mi punto de

apoyo. Pero un lastimero grito de Lola me dió vigor para intentar un nuevo esfuerzo.

Ví entonces las dos sogas cortadas, y asiendo una con cada mano, trepé hacia arriba usando lo menos posible la cuerda de nudos, y en breves instantes me hallé sobre el borde.

Lola estaba acostada en el suelo y arrimada á la roca al rededor de la cual había pasado la cuerda de nudos. La bala la había tocado, y había caido; mas, la abnegada muchacha había pasado el lazo al rededor de su cuerpo, salvándome así la vida por segunda vez.

Me arrodillé á su lado y le levanté la cabeza. Abrió sus hermosos ojos, y sonrió, tomándome la mano. No podía hacer más.

CAPÍTULO XXI.

—¡Ya sabía yo que se iba á desencajar el día menos pensado! ¿Cómo vamos, socio?,—gritó Brace del lado opuesto.

Miré hacia allí, y lo ví sentado en la roca y atándose el brazo con el pañuelo que llevaba en el cuello.

—¡Lola está herida! El bribón realizó su obra,—le dije.

—Pero le ha llegado su día,—añadió Brace señalando más á lo lejos del borde.

Van Hort había tratado de escaparse, después de disparar sobre Lola, por el mismo camino por que había venido, y había andado algunos pasos á lo largo del borde cuando el enorme peñasco salió de su quicio y con formidable estrépito se derrumbó en la hendidura.

Se encontraba de pie en el estrecho borde presentando un lúgubre espectáculo. Un trozo de cuarzo lo había herido en la cabeza y un delgado chorro de sangre surcaba su mejilla. En

una mano sujetaba el Gran Lucero; con la otra empuñaba su rifle.

Pero no se atrevía á moverse del sitio á que había llegado cuando se desgajó el techado, pues la luz que se había precipitado de repente por la abertura, lo había cegado de nuevo. La sensible retina se había cerrado sobre sus pupilas y sus ojos blancos y lívidos miraban desatinadamente por todas partes sin ver nada.

Brace podía muy bien llegar á él siguiendo á lo largo del borde.

—¿Vá Vd. á salvarlo?,—le pregunté.

—No soy yo quien hará tal,—repuso.—Lo dejo á merced de la Providencia, suceda lo que suceda. El tiro que disparó á mi pobre chiquilla despampanó toda la fábrica. Este es el juicio de Dios. ¡Así sea, pues!

Van Hort soltó el rifle. ¡Cuán insignificante nos pareció el rumor que vino de abajo después del discordante tumulto que había retumbado en nuestros oídos, y sin embargo, cuán terrible y cuán significante debió parecerle á Van Hort!

Podíamos ver el tremor de su mano que iba tentando la pared.

En vano dilataba sus ojos para ver el borde por el cual nos había seguido. Empero, no podía permanecer parado allí siempre. Halló una

raja para sus dedos y adelantó un paso; volvió á adelantar, pero la roca en que puso el pie era uno de los muchos trozos quebrados que habían caido, y rodó bajo su peso. Se bamboleó hacia atrás, agitando los brazos con el vano propósito de guardar el equilibrio, y se zambullió, cayendo de cabeza para abajo, abajo, abajo, en aquel insondable abismo.

Contuve mi respiración. Parecióme que pasaban algunos minutos antes de que aquel hueco "pong" resonase en nuestros oídos para decirnos que Van Hort había desaparecido para siempre, y con él, el Gran Lucero.

. . . . . .

En los rollos había cuerda de sobra. Poniendo en un cabo una piedra para contrapeso, lo arrojé á través de la barranca á Brace, y cuando las sogas cortadas hubieron sido atadas, y el puente quedó nuevamente establecido, cruzó y se arrodilló á mi lado junto á la pobrecita Lola.

Examinó su herida, y meneó la cabeza en silencio. ¡No había esperanza!

Formámos un colchón con nuestras mantas en la parte más lisa de la roca, é intentámos colocarla encima. Pero el movimiento le produjo dolor, y nos indicó con un signo, que desistiéramos; señalando después con el dedo para arriba,

nos dió á entender que la dejáramos y nos fuéramos.

—No partiremos mientras te tengamos con nosotros, hijita mía;—dijo su padre con más ternura de la que yo había oído nunca en su voz.

Teníamos el frasco y algún alimento en una alforja. Sentados junto á Lola, nos pasámos el tiempo observándola y comiendo cuando sentíamos hambre.

Exhaustos de fatiga y por los terribles sucesos que acabo de relatar, inconscientemente nos quedamos dormidos, con las espaldas apoyadas contra la roca. La última cosa de que tuve conciencia fué el sentir que Lola imprimía sus labios en mi mano.

. . . . . .

Brace me tocó el Brazo.

—Socio,—dijo en tono de espanto,—*la Nena se nos ha ido.*

Miré á donde la había visto acostada con la cara contra mi mano. Se había literalmente *ido.* Había una manchita de sangre sobre la roca, ... otra mancha un poco más lejos, . . . y otra, . . . ¡al borde mismo de la plataforma!

Había cumplido su promesa: había sido buena.

Los sufrimientos de su corta vida habían terminado.

—Ella sabía muy bien que era inútil que la aguardáramos. ¡Pobrecita!,—dijo su padre.

Sentí algo en mi mano; la abrí, y hallé una sortija que yo había comprado para Lola. ¡La había deslizado en ella antes de abandonarnos para siempre!

. . . . . .

Sir Edmundo y Alicia vinieron á San Diego en Junio, la estación más deliciosa de aquel delicioso país. El aire del mar templaba el calor del sol. Los plantíos estaban ya cargados de frutas: por do quiera se percibía la fragancia de los azahares, . . . —una fragancia muy significativa, mi querido Bernardo,—dijo el Barón comprimiéndome la mano.

Alicia estaba encantada con cuanto veía.

—¿Es éste mi nido?,—me preguntó.

Me volví hacia Sir Edmundo.

—Bien, tenemos que cumplir con la formalidad de examinar los libros, querida mía,—dijo en respuesta.

No titubeé en mostrárselos, y cuando vió los espléndidos resultados que ya aparecían en ellos, sancionó formalmente la renovación de nuestro compromiso por más que nosotros no habíamos aguardado aquel consentimiento para dejar á nuestros corazones unirse en irresistible deleite.

Nuestro segundo compromiso fué felizmente más largo que el primero, pero al fin y á la postre, nos casámos una semana después de la vendimia.

Brace asistió á nuestro almuerzo de bodas. Al terminarse, cojió algunas de las flores de la mesa y desapareció por algunas días. Bien sabía yo cómo había pasado aquella breve vacación; pero si hubiese concebido alguna duda, se hubiera disipado á su regreso, cuando sacó de su bolsillo nuestro antiguo contrato social y señaló la postdata:

"Queda entendido entre los socios arriba citados, que en el evento de un hallazgo afortunado, la Nena no será olvidada."

Y en verdad, en mi dulce esposa había yo encontrado una recompensa mucho mayor de lo que había soñado al firmar el pacto.

FIN.

HISTORIA

DE GIL BLAS

DE SANTILLANA,

PUBLICADA EN FRANCES POR A. R. LE SAGE.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR EL PADRE ISLA,

CORREGIDA, RECTIFICADA Y ANOTADA

POR DON EVARISTO PEÑA Y MARIN.

NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
1, 3 Y 5 BOND STREET

LA CASA EN EL DESIERTO.

AVENTURAS DE UNA FAMILIA

PERDIDA EN LAS

SOLEDADES DE LA AMERICA DEL NORTE.

POR

EL CAPITAN MAYNE REID.

TRADUCIDA DEL INGLES POR

SIMON CAMACHO Y ANTONIO HERNANDEZ.

CON DOCE LÁMINAS POR WILLIAM HARVEY.

NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
1, 3 Y 5 BOND STREET

GEOGRAFÍAS, MAPAS, CARTAS, ETC.,

PUBLICADAS POR

LA CASA EDITORIAL DE D. APPLETON Y CÍA.,

Nueva York.

I.

La Geografía Científica. Un tomo de 171 páginas, con mapas y diagramas; encartonado y uniforme con nuestra serie de Cartillas de las cuales forma parte. Precio, 30 centavos.

La Cartilla que hemos publicado bajo este título, por GROVE, es la primera de su clase en los países españoles é hispanoamericanos. No es la geografía de este ó de aquel país, ó de tal ó cual estado, sino la geografía propiamente dicha, la Geografía como ciencia; y bajo este punto de vista, no está lejano el día en que se comience á enseñar á los jóvenes LA GEOGRAFÍA CIENTÍFICA. Sin el conocimiento de los rudimentos de esta ciencia, ¿cómo se podrá jamás llegar con provecho al estudio y menos aún, al conocimiento de la geografía patria ni de la universal?

II.

Geografía Elemental, la Novísima, de Cornell. Traducida por VEITELLE, corregida y adicionada recientemente por varios profesores. Un tomo en 4° menor, 71 páginas, con nuevos mapas, muchas láminas. Undécima edición corregida. Encartonada. Precio, 30 centavos.

Obra adoptada como texto en las escuelas de varias repúblicas hispanoamericanas.

La undécima edición, es más completa que todas las anteriores. Lleva al fin un *Cuestionario* de mucha utilidad práctica; y se la ha mejorado generalmente en la parte material.

En grandes cantidades, la facturamos á precios *netos.*

III.

Geografía de Smith, ó Primer Libro de Geografía Elemental, dispuesto para los Niños. Adornado con cien grabados y catorce Mapas. Por ASA SMITH. Traducido del inglés y adaptado al uso de las Escuelas de la América del Sur, las Antillas y Méjico, con Adiciones, por TEMÍSTOCLES PAREDES. La nueva edición está adornada con más de 100 grabados, 18 mapas y un cuadro cromolitográfico de las banderas de todas las Naciones. La obra ha sido enteramente refundida y arreglada por varios profesores. Es la única que conserva el plan original del autor y la ortografía Castellana moderna de la Academia. La nueva edición se vende á 50 centavos.

Esta obrita se ha preparado expresamente para el uso de las Escuelas Primarias. Examinándola, se hallará sumamente simple y fácil. Las definiciones de las divisiones naturales de la superficie de la tierra, son breves; las ilustraciones atractivas, los mapas claros y hermosos y el todo arreglado á la capacidad de los jóvenes estudiantes.

Los libros de Geografía de Smith que se han publicado en inglés, son las obras más populares para los niños en los Estados Unidos.

La Geografía de Smith publicada por esta casa, es la única autorizada por el autor. Multitud de ediciones inferiores y fraudulentas, se han hecho de ella; pero ninguna ha logrado los resultados que la nuestra, de la cual hemos publicado ya numerosas ediciones y cuya impresión se hace por millones de ejemplares.

La edición especial para la República Argentina, contiene un cuadro cromo-litográfico de Prohombres de aquel país.

IMPORTANTE.—Esta Geografía, si se ordenan grandes cantidades, se factura á precio *neto.*

IV.

Nociones de Geografía Física. Por ARCHIBALDO GEIKIE. Un tomo de unas 150 páginas, con láminas. Encartonado y uniforme con nuestra serie de CARTILLAS de las cuales forma parte. Precio, 20 centavos.

V.

Nociones de Geografía Antigua ó Clásica. Por TOZER. Un tomo encartonado y uniforme con nuestra serie de CARTILLAS de las cuales forma parte. Precio, 30 centavos.

Aunque de ésta como de otras muchas de nuestras CARTILLAS, se han hecho traducciones y reimpresiones que abundan en el mercado á precios sumamente bajos; en nuestro deseo de completar la serie de CARTILLAS, que venimos publicando desde hace muchos años, y de hacer una edición legítima y completa, de una buena traducción castellana, hemos dispuesto llevar á cabo la de ésta obrita, que está ilustrada con mapas y arreglada á los Planes de Estudios de España y de la América española.

VI.

Libro Segundo de Geografía Descriptiva. Por D. RAMÓN PÁEZ. Destinado á seguir al PRIMERO DE SMITH. Adornado con doce grandes Mapas enteramente nuevos y multitud de grabados. Forma un tomo de unas 100 páginas grandes, y la NUEVA EDICIÓN DE 1886, no obstante las grandes mejoras, se vende al mismo precio de $1.25.

Edición Enteramente Nueva, corregida y aumentada, conforme á los últimos datos estadísticos y cambios políticos, y arreglada al uso de las escuelas hispanoamericanas.

VII.

Geografía Superior Ilustrada de Appleton. *"La mejor de cuantas se conocen hasta ahora en español."* Un hermoso tomo de 156 grandes páginas, con numerosos grabados y mapas coloreados, impreso en papel fino y satinado. Precio, $2.00.

El libro ha sido escrito con un espíritu imparcial para los PAÍSES DE AMÉRICA Á QUE ESTÁ ESPECIALMENTE DESTINADO, y ni las antigüedades de sus primeras épocas, ni las maravillas y riquezas útiles de su suelo, ni su interés actual y porvenir, fueron desatendidos un solo momento en su preparación, compuesta en estricta obediencia con los adelantos de la *educación moderna.*

VIII.

Geografía Física Superior de Appleton. (GEOGRAFÍA FÍSICA UNIVERSAL.) Un tomo de 120 grandes páginas, con numerosos grabados, mapas de colores, diagramas, etc. Impreso en papel satinado fino y bien encuadernado. Precio, ——.

Esta obra, escrita en inglés por los más notables profesores de la materia en los Estados Unidos, encierra todos los descubrimientos y adelantos hechos hasta el día en ésta ciencia. Está á la altura de las mejores obras de su clase escritas en otras lenguas, ventajosamente puede competir con todas, y *es la mejor que en su género se ha publicado en castellano.*

IX.

Mapas Mudos de Cornell. Juego de 13 Mapas Mudos, con los Lugares marcados con números en vez de sus nombres. Precio, $15.00.

No. 1. MAPAS MUDOS (Pliego-doble), comprendiendo los Hemisferios Occidental y Oriental, Diagramas de los Meridianos y

Paralelos, Trópicos y Zonas, los Hemisferios del Norte y del Sur, y las Alturas de las Montañas principales.

No. 2. La América del Norte.

No. 3. Los Estados Unidos y Canadá.

No. 4. Los Estados Occidentales y Centrales, con planos grandes de las ciudades de Boston y Nueva York y sus alrededores.

No. 5. Los Estados del Sur.

No. 6. Los Estados Occidentales.

No. 7. Méjico, América Central, y Las Indias Occidentales, con planos grandes del istmo de Nicaragua y las Grandes Antillas.

No. 8. La América del Sur.

No. 9. Europa.

No. 10. Las Islas Británicas.

No. 11. Europa Central, Meridional y Occidental.

No. 12. Asia, con planos grandes de la Palestina y las Islas de Sandwich.

No. 13. África, con planos grandes de Egipto, Liberia y la Colonia del Cabo.

Cada juego va acompañado de una cartera y una clave.

Clave de los Mapas Mudos de Cornell. Para uso del Maestro. Un tomo de 59 páginas en 12°. Precio, 50 centavos.

Mapa Mudo, No. 14, de la República Argentina, con Clave especial. Precio, $1.00.

X.

Mapa General de la República Argentina y Países Limítrofes. El ejemplar en papel cartulina, artísticamente coloreado, $12.00.

XI.

Mapa-Carta de la Isla de Cuba. Con el mar y las divisorias provinciales en color, papel cartulina, $8.50. El mismo, forrado en tela, barnizado, ribeteado, montado en cañas, $10.00.

XII.

Mapas para Escuelas y para Oficinas en General. Proyectados por Colton y Cía., Publicados por D. Appleton y Cía.

I. Hemisferio Oriental cuyo tamaño es de 40 por 35 pulgadas.

II. Hemisferio Occidental, de tamaño y condiciones iguales á los del precedente.

Estos mapas contienen, no solamente el dibujo principal, sino otros accesorios, colocados en los ángulos y espacios libres, cada cual completo en su género; como los Hemisferios Norte y Sur, los de agua y tierra, los del Atlántico y del Pacífico y otros que determinan las corrientes del Océano, las cuencas de desague, vientos dominantes, temperaturas, productos principales, etc.

III. Europa—cuyo tamaño es de 40 por 40 pulgadas.

IV. Asia—de iguales dimensiones que el anterior.

V. África—de 40 por 35 pulgadas.

VI. América del Norte—de tamaño igual al del precedente.

VII. América del Sur—de idénticas dimensiones que los anteriores.

VIII. América Central—abraza los tres canales ó vías interóceanicas.

Cada uno de estos mapas de las grandes divisiones del mundo, lleva perfiles que presentan las principales alturas de cada país, y otros hechos en analogía con la materia, todos ellos sobre la misma escala vertical para facilitar la comparación.

XIII.

Cuadros Murales, compuestos por MARCIO WILLSON y N. A. CALKINS, pudiendo usarse, bien por separado, bien como complemento del MANUAL DE ENSEÑANZA OBJETIVA de Calkins. La colección, montados en cartón. Precio, $14.00.

Son trece cuadros de *Dibujo y Perspectiva*, *Líneas y Medidas*, *Formas y Sólidos*, *Colores*, *Escala Cromática* (de los Colores), *Zoología:* partes 1ª, 2ª, 3ª, y 4ª; y *Botánica:* partes 1ª, 2ª, 3ª, y 4ª. Todas las figuras de estos cartones, están coloreadas y sombreadas, y á su incuestionable utilidad reunen las cualidades de adorno y belleza en los planteles de enseñanza. Son un medio eficaz para iniciar á los jóvenes en el conocimiento elemental de estas Ciencias, despertar en ellos el amor á estudios más completos de cada una de ellas y muy particularmente de la Zoología y de la Botánica.

XIV.

Cartones de Appleton para el Estudio y Práctica del Dibujo de Mapas. Arreglados para ser adaptados á cualquiera geografía y muy especialmente á la Superior Universal de APPLETON. La colección de cartones y diagramas con instrucciones completas, todo colocado en una cartera de papel, 75 centavos.

La serie se compone de seis diagramas con instrucciones para dibujar los mapas de la América del Norte, América del Sur, Europa, Asia, África y Australia, y quince cartones en los cuales los paralelos y meridianos, están calculados para construir los mapas siguientes:

1. HEMISFERIO OCCIDENTAL.
2. HEMISFERIO ORIENTAL.
3. AMÉRICA DEL NORTE.

4. Estados Unidos.
5. Méjico.
6. América Central.
7. Las Antillas.
8. América del Sur.
9. Colombia, Venezuela y Guayanas.
10. Ecuador, Perú y Bolivia.
11. Rep. Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile.
12. Europa.
13. Asia.
14. África.
15. Oceanía.

Los diagramas, se han preparado con instrucciones para levantar las líneas de construcción, y en los cartones, los meridianos y paralelos están calculados para los mapas de las cinco partes del mundo; y el resto, para los de los países principales de América. Después de haber hecho dibujos aproximados, pueden los alumnos, provistos de ellos, reunir los resultados de sus estudios en Geografía construyendo mapas completos de cada Continente y de países especiales, y llenarlos con tanta minuciosidad como juzguen oportuna.

NOVELAS PUBLICADAS EN ESPAÑOL

POR

D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

María Antonieta y su Hijo.

Traducción del alemán. Un tomo de 173 páginas, con varias láminas y un retrato de María Antonieta. en el frontispicio. 60 centavos.

Misterio * * * *

Novela original, escrita en inglés bajo el nombre de CALLED BACK.

Por HUGH CONWAY.

Obra dramatizada. 800,000 ejemplares vendidos de las ediciones inglesas. Forma un bonito tomo en 12° de unas 230 páginas, tipo claro, buena impresión, cubierta de papel de color artísticamente decorada 50 centavos.

La Isla del Tesoro.

Una preciosa novela escrita en inglés

Por ROBERTO L. STEVENSON.

Con ilustraciones, y un mapa, uniforme con la novela Misterio * * * *. Un tomo de 342 páginas. 50 centavos.

La Casa del Pantano.

Una de las novelas más populares en Inglaterra y en los Estados Unidos. 50 centavos.

NOVELAS PUBLICADAS EN ESPAÑOL

POR

D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

Su Cara Mitad.

Por F. BARRETT.

Es una preciosa novela inglesa, llena de amenidad y de ejemplos filosófico—morales de la vida real, escrita en un lenguaje claro, sencillo y lleno de interés. La versión española es muy buena.

El Ídolo Caído.

Novela inglesa de Anstey.

Anstey es un novelista peculiar como lo demuestra su *Vice-Versa* y otras de sus obras, llenas de una fantasía siempre fundada en alguna tradición más ó menos imposible, pero al fin tradición que instruye y deleita á la vez; puede considerarse como el Julio Verne de alguna creencia antigua ó de alguna superstición ó leyenda del pasado. El estilo está lleno de genialidades, de humor y de sátira.

Cuentos en el Mar.

Es una preciosa colección de cuentos, referidos durante un accidente en el mar por varios novelistas ingleses y americanos que se suponen reunidos á bordo de un vapor.

LIBRARY OF CONGRESS
0 003 085 875 A